

Marian Arpa

Atrapada entre tus largas piernas



SANTANA'S
CLUB 6

Selecta



Atrapado entre tus largas piernas

SERIE

Santana's Club 6

Marian Arpa

Selecta

*Esta novela se la dedico a mi amiga,
confidente y compañera de batallas.
Va por ti, Vero. Te quiero, guapi.*

Lujo, elegancia, poder.

Este no es un club cualquiera, es un lugar donde relajarse; celebrar conciertos, reuniones de trabajo, conferencias; visitar grandes exposiciones permanentes y temporales; un restaurante donde degustar los mejores platos; una cafetería en la que distenderse en agradables charlas saboreando los mejores cafés recién molidos; un local nocturno para pasar una noche inolvidable en pareja o con los amigos o compartir espacio con grandes celebridades.

Un club donde todo lo inimaginable puede suceder.

Bienvenidos a SANTANA'S CLUB.

Prólogo

Gustavo Tenay no podía creerse lo que su jefe le había dicho. Pierre Erlington era el presidente y dueño de la compañía aseguradora donde trabajaba en París. Lo había llamado a su despacho y le había propuesto ir a trabajar a Nueva York con Daniel Collado, su amigo y, en esos momentos, presidente de la sede americana.

Mientras paseaba por los Campos Elíseos, estaba pensando que ese cambio le iría de perlas. Tal vez era lo que necesitaba después de lo ocurrido hacía unos meses. No lo había hablado con nadie, no quería ver miradas de pena dirigidas a él. Lo estaba sufriendo en silencio, tratando de superar el fuerte golpe que había supuesto aquella desgracia.

Notó que el móvil le vibraba en el bolsillo, no tenía ganas de hablar con nadie y no contestó. En la oficina tenía que mantener la buena cara, solo cuando dejaba de trabajar se permitía pensar en lo que hubiese podido ser, y no fue, por culpa de un conductor borracho. Nunca volvería a ilusionarse con un futuro feliz, con una mujer y muchos hijos.

¡El destino era una puta mierda!

Capítulo 1

Gustavo estaba en su apartamento a la orilla del Sena, eran las diez de la mañana, y como era sábado se había quedado en la cama. Cuando su teléfono sonó soltó un gruñido, ¿es que no podía el mundo olvidarse de él?

Al ver que quien llamaba no desistía, al fin contestó:

—¿Diga? —Su voz sonó más bien como un rugido.

—Hey, hey, hey, tío, si lo sé no te llamo. —Reconoció el tono de su amigo al otro lado de la línea—. Joder, yo que me he puesto el despertador para pillarte antes de que salieras de casa... Que aquí son las cuatro de la madrugada, ¿sabes?

—¡Dany! —Este era uno de sus mejores amigos, y habían terminado trabajando los dos en Erlington, una compañía aseguradora en París, donde vivían. Más de un año atrás, Dany se había trasladado a Innsbruck al encontrar a Sony, el amor de su vida, y allí había abierto una franquicia de la compañía. En esos momentos, se encontraba presidiendo la sede de Nueva York.

—El mismo. ¿Qué pasa? Estoy esperando que me llames. —Él fue quien había propuesto a Pierre Erlington que mandara a Gustavo a la Gran Manzana. Sabía que su amigo era un fenómeno para atraer a los posibles clientes que llevarían la firma a lo más alto, superarían a la competencia con creces. Estaba enterado de que su jefe había hecho la oferta y no obtuvo respuesta. Imaginó que Gustavo lo llamaría queriendo saber de qué se trataba, pero este no se había comunicado con él.

Gustavo sabía muy bien a qué venía esa pregunta.

—Me lo estoy pensando.

—¿Qué cojones tienes que pensar? —Silencio—. Que es una oportunidad de oro. Necesito aquí a un tío como tú, con tu labia, con tu encanto y tus ganas.

—No sé si soy tu hombre.

Dany se quedó sorprendido ante el tono de su amigo.

—¿Qué me estás diciendo? Claro que lo eres, recuerda que sé cómo trabajas. —Escuchó un suspiro de Gustavo y supo que algo no iba bien—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

Aquella respuesta tan rápida le confirmó sus sospechas. Aun así, insistió:

—Escúchame, ya estás hablando con Pierre y trasladando tu culo a Nueva York. Sabes tan bien como yo que una oportunidad así solo se presenta una vez en la vida. Yo mismo te recomendé para el puesto. Porque sé que una vez que estés aquí, tendrás la oportunidad de dirigir alguna oficina de la empresa. Nos estamos expandiendo.

—No creo que ahora mismo sea la mejor idea.

—Joder, joder, joder. ¿Te estás escuchando? ¿Quieres decirme qué cojones está pasando?

—Ahora no.

—Tío, si fueras una mujer, pensaría que te ha venido la regla —bromeó Dany tratando de sacar a su amigo del cascarón sombrío donde parecía haber caído. Sin embargo, no funcionó.

—No estoy para guasas —gruñó Gustavo.

—De eso ya me he dado cuenta, no soy idiota. ¿Qué te ocurre? —La voz de Dany mostraba su incompreensión.

—No quiero hablar de ello.

—¿No me digas? Eso ya lo veo.

Dany percibía que en los meses que llevaba sin saber de Gustavo, este había cambiado; por su tono de voz podía asegurar que estaba pasando un mal momento.

—Sé que estoy al otro lado del mundo, pero hay muchas maneras de mantenerse en contacto, ¿sabes? Si tienes algún problema sé escuchar. ¿Por qué no me has llamado y te has desfogado? Lo hemos hecho otras veces. Tú has sido mi confesor como yo el tuyo.

—No es tan fácil.

—No me jodas, ¿me vas a venir ahora con secretitos? Que ya no tenemos quince años, ¡por Dios! —exclamó Dany.

—No estoy pasando... —confesó Gustavo.

—Con más motivo. Seguro que un cambio de aires te vendrá bien —lo interrumpió y no lo dejó terminar de hablar.

—No estoy yo muy convencido.

—¡Me cago en la puta! —exclamó Dany—. ¿Me obligarás a coger un avión e ir a París para saber lo que te está ocurriendo?

—No lo hagas, necesito tiempo.

—Joder, tío, que un tren como este solo pasa una vez en la vida. Si se trata de alguna mujer, convéncela para que se venga también.

La línea volvió a quedarse en un silencio atronador. Dany se dio cuenta de que había dado en el clavo, ¿qué problema debía tener Gustavo? No le entraba en la cabeza que su amigo, al que nunca le daban un «no» como respuesta, el que se las tenía que sacar de encima, estuviera tan abatido por cuestiones de faldas.

Aquellas palabras de Dany arañaron el corazón herido de Gustavo.

—Dany, lo siento, hablamos en otro momento.

Él se quedó alucinado mirando la pantalla de su móvil, ¡le había colgado! Descalzo como iba, con el albornoz que se había puesto para bajar y no molestar a Sony mientras dormía, se acercó a la cristalera viendo el movimiento mucho más abajo, sin sacarse de la cabeza que Gustavo debía tener un serio problema. Sabiendo que no podría dormir con aquello rondándole la cabeza, fue a la cocina, se hizo un café y tomó la decisión.

Capítulo 2

Dany y Sony aterrizaban en el aeropuerto Charles de Gaulle de París un par de días más tarde. Él alquiló un BMW i4 eléctrico blanco en la misma terminal y se dirigió hacia el apartamento que poseía en la ciudad. Había pensado en venderlo en más de una ocasión; sin embargo, siempre lo dejaba para más adelante y en ese momento se alegraba.

Después de subir las maletas, llamó a Gustavo.

—Hola, tío, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

Dany se dio cuenta de que quería aparentar una normalidad que en realidad no sentía, su voz era forzada.

—¿Cómo vas de trabajo? ¿Tienes algún hueco en tu agenda?

Gustavo no sabía por qué le preguntaba eso.

—La tengo despejada, ¿me vas a mandar a algún amiguito tuyo?

Esa respuesta le dio la idea a Dany.

—Pues sí, pero ha insistido en encontraros en la cafetería que hay frente a Notre Dame. —El lugar no estaba muy lejos del edificio de la compañía, y Dany quería que su amigo se sintiera libre de decirle lo que fuera que estuviera pasando, sin espectadores de la oficina.

—O está forrado o se lo cree —dijo Gustavo—. ¿Tanto le cuesta venir a la compañía?

—Las dos cosas, se puede mostrar exigente.

—Bien, dile que en quince minutos estoy allí. ¿Crees que le irá bien a su excelencia? —Ahí estaba el coñero de su amigo, pensó Dany al escucharlo. Tal vez había hecho el viaje en vano, igual Gustavo ya había resuelto sus problemas. De todas maneras, se enteraría muy pronto de lo que lo frenaba para aceptar la oferta que le habían ofrecido.

—Seguro que sí. Vive muy cerca.

—De acuerdo, luego te llamo y te digo cómo ha ido la entrevista.

—Ok, hablamos. —«No sabes tú lo pronto que desembucharás», pensó Dany.

—¿Y esa expresión tan americana? —se burló Gustavo.

—Ya sabes que quien va con un cojo, al poco tiempo termina cojeando. Todo se pega menos

la hermosura. —Dany rio.

—Te dejo, que si no voy a llegar tarde.

Dany se despidió de Sony, quien le dijo que no se preocupara por ella, que se ocupara de su amigo; sabía lo intranquilo que había estado él esos últimos dos días.

Dany se sentó en una mesa y esperó paciente a Gustavo. Cuando lo vio acercarse se dio cuenta de que había perdido peso, ¿estaría enfermo?

Gustavo entró en el establecimiento y miró en todas las mesas, esperaba que quien lo hubiese citado allí lo alertara. Lo que no esperaba era ver a su amigo luciendo una sonrisa. Se dirigió hacia él con su andar firme y una expresión entre alegre y cautelosa.

—¿Tú eres mi cliente?

—Soy tu amigo. —Dany se levantó y se fundieron en un abrazo. Se sentaron uno frente al otro y sus miradas se encontraron—. Y estoy aquí para echarte una mano, o para darte unas collejas.

A Gustavo se le calentó el corazón al darse cuenta de que la amistad que tenía con ese hombre que lo miraba de frente era de aquellos raros tesoros que no aprecias hasta que los pierdes. Él no había sabido valorarlo hasta ese momento, había pensado que al irse ese sentimiento se iría enfriando, pero allí lo tenía, y parecía preocupado.

—¿Cómo te ha ido el viaje?

—Bien, no he dormido nada, Sony no paraba de hablar.

—¿Te la has traído también a ella?

—¿Te crees que se quedaría en Nueva York, estando tan cerca de Innsbruck?

—¡¿Cerca?! —exclamó Gustavo.

—Si lo comparamos con el otro lado del charco, podríamos decir que está aquí mismo. Iremos a ver a sus padres antes de volver a América.

—Tienes razón.

Pidieron dos cafés, y cuando se los sirvieron, Dany aspiró el aroma con fruición.

—¿Ya te has convencido de la fabulosa oportunidad que te ofreció Pierre?

La mirada verde amarronada de Gustavo se apagó. A Dany no se le pasó por alto.

—Por lo que me dijiste fuiste tú quien sugirió que fuera yo.

—Sí, en Nueva York tendrás la oportunidad de llegar más alto, y sé de buena tinta que se está barajando la posibilidad de abrir otra oficina en Los Ángeles. Solo depende de ti estar a la altura para presidir esa sede de Erlington. —Los hombros de Gustavo se hundieron—. ¿Quieres contarme lo que ocurre aquí o prefieres hacerlo dando un paseo? —Dany miró alrededor y a esas horas no estaba muy concurrido, podían hablar con total tranquilidad, si Gustavo se decidía.

Este aspiró aire con fuerza, lo soltó con lentitud y empezó a contarle su vida. Todo había empezado a los pocos meses de que Dany se marchara a Innsbruck, por esa razón no se había

enterado de nada.

—Eres el primero a quien se lo cuento. En la oficina no saben nada, y quiero que siga siendo así.

—¿Por qué? —preguntó Dany compungido por lo que había sufrido su amigo.

—Porque quiero que me sigan tratando como siempre, no con cara de pena.

—Podrías haberme llamado, joder.

—¿Para qué? ¿Qué ibas a hacer tú? ¿Retroceder en el tiempo? ¿Tienes ese poder? —A través de sus palabras, Dany supo que su amigo estaba rabioso con la vida.

—No, no lo tengo, simplemente habría estado a tu lado. Igual que lo estarían todos nuestros compañeros si te sinceraras con ellos. Te habrían dado su apoyo. Que es precisamente lo que necesitas. —Gustavo sabía que Dany tenía razón, se había encerrado en un capullo para lamerse las heridas y no sabía cómo salir de ahí—. Lo que ahora mismo haremos será irnos a comer y luego te convenceré para que hagas las maletas. Te espera un futuro prometedor y que te ayudará a salir del bache por el que estás pasando.

Capítulo 3

Allison Moone era una modelo de veinticinco años que era requerida por los famosos diseñadores de Nueva York por sus largas piernas. Tenía mucho arte cuando salía a la pasarela, daba igual que fueran vestidos de noche, bañadores o ropa interior. Todo en ella lucía de lujo, con su metro ochenta de estatura era envidiada por muchas de sus compañeras de profesión. Allison igual desfilaba que hacía *spots* publicitarios para televisión que posaba para alguna marca de perfumes.

Hellen Villin era su representante y se encargaba de que siempre tuviera su agenda llena. La mujer era una exmodelo de cuarenta años que había pasado por ese mundillo sin pena ni gloria, y la frustración que ella había sufrido la descargaba sobre Allison.

—Nena, has ganado doscientos gramos —la riñó cuando la vio tomándose un zumo de piña. Su mirada parda le lanzaba dardos envenenados.

—Hellen, no he desayunado, apenas he dormido y estoy que me caigo de debilidad. Si no cogieras esos encargos al amanecer podría comer como es debido. —Allison estaba empezando a pensar que aquella mujer le tenía envidia y le hacía pagar a ella por su mediocre carrera.

—Oye, por mí como si quieres comerte un buey. La que pasará al olvido cuando nadie te reclame serás tú. —Allison se terminó su zumo y lanzó el vaso de plástico a la papelería—. Venga, apresúrate, que te espera la maquilladora, el fotógrafo ha dicho que tenemos unos treinta minutos.

En esta ocasión no había peluquera, se trataba de representar que era el final de una fiesta, con los zapatos en la mano y los pies en el agua, que a esa hora se movía suavemente sobre la arena blanca.

Estaban en una carpa que habían instalado en la misma playa de Honolulu, para que se cambiara; se trataba de una sesión de vestidos de noche y zapatos. El diseñador, oriundo de la isla, había insistido en que viajaran allí para mostrar los encantos de su tierra. Se les presentaba un largo día, pues cuando el sol estuviera en todo lo alto, habría sesiones de biquinis. También las llevarían a la selva, para los diseños deportivos, y se tendría que bañar bajo una cascada.

Cuando hacía un mes Hellen le había hablado de aquella oferta, se entusiasmó, nunca había

vijado a Hawái. Esperaba poder disfrutar de las noches en la isla y de los días en la playa, bañarse en aquellas cálidas aguas turquesa y descansar unos días. La realidad fue otra, había llegado al aeropuerto Daniel K. Inouye de Honolulu, donde la esperaba un coche que la llevó directo al hotel. Hellen la había mandado a descansar y la sacó de la cama en pocas horas.

—Debe pagar muy bien si espera que me pase el día de acá para allá. Debería hacerse en dos jornadas —murmuró.

—Él también lo creía, pero tienes un pase en Los Ángeles mañana.

—¿Qué?! —exclamó Allison—. ¿Te has vuelto loca? No puedo seguir este ritmo, voy a caer enferma.

Hellen la miró con aquella expresión de superioridad que la irritaba.

—¿Qué quieres? ¿Que les diga que se busquen a otra? —articuló la mayor con sus ojos pardos llameantes.

—Lo único que quiero, Hellen, es disfrutar de lo que estoy haciendo. Me embarqué en este mundillo para pasarlo bien con lo que me gustaba. —Allison sabía que su representante había hecho sus pinitos en la pasarela. Sin embargo, no había logrado que los diseñadores ni los publicistas la reclamaran para que fuera la imagen de su marca. Su carrera se había limitado a modelo de peinados, tenía una melena rubia platino muy llamativa, y algún pase con los modistos que empezaban a despuntar. Ninguno de los consagrados y famosos se interesó por ella, la consideraban demasiado bajita, y sus arranques de diva hicieron que poco a poco su esporádico éxito fuera a la baja.

—¡Eres una niñata! No te mereces que todos se interesen por ti. —Los ojos de Hellen mostraban enfado e indignación—. Deberías estar loca de contenta por lo pronto que lleno tu agenda, eres una desagradecida.

Allison se dio cuenta de que estaban llamando la atención de todos y sin decir nada más se fue a la carpa de la maquilladora. No quería pasar a la historia como lo había hecho su representante, no quería convertirse en ninguna arpía. Al final del día y hecha polvo, subió a un avión rumbo a Los Ángeles para el pase del día siguiente. Había estado en Hawái y no había visto nada de la isla.

Mientras trataba de descansar al llegar a la ciudad de las estrellas, pensó que no era ninguna niña a la que se la pudiera mangonear como hacía Hellen. La mujer se cobraba sus buenos honorarios y esperaba que la tratara con un mínimo de consideración.

Al día siguiente, Allison tenía un pase en el hotel Bel Air con varios modelos más de la última colección de la diseñadora Nerea Vidal. Esta había subido como la espuma y sus modelos eran lucidos por muchas actrices. Se esperaban a muchas estrellas de Hollywood.

Después de bañarse en el hidromasaje de su habitación, se sometió a los cuidados de las

encargadas de la gala. Le probaron varios vestidos que luciría y se hicieron los últimos arreglos. Al mediodía, se sentó con sus compañeras en un pequeño reservado donde les sirvieron el almuerzo. El chef del hotel se lució con sus presentaciones de los platos con pocas calorías, pero Allison se quedó con hambre.

—Se me va a poner cara de cabra —murmuró a Lauren, la compañera que se sentaba a su lado—. Tengo ganas de tomarme unas vacaciones y comerme un buen chuletón fuera de la mirada reprobatoria de mi representante.

—Yo no puedo hacer eso, mi madre es mi mánager —se lamentó Lauren.

—¿Cómo puedes soportarlo? —terció Angie, otra de las chicas—. No debes poder escaquearte nunca.

—No, jamás me pierdo de vista. Como soy propensa a coger kilos, me pesa todo lo que como.

—¡Joder, qué malvivir! —exclamó por lo bajini Julia, una chica morena con una preciosa cabellera azabache.

—Pues yo siempre llevo en mi equipaje dulces que me prepara mi madre —afirmó Scarlet, otra de ellas, que era de Texas.

—Cuando hayamos terminado de desfilar, podemos reunirnos en una de nuestras habitaciones y pedimos lo que queramos al servicio —propuso Penélope, una rubia con picardía en sus ojos azules.

Allison sonreía al darse cuenta de que todas estaban molestas con la poca cantidad que les habían servido.

—No os embaléis —advirtió Kristen, una irlandesa pelirroja—. Creo que han dado órdenes a los camareros del hotel. He escuchado a mi representante de que no quería a nadie por el pasillo donde nos han alojado.

—¡¿Qué?! —exclamó Taby, una asiática exótica con unos almendrados ojos negros—. Si después de tenernos todo el día trabajando se creen que me acostaré sin cenar como una mala niña, lo tienen claro. Voy a camelarme a uno de los camareros y le diré que lo invito a una fiesta de pijamas si sube comida de verdad.

Todas rieron la ocurrencia, y Penélope se atragantó con el agua que estaba bebiendo.

—¡Es que ni siquiera se nos permite tomarnos una cerveza, coño! —exclamó Scarlet, la muchacha tejana.

Aquello hizo que todas estallaran en carcajadas.

Allison solía congeniar con sus compañeras, a pesar de que Hellen le decía que cualquiera de ellas le pondría la zancadilla para que se cayera en pleno desfile. Ella no lo creía, nunca había tenido ningún tipo de problema. Suponía que Hellen se lo decía por celos, por poner mala sangre entre las chicas, cuando la realidad era que a la que no soportaban era a ella. Tenía unos aires de grandeza que hacía que los demás mánager se burlaran, y con razón; se paseaba entre ellos como si llevara el palo de una escoba metido en el culo, y muy a menudo hacía comentarios fuera de lugar sobre las otras chicas. Las criticaba y les encontraba defectos a todas, y eso ponía a Allison

frenética, hasta el punto de replantearse si seguía con ella o se buscaba otra mánager.

Ella había crecido en un pueblecito costero de Carolina del Norte, su familia era humilde, pero nunca les faltó nada. Su padre se había deslomado para sacar a los suyos adelante, había levantado un restaurante de la nada, que en esos momentos daba trabajo a toda la familia. Ella no creía que por tener una cara bonita fuera mejor que nadie. Tuvo la suerte de que en un viaje a Nueva York de fin de curso, cuando tenía dieciocho años, ella y sus amigas se encontraran ante una cola de un *casting* para modelaje. Se habían presentado para pasarlo bien y resultó elegida para estudiar en una prestigiosa academia.

Aquella aventura fue el principio de todo, allí le enseñaron a moverse sobre la pasarela; y con su dulzura y tesón se ganó a los maestros, que empezaron a recomendarla a las distintas marcas que iban en busca de caras nuevas. De eso hacía ya siete años, durante los cuales su fama fue creciendo hasta llegar donde se encontraba en esos momentos.

Caía bien a todo el mundo, trataba de hacer fácil el trabajo de los demás, y eso a Hellen no le gustaba en absoluto.

—Nena, comportándote así nadie te va a respetar —le insinuaba muy a menudo.

—No sé hacerlo de otra forma.

Hellen hacía tres años que trabajaba para ella, a cambio de un porcentaje de sus honorarios. Al principio había pensado que al quedarse sin mánager, porque la anterior quería dedicarse a sus nietos, había hecho una buena elección; en esos momentos ya no estaba tan segura.

Los primeros años de su carrera profesional, había contado con la ayuda de Brígida, una mujer que siempre se había movido entre bambalinas y que le daba mucha seguridad en sí misma. La animaba a dar más de sí y a tratar a los demás como le gustaría que lo hicieran con ella. ¡Qué buenos consejos!

El contraste entre la una y la otra era infinito, Hellen siempre la estaba criticando por cualquier cosa, la hacía trabajar mucho más y nunca le dedicaba una palabra amable. Su carácter era seco como un bacalao en sal. Solo le preocupaba que no le faltaran los pases, las sesiones y que no engordara ni un gramo.

—Yo no tengo problemas de volverme obesa —le decía cuando le criticaba lo que comía—. Mañana correré una hora más y lo habré quemado.

—Te recordaré tus palabras cuando nadie quiera contratarte por tu exceso de peso —afirmaba con cara agria la mánager.

El desfile en el hotel Bel Air fue todo un éxito. La diseñadora Nerea Vidal en persona fue a felicitarlas y alabó el buen trabajo de las modelos. Luego los asistentes se quedaron en un cóctel que ofrecía el hotel y las chicas se retiraron a sus habitaciones. Diez minutos más tarde, Taby, vestida con un pijama de seda, llamaba a las habitaciones de sus compañeras.

—Venid, os invito a cenar —hablaba en voz baja para que nadie la oyera. Todas se miraron sorprendidas, la siguieron y se encontraron con un carrito del servicio de habitaciones cargado de hamburguesas, patatas fritas y pizzas. Además de cervezas y refrescos.

—¡Oh! ¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Kristen.

—Os dije que no iba a acostarme sin llenarme la barriga. —Se rio la asiática—. Me he escapado a media tarde para ir al servicio y he estado hablando con el ayudante del chef. Un tipo muy simpático, por cierto.

—¿No te das cuenta de que puede irse de la lengua? —Los ojos de Lauren la miraban muy abiertos—. En cualquier momento...

—Esto se va a enfriar —la interrumpió Allison—. Por la mañana te vienes a correr conmigo y no vas a engordar nada, nadie se va a enterar.

Scarlet ya estaba degustando una cerveza bien fresquita, cogió una porción de pizza y puso los ojos en blanco.

—¡Está divina! —exclamó.

Las demás siguieron su ejemplo y cenaron como reinas.

Una hora más tarde, unos golpecitos en la puerta las pusieron a todas alerta.

—Os lo dije, ahora nos va a caer una buena —susurró Lauren.

Taby se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

—Servicio de habitaciones. —Era una voz de hombre.

—Ahora llegan nuestros palitos de apio y zanahoria —dijo alegremente Taby abriendo la puerta. Al otro lado se encontró con un tipo con esmoquin negro y una camisa blanca inmaculada—. ¿Quién es usted? —preguntó al no reconocer el uniforme de los camareros.

—Soy Diego Guerrero, mi mujer es Nerea Vidal y me ha mandado a recoger cierto carrito que no ha estado nunca aquí.

Taby estalló en carcajadas.

—Tu mujer es un sol.

—Lo sé, le ha llegado a las orejas cierto comentario y me ha hecho responsable de que tuvierais lo que desearais. Y no os preocupéis, bajaré por el ascensor del servicio, nadie se enterará de nada.

Las demás se habían acercado a la puerta, y Diego pudo admirar aquellos cuerpos de infarto que volvían locos a los hombres.

—¿Puedo darte un beso? —preguntó Allison con una gran sonrisa.

Él, que siempre pensó que aquellas chicas tenían lo que querían, se dio cuenta de que eran esclavas de la moda. Se propuso hablarlo con Nerea y que también se dedicara a diseñar ropa con tallas grandes.

—Puedes —contestó con una sonrisa.

Todas ellas dijeron su nombre antes de estamparle un beso en la mejilla, agradecidas.

—Muchas gracias —saludaron todas al verlo desaparecer por el pasillo empujando el carrito.

—¡Este hombre está como un queso! —exclamó Scarlet—. ¿Lo habéis olido?

—Déjalo, guapa, está pillado —se burló Angie.

Las chicas estuvieron contándose intimidades sobre ligues que habían tenido a espaldas de sus mánager y estaban riendo a carcajadas, cuando volvieron a tocar la puerta. Era Hellen, que buscaba a Allison. Entró en la habitación como si fuera la mismísima reina de Inglaterra.

—¿Qué es eso que huelo? Parece perfume de hombre. ¿Tenéis a alguien escondido por aquí?

—Sí, Hellen, lo hemos puesto bajo la cama. Has interrumpido la orgía que nos estábamos montando —informó Allison.

—Eres una descarada, deberías estar descansando.

—¿Ahora ya se me permite dormir? —dijo con sarcasmo—. ¿O es que estando con tus amiguitos has llenado el hueco que había en la agenda para mañana y me necesitas radiante?

Hellen apretó los dientes, era eso lo que había hecho. Comentó a propósito con un directivo de una importante firma de perfumes que Allison tenía el día libre. La habían llamado en varias ocasiones para hacer una sesión de fotos y tuvo que negarse por otros compromisos. Esta vez había concretado la cita para la mañana siguiente.

—Me gusta porque me conoces. Sabes que no voy a desaprovechar que estamos en Los Ángeles. El cliente nos espera a las diez.

—Joder —Allison murmuró el taco, soltó el aire por la nariz, enojada, y se despidió de sus nuevas amigas—. Chicas, espero que coincidamos en otras ocasiones —dijo levantándose de un sillón donde estaba sentada.

Todas le dieron las buenas noches y se quedaron mirando sin entender por qué aguantaba a aquella arpía.

Capítulo 4

Allison se encontraba en Nueva York para rodar un anuncio de perfume. Hellen había cerrado el trato con el publicista de la firma y este había puesto por escrito que rodarían en Times Square a medianoche. Quería que se asociara su fragancia con la ciudad que nunca dormía y los festejos. La vistieron con un precioso vestido de noche verde esmeralda, unos altísimos tacones y la peinaron con su melena suelta, que la envolvía como una cortina de seda. En el montaje iban a colaborar varios extras masculinos que ella iría rechazando con un empujón en el pecho, todos ellos vestidos con esmoquin negro.

El cliente quería que el *spot* pareciera real, y por ese motivo había contratado a muchos extras para que la calle se viera llena como siempre.

Gustavo había ido a recorrer la ciudad, hacía un par de días que había llegado y quería orientarse y buscar un lugar para vivir antes de incorporarse a su nuevo trabajo. Además, aún no se acostumbraba al ritmo y a las aceras atestadas. Le cogió hambre y entró en un restaurante en Times Square, cenó y se quedó viendo el movimiento constante en la calle. Reconocía que París era muy bulliciosa, pero Nueva York le ganaba por goleada. Siempre había pensado que las películas exageraban, ese no era el caso.

No tenía prisa por regresar al hotel, así que se quedó allí, tratando de dejarse contagiar por el alma de los transeúntes que parecían no tener ningún problema. A esas horas de la noche la gran mayoría eran turistas que hacían fotos con sus móviles a todo lo que los rodeaba. Cuando se decidió a irse a acostar, salió del local y chocó con una chica que vestía un precioso traje de noche, caminaba como si fuera la reina del universo. Ella pareció sorprendida ante el encontronazo.

—Lo siento —se disculpó él.

Ella no habló, solo lo miró con unos increíbles ojos azul claro rodeados por una banda más oscura, y poniendo una mano plana sobre su pecho lo empujó como si él fuera un mosquito molesto. Movié la cabeza delante de él y su cabellera le rozó la cara dejando tras ella un exquisito perfume.

En los pocos segundos que duró el encuentro, él se percató de la hermosura de aquella mujer;

de la nariz respingona, de los labios succulentos, de la melena sedosa y de su altura, casi era como él, que medía poco menos de los dos metros. Se imaginó que llevaría unos taconazos formidables para aparentar ser tan alta. No obstante, «era una grosera de cojones», pensó Gustavo. Él se había disculpado y ella ni siquiera había aceptado. ¡Vaya mala educación!

Él giró y se marchaba hacia su hotel, cuando un tipo le dio alcance y le dijo que estaban rodando un *spot* y que por accidente lo habían grabado a él, que firmara una autorización como figurante. Gustavo lo miró extrañado, ¡caramba, eso sí que no se lo esperaba! Leyó el documento que ese muchacho le tendía y estampó su rúbrica, seguro que se trataba de una grabación de chicha y nabo, de alguien con aires de grandeza. Pero ¿quién era él para quitarle las ilusiones a algún joven talento con ganas de progresar? Hasta le hizo gracia que así, caminando por la calle sin más, se hubiese tropezado con el rodaje de una publicidad.

En cuanto dejó de pensar en ello, sus pensamientos volvieron a aquella mujer tan guapa y, por lo visto, tan estúpida. ¡Una niñata que debía creerse el ombligo del mundo! Había visto sorpresa en su mirada al chocar, y estaba seguro de que el antiguo Gustavo le hubiese tirado los tejos, habría intentado ligar con ella; con toda su labia habría intentado engatusarla para pasar un rato juntos. Suerte que no le había dado tiempo a decir nada, porque si algo le repelía en una mujer era la estupidez.

Allison terminó de trabajar hacía las dos y media de la madrugada. Estaba agotada y Hellen se encargó de que pusieran un coche a su disposición para llevarla a casa.

—Si seguimos a este ritmo, muy pronto te convertirás en una diva —dijo la mánager satisfecha—. No me extrañaría que te reclamaran para el rodaje de alguna película.

Ella no le contestó, si continuaba a ese ritmo era posible que terminara aborreciendo lo que había empezado con tanta ilusión. No dijo nada, y dejó que la mujer se echara todos los méritos. Cada día se convencía más de que era Hellen quien pretendía ser reconocida como la que había llevado a la fama a Allison Moone. Empezó a sospechar que no le importaba que ella fuera feliz, que estuviera sana ni que disfrutara con su trabajo, solo quería destacar como representante, conseguir lo que no hizo en las pasarelas: hacerse famosa.

Al llegar a su pequeño apartamento, se preparó un baño para relajarse; y en cuanto el agua caliente empezó a desentumecer sus músculos, recordó al hombre con el que había chocado en el rodaje. Normalmente se fijaba en los extras, y lo había confundido con uno de ellos, solo fue un segundo; por la forma como él la miró y se disculpó supo que no se trataba de ninguno de ellos. Había reaccionado con rapidez para no interrumpir el rodaje, no sin antes percatarse del aroma especiado con toques cítricos y muy varonil. En esos pocos segundos solo pudo ver la mirada verde amarronada y una barba rubia oscura que hacía resaltar sus labios gruesos.

Reconocía que al parar de rodar un momento, había estado buscándolo con la mirada y no lo

halló. Le hubiese gustado poder hablar con él y explicarle por qué no le había dirigido la palabra.

Capítulo 5

Gustavo se estaba instalando en un apartamento que había alquilado. Hacía una semana que había llegado a Nueva York, y se tomó ese tiempo para poner un poco de orden en su vida. Salió a dar largos paseos, se internaba en el metro y recorría la ciudad, cada mañana corría por Central Park y parecía que se le estaban empezando a aclarar las ideas. Era consciente de que lo suyo era cuestión de tiempo, pero el dolor que aún sentía lo mantenía con el ánimo decaído. Sin embargo, en los últimos días se acordaba a menudo de la mujer con la que había chocado accidentalmente, había admirado su belleza, y comprobado cómo su hermosura se le había subido a la cabeza. Desde luego, de niñas como esa había en todos los rincones del planeta. Con un poco de suerte, y dado las dimensiones de la ciudad, no esperaba volver a cruzarse con ella.

Al terminar de colocar sus cosas, dio una vuelta por el minimalista espacio que sería su nuevo hogar. No era muy grande; sin embargo, la espaciosa terraza lo compensaba. Ya se imaginaba a sí mismo tomándose el primer café de la mañana a la sombra de una pérgola que pensaba instalar en un rincón, ¡buena manera de empezar el día!

Al mismo tiempo que pensaba en eso, se le vino a la cabeza que si ponía plantas trepadoras quedaría más acogedor. Entró en el salón y encendió su portátil buscando las especies que podría plantar; investigando en las que sobrevivirían al clima de la ciudad, le salieron los huertos urbanos que habían hecho en las azoteas de Brooklyn. El artículo le interesó y se pasó un buen rato leyendo, al cabo del cual tenía muy claro que iba a empezar con plantas aromáticas; si le vivían, ya iría ampliando la variedad.

Así, sin darse cuenta, se le había pasado la tarde, y se dio cuenta de que aquel proyecto había hecho que se olvidara por unas horas de aquello que no se sacaba de la cabeza. «Había llegado el momento de ponerse a trabajar», pensó. Entre una cosa y otra, no le estaría dando tantas vueltas al cruel destino.

A la mañana siguiente, se presentó en las oficinas de Erlington, y Dany lo recibió contento

porque hubiese dado el paso de mirar hacia adelante.

—No esperaba verte tan pronto —dijo su amigo palmeándole la espalda—. Supuse que te costaría más encontrar un apartamento a tu gusto.

—Pues ya ves, no soy demasiado exigente.

Dany se carcajeó.

—Eso sí que no me lo trago.

Gustavo pensó que si le contaba su proyecto de la terraza, creería que se había vuelto loco. Sonrió ante la efusividad de su amigo y calló. Dejaría que lo viera con sus propios ojos.

Dany lo llevó a dar una vuelta por la oficina y lo presentó a los demás empleados. Gustavo vio las miradas especulativas de varios de ellos, pero no les hizo caso. Al fin lo llevó a un espacioso despacho con unas vistas estupendas de los rascacielos que los rodeaban y le dijo que allí recibiría a sus clientes.

—Pamela, por favor —llamó Dany a la chica que le había presentado como la que sería su secretaria—. ¿Puedes traerme la lista de clientes?

La chica que no tendría más de veintidós años entró en el despacho con una carpeta.

—La he imprimido. De todas maneras, cuando encienda su ordenador, la tiene allí, con todos los detalles de cada póliza.

—Gracias, Pamela, tutéame. —La instó Gustavo—. Creo que nos sentiremos más cómodos los dos.

Ella asintió con la cabeza mirándolo sorprendida con sus brillantes ojos negros, y él pudo ver cómo llevaba su moreno cabello recogido con un lápiz; a pesar de ser menuda, no lo parecía con aquellos altos tacones que llevaba.

—Seguro que sí —afirmó ella con su bonita sonrisa. Después de hablar volvió a su puesto, tras la puerta del despacho.

—Ya la tienes comiendo de tu mano —observó Dany.

—No la quiero así, solo que sea eficiente.

Aquel comentario no era digno del antiguo Gustavo, que siempre había estado coqueteando con el género femenino. Esperaba que pronto recuperara su humor y las ganas de bromear con todo el mundo.

—Ahora te dejo para que vayas poniéndote al día con tu nuevo trabajo, cualquier cosa se la pides a tu secretaria o estaré en mi despacho. —Con esas palabras lo dejó solo para que se pusiera al día.

Gustavo admiraba la elegante decoración, los mullidos sillones donde se sentarían sus clientes y la sobriedad de las paredes revestidas de madera, con un par de cuadros abstractos. Se sentó en su butaca e hizo arrancar al ordenador al mismo tiempo que abría la carpeta que Pamela le había llevado con un listado de nombres. Tecleó uno en la pantalla, le salió que tenía asegurados los glúteos por veinticinco millones de dólares, sus ojos casi se le salen de sus cuencas. ¡El culo. Elizabeth Hopkins, una actriz que no sabía quién era, tenía una póliza por su culo!

—¡Joder! —exclamó—. ¿Qué es esto?

El siguiente nombre era el de una tal Clarise Morgan, esta tenía asegurados a sus dos perros, de raza yorkshire, por un millón cada uno. ¿Es que la gente de Nueva York estaba majara?

La curiosidad lo pudo y ojeó la lista. Orson Dagger, una estrella de béisbol, había oído hablar de él. El tío tenía una póliza por sus brazos de treinta millones. No podía creer lo que estaba viendo.

—Pamela, ponme con el despacho del presidente —pidió a su secretaria.

En unos segundos, oyó la voz de Dany.

—¿Dime? ¿Algún problema?

—¡¿Y me lo preguntas?! No es ninguna broma, ¿verdad? —A través de la línea oyó la carcajada de su amigo—. Podrías haberme avisado que no iba a asegurar propiedades ni empresas.

—Me habría gustado verte la cara cuando lo has leído. Debería haberme quedado allí contigo. —Por el tono de voz supo que Dany lucía una gran sonrisa.

—¡Cabronazo!

—No me vengas con gilipolleces, te lo vas a pasar teta y lo sabes. Te he proporcionado un trabajo hecho a tu medida; en menos de lo que canta un gallo, tendrás a todas las *celebrities* babeando detrás de ti y dejarán que les hagas pólizas hasta por los pelillos de... ya sabes dónde.

—¿De dónde? —Entró él al trapo, sabiendo muy bien a lo que se refería Dany.

—Del moño —soltó con una carcajada contagiosa.

—Tío, me haces sentir como un hombre objeto —siguió con la broma de su amigo—. Me has reclamado aquí para que engatuse a las féminas, ¿tengo que hacerlo también con los hombres? Te voy a pedir un plus de peligrosidad.

—¡Qué payaso eres! Anda, vuelve al trabajo y no te quejes tanto.

Dany cortó la llamada, y Gustavo siguió con la lista: Angelina Foster, una modelo...

—¡Cojones! ¡Unas tetas de quince millones! —Hablaban solo, no era para menos. Buscó en internet a la mujer y tenía unos pechos espectaculares, falsos, operados, pero enormes y que sus ropas resaltaban. Además, parecía dedicarse a publicitar ropa interior, no le extrañó que quisiera proteger su fuente de ingresos. Dio un vistazo a la documentación y la mujer pagaba una fortuna cada año por esa póliza.

El timbre del intercomunicador lo distrajo.

—Sí, Pamela.

—La cita de las doce está a punto de llegar.

—¿Sabes de quién se trata?

—Sí, lo tienes apuntado en la agenda. Es Aydin Aslan, un actor turco que ha subido como un rayo. Es protagonista de telenovelas.

—Gracias por avisarme.

Entonces pasó al archivo donde había las valoraciones y el coste de las pólizas según el valor

que quisieran dar a cualquier cosa, animal o parte de su cuerpo que quisieran asegurar. Se le vino a la cabeza que eso sería como el trabajo de un carnicero, asegurar piezas de carne.

En cuanto estuvo preparado para recibir aquella visita, se apretó el nudo de la corbata que se había aflojado antes y se pasó los dedos por su cabello rubio oscuro. Se levantó y miró por los ventanales que tenía detrás.

No desconocía las excentricidades de las estrellas, pero al ir a aquella ciudad nunca se habría imaginado lo que le esperaba. Dany lo puso en ese puesto a propósito.

Unos minutos más tarde, Pamela anunciaba al actor y le abría la puerta. Gustavo fue hacia él, que se presentó e hizo lo propio con su mánager.

—Tomen asiento, caballeros —dijo Gustavo señalando las mullidas butacas.

—Señor Tenay, hemos venido a asegurar el torso de mi cliente. —Tomó la palabra el representante.

—Muy bien, ¿han pensado en el valor que quieren ponerle?

—Veinte millones de dólares.

—¿Por qué no veinticinco? —No pudo evitar que se le escaparan las palabras de la boca. Para no parecer un completo ignorante con respecto a lo que hacía el hombre, añadió—: Tengo entendido que el señor Aslan es una gran estrella, seguro que quiere tener su cuerpo bien protegido en caso de accidente.

El hombre pareció pensarlo un segundo.

—Tiene usted razón, que sean veinticinco.

Gustavo alucinaba.

—Antes de cumplimentar la póliza tendrá que someterse a un examen pericial.

El actor, que no había abierto la boca desde que se sentó, pareció ponerse tenso.

—¿Está insinuando que mi cuerpo no es perfecto? —Mientras lo decía se puso en pie, se quitó la americana y empezó a desabotonarse la camisa. Tiró de ella para sacarla de la cinturilla de sus pantalones.

—De ningún modo, señor Aslan. Son las normas. No hace falta que se quite la ropa. —Fue como si no lo escuchara, el tipo se sacó la camisa y la tiró sobre el sillón. Dio una vuelta sobre sí mismo, palmeándose el pecho, orgulloso como si fuera un pavo real. Gustavo no quiso reaccionar, se mordió la parte de dentro de las mejillas para no soltar una carcajada. Él mismo tenía el torso más musculado que ese actor; sin embargo, no se dedicaba a ganarse la vida enseñando su cuerpo. En definitiva, se había equivocado de profesión—. Ya veo que tiene un torso perfecto, llenaremos los documentos y cuando quiera lo visitará el perito, es solo un tecnicismo. En cuanto eso ocurra, inmediatamente quedará usted asegurado.

—¿Es que no se da cuenta de...?

Gustavo vio cómo él se admiraba en el reflejo del cristal, parecía satisfecho con la imagen que le devolvía la ventana. Hasta sonrió y se puso de perfil para mirarse mejor. Además, se giró y se puso las manos en el culo, apretándoselo.

—Imagino que sus glúteos también son importantes para usted. —Gustavo alucinaba en colorines ante la excentricidad y vanidad de ese tipo. Por eso se le habían escapado aquellas palabras.

—¿Mis qué?

—Su culo —aclaró.

Gustavo vio la mirada que cruzaban los dos hombres, al actor le interesaba; sin embargo, al mánager no parecía gustarle la idea. Al fin, el último habló:

—¿Para qué quieres asegurarte el culo? Ni que fueras a dedicarte a enseñarlo por ahí. —El hombre parecía indignado—. ¿No estarás pensando en hacer películas pornográficas?

—Si el guion lo exige, por supuesto que lo voy a hacer. —Mientras lo decía se apretaba las nalgas—. Igual que admiran mi torso, estoy seguro de que a mis fans les encantaría.

«Vaya tío, el significado de la palabra “vanidad” a su lado se quedaba corto», pensó Gustavo.

El mánager parecía querer estrangular al actor, pero ante una mirada de los ojos negros de Aslan, claudicó.

—Así sea, vamos a rellenar los documentos —dijo mirando a Gustavo. Este se dio cuenta de que de repente le había entrado prisa; seguro que pensaba que si se quedaban allí mucho más, el actor terminaría asegurándose el cuerpo entero.

Cuando imprimió las copias para que las firmara, Gustavo aún no podía creerse lo que había hecho. Desde luego, nunca se habría imaginado que estaría asegurando partes del cuerpo con aquellas astronómicas cantidades.

Al despedirse de los dos con un apretón de manos, se los quedó mirando a la vez que Pamela le decía que Dany lo estaba esperando para ir a comer.

Capítulo 6

Dany estaba en el despacho presidencial, era muy espacioso. Aparte de su mesa de caoba había un rincón con un sofá y varios sillones, junto a los cuales había un mueble que parecía una vitrina, con cristales opacos, donde guardaba unos exquisitos licores para ofrecer a sus ilustres visitantes. Tenía la puerta abierta, esperando a su amigo; vio acercarse a Gustavo con una expresión que no supo definir. Parecía entre contento, incrédulo y alucinado. Cuando llegó a su altura le preguntó:

—¿Qué? ¿Cómo ha ido la visita que has tenido? Por tu cara no sé qué pensar.

—Aún no me lo puedo creer.

—¿Qué? —volvió a decir.

—Ha venido para asegurarse el torso y ha terminado por añadir su culo.

Dany se carcajeó.

—Eso ha sido obra tuya.

—Si lo hubieses visto toqueteádoselo... Solo he tenido que insinuarlo, el tío es un excéntrico de cojones.

—¿Y solo le has añadido el trasero? Estás en baja forma.

—Me gusta conservar la cabeza sobre los hombros —dijo tocándose la barba bien recortada que lucía. Al ver la mirada de incompreensión de su amigo, aclaró—: Su representante no ha visto muy bien que le hiciera ese comentario.

—¡Qué extraño! Por lo general, son ellos los que quieren asegurar su fuente de ingresos.

Mientras hablaban caminaban hacia la salida.

—Me ha parecido que este es contrario a que enseñe el culo. Le ha preguntado y el divo ha afirmado que lo haría si lo exigía el guion.

Dany lucía una gran sonrisa en su cara.

—Sabía que este puesto estaba hecho a tu medida, muy pronto te acostumbrarás a sus excentricidades. Cuando esto ocurra y te sientas cómodo entre tanta diva y maromos presumidos, vas a arrasas. —Mientras hablaban bajaron al aparcamiento subterráneo donde Dany tenía el coche.

—Eres un cabronazo, ¿por qué no me lo dijiste?

—Me costó lo mío que te vinieras a la Gran Manzana a trabajar, y eso que traté de tentarte con dirigir tu propia oficina en Los Ángeles.

—¿Fue solo para que te dijera que sí?

—¿A ti qué te parece? —respondió Dany al poner en marcha el motor—. ¿Crees que te mentiría con algo así?

—No.

—Al ver esas pólizas astronómicas, lo estuve hablando con Pierre y parece que la idea le atrae. Lo que él no quiere es poner al frente a alguien a quien no conozca, fue cuando le hablé de ti. —Dany salió del aparcamiento y se incorporó al tráfico—. Es un trabajo a tu medida. ¿Sabes cuánto valen los genitales de Mick Jagger? —Al ver la cara de incredulidad de su amigo, soltó —: Un millón y medio de dólares.

—¡Joder!

—¿Y la sonrisa de Julia Roberts?

—Me hago una ligera idea. —No se la hacía en absoluto, aquello parecía surrealista—. ¿Dónde me llevas? Aquí mismo hay puestos callejeros de perritos calientes —señaló Gustavo.

—Vamos a Santana's Club. Un tío como tú, con una carrera ascendente, tiene que codearse con lo más exclusivo de la sociedad. Allí puedes encontrar muchos clientes, solo hace falta que comentes con cualquiera que tienes como clientes a actrices, deportistas famosos o modelos y te estarán pidiendo citas.

Cuando entraron en el club, Dany se dirigió a recepción e hizo la petición de la tarjeta negra y dorada que le daría a Gustavo acceso a todos los lujos y elencos que allí se celebraban, desde las exposiciones, los estrenos cinematográficos, cócteles de estrellas, veladas benéficas, etc....

Cuando se sentaron en el comedor, Gustavo preguntó:

—¿Quién fue tu padrino para formar parte de este club?

—Conozco al dueño, somos amigos.

Aquella declaración dejó a Gustavo con la boca abierta. Pensando erróneamente que en el poco tiempo que llevaba Dany en Nueva York había hecho amigos influyentes.

—Has estado muy ocupado desde que llegaste, ¿eh?

—No, conocí a Federico Santana antes de venir. Su mujer es amiga de Sony.

—Ah.

Después de comer, dieron una vuelta por todas las instalaciones de Santana's, Dany cogió una de las revistas donde se anunciaban todos los elencos que tendrían lugar ese mes y se la entregó.

—Échale un vistazo cuando quieras, puedes asistir a todo lo que te apetezca.

Al volver al despacho, Gustavo se estaba dando cuenta del gran cambio que iba a sufrir su vida. «No, error», pensó, ya lo estaba viviendo. ¡Maldito destino! Si esa oferta hubiese llegado antes... Todo habría sido muy distinto.

Capítulo 7

—Nena, apresúrate que tenemos cita con el asegurador —señaló Hellen al ver que Allison se servía un café—. No deberías tomar esa cosa infernal, pone los dientes negros.

Allison la miró por sobre la taza con los ojos llenos de preguntas.

—¿De qué me estás hablando? Que yo sepa hoy tenía la tarde libre, y mis dientes están como deben estar.

—He aprovechado que no tenías nada que hacer para concertar una cita con el asegurador. Ya te hablé del tema.

—Sí, y yo te dije que era una idiotez. —Allison se había sentado en uno de los sillones de su pequeño salón.

—¿En qué mundo vives? Todos se aseguran lo que les da de comer. Y en tu caso son esas largas piernas.

—Por esa lógica que empleas, si me quedo tuerta podré seguir haciendo anuncios. Seré la modelo pirata. —Allison se burló y vio que los ojos de Hellen lanzaban rayos de indignación. Como estaba molesta porque siempre se ocupaba de rellenar las horas que debería tener libres, rizó más el rizo—. Ostras, entonces en verano, que me molesta tanto el pelo, puedo rapármelo.

—¡¿Tú estás loca?! —exclamó Hellen—. Ni se te ocurra hacer esa barbaridad.

—Entonces, ¿también vamos a asegurar el pelo? ¿Y qué pasará cuando me lo corte? —Seguía queriendo hacerla rabiar, tal como ella cuando hacía algunos planes con sus amigas y tenía que cancelarlos porque le había firmado un contrato de última hora.

—Te estás comportando como si tuvieras cinco años, como una niña mal criada.

Allison había ignorado el comentario.

—Joder, vamos a asegurar las uñas también, a las casas de cosméticos no les hará ninguna gracia que tenga una mellada o que tenga la piel reseca. Mejor que nos inclinemos...

—¡Basta! —gritó Hellen, que había llegado al límite de su paciencia.

Allison se levantó como con un resorte del sillón donde estaba sentada.

—Y los dientes... por si se me ponen negros con el café —dijo decidida a tener la última palabra.

Hellen, cabreada como nunca había estado en su vida, soltó un rugido. Salió al pequeño balcón que había en el salón y respiró varias bocanadas de aire. Allison era un diamante que le reportaba unos ingresos muy suculentos, estaba en posición de despedirla si ella le apretaba demasiado las clavijas. Debía reconocer que en las últimas semanas lo había hecho, y sus buenas ganancias se había llevado. Tenía que aflojar un poco la cuerda si quería seguir con la gallina de los huevos de oro. Volvió al interior dispuesta a tragarse su bilis.

—Lo siento, creo que no me he explicado bien. —Su tono de voz no era autoritario como siempre y Allison desconfió en el acto—. Igual que los atletas aseguran sus brazos, según el deporte que desarrollen, tú debes hacerlo con tus piernas, son tu herramienta de trabajo. Quienes te contratan, en lo primero que se fijan es en lo largas que las tienes y lo bien que las muestras. Sabes sacarles partido. Además, estoy segura de que te has enterado de que las actrices hacen lo mismo con lo más destacable de sus cuerpos.

—¿Me estás comparando con una actriz? —Allison se dio cuenta de que en esos momentos la halagaba para que cediera en sus deseos.

—Muchas de ellas han empezado su carrera haciendo anuncios publicitarios. No me extrañaría que cualquier día te propusieran un pequeño papel, para empezar.

—Hellen, sabes que nunca he aspirado a la gran pantalla. —Remarcó para que la mánager no tuviera aquellos sueños de grandeza.

—Nunca se sabe, nena, quizá si lo probaras... Ya veremos más adelante, ahora ¿qué te parece si vamos a ver al asegurador? Te prometo que después de la cita de mañana con el fotógrafo, tendrás dos días libres. Despejaré la agenda.

Allison había notado el cambio en la forma de hablarle, esa mujer que siempre la había manipulado a su antojo empezaba a darse cuenta de que ya no era ninguna niña. Lo que le hizo gracia fue que le prometiera ese pequeño descanso. Aunque estaba segura de que encontraría la forma de no dejar plantado a nadie.

Gustavo levantó la vista de la pantalla de su ordenador cuando Pamela dio paso a la visita de aquella tarde. Se obligó a no reaccionar al ver a la mujer con la que había chocado unos días atrás. Lo que sí hizo fue radiografiar aquel cuerpo escultural desde la punta de sus pies hasta la melena castaña, que ese día llevaba atada en una trenza floja que le caía por el hombro derecho. Vestía unos vaqueros ajustados como una segunda piel, con una camisa holgada de color salmón, metida en la cintura del pantalón, y unos zapatos altísimos, todo ello la hacía parecer una diosa.

—Buenas tardes, siéntense, señoras. —Señaló los sillones de piel negra frente a su mesa—. Ustedes dirán.

Allison se había quedado muda al reconocerlo como aquel que prácticamente la había atropellado. Era un hombre guapísimo. Ese cabello rubio oscuro, igual que la barba bien

arreglada, con los ojos que en esos momentos lucían más verdes que marrones, con aquellos labios besuqueables, tan atractivos. ¿Cómo sabría esa apetitosa boca? Y ¡qué altura! Por Dios. Incluso con los tacones de quince centímetros que llevaba, él la superaba. Siempre le habían gustado los hombres altos. En muchas de sus citas se había calzado bailarinas para parecer más baja, porque a los tíos no les gustaba verse como retacos a su lado.

—Verá, hemos venido para asegurar las piernas de mi pupila —dijo la mánager, que se había presentado como Hellen Villin. Gustavo vio que la mujer le ponía ojitos y le dedicaba caídas de pestañas.

—Muy bien, señora Villin.

—Llámeme Helen, por favor, que eso de señora me hace mayor y no lo soy tanto.

—Desde luego que no lo es. —La complació él con una sonrisa forzada—. ¿Han pensado en el monto de la póliza? —Gustavo la ignoraba a propósito, quería que Allison se sintiera como una cucaracha, igual que lo trató ella como un insecto molesto.

—Había pensado en diez millones de dólares. —A él le extrañó esa baja cantidad, puñeta, que había firmado esa misma mañana un culo por veinticinco. Su mirada debió traslucir lo que pensaba—. Claro que usted nos podría aconsejar sobre la cantidad.

La mujer puso morritos y él lo ignoró. En su campo visual veía a la joven incómoda, y por muy infantil que pudiera parecer lo complacía.

—¿A qué se dedica su pupila?

—¿No la ha reconocido? —Al hablar, Hellen cogió la barbilla de Allison y la puso de perfil sin ningún miramiento—. Es Allison Moone, últimamente está arrasando en todas las pasarelas y en anuncios publicitarios. Tuvo mucha suerte de que la acogiera bajo mi ala.

—Hellen, por Dios, ¿me harás enseñar los dientes como si estuvieras vendiendo un caballo? —susurró molesta.

Él pudo escucharlo, pero lo disimuló muy bien, se dio cuenta de la incomodidad de la modelo, había mirado a la mánager como si quisiera estrangularla allí mismo. A él también le había sorprendido que la tratara como si de un trozo de carne estuvieran hablando. Notó que tenía el ceño fruncido y lo relajó aspirando aire con fuerza. Sabía que muchos pensaban que las modelos eran como muñecas a las que todo valía, él no era de esos. Cada persona, indiferentemente de a lo que se dedicara, merecía un respeto.

—Perdone, pero hace poco que me he instalado en la ciudad. Aún no me he puesto al día en esas cosas —lo dijo mirando a Allison—. Lo siento, señorita, pretendo solucionar mi ignorancia muy pronto.

Después de haber hablado se dio de collejas mentales, ¿por qué se había disculpado? ¿Es que siempre sería así con ella?

—No se preocupe, señor —observó ella con una voz ronca y sensual.

Hellen se dio cuenta de que la atención de aquel hombre estaba más por Allison que por ella y se puso tiesa en el sillón.

—¿Ha dicho que se llama Tenay?

—Llámenme Gustavo —él volvió a hablar con los ojos clavados en la joven.

—Gustavo, lo que decíamos era que nos aconsejara sobre la cantidad que cree oportuna para asegurar las piernas de la señorita Moone.

—Por favor, con Allison será suficiente —volvió a hablar ella con ese tono que a él le parecía como una caricia. Notó que se le ponía el vello de la nuca de punta.

—Perfecto —dijo él disimulando aquella indeseada sensación con una tos. No quería sentirse atraído por ninguna mujer, y menos de esa en especial. La grosería de la primera vez que la vio aún la tenía presente, si se creía una diva era su problema; él no quería tener nada que ver con una persona tan pagada de sí misma—. A lo que íbamos, yo creo que diez millones es muy poco. —Vio la mirada de Hellen, que le recordó a los símbolos del dólar que solían aparecer en los globos oculares de los dibujos animados de Disney.

—Nena, levántate para que Gustavo vea tus piernas. —La voz de Hellen sonó autoritaria.

—¡Por favor! —exclamó Allison. ¿Qué pretendía, que se paseara por el despacho como si fuera una pasarela?

A pesar de que a Gustavo le pareció indignante el tono de la mánager, no dijo nada. Por la mirada que la joven lanzó a la mujer supo que no estaba cómoda con aquella situación.

—Venga, no te hagas de rogar —insistió Hellen.

Allison vio que Gustavo apretaba los labios para no sonreír. ¡El condenado se estaba divirtiendo a su costa! Ella también podía jugar. Se levantó y echó mano a toda la sensualidad que sabía que poseía. Se paseó por el despacho despacio, moviendo las caderas como si al final de su paseo la esperara un amante ansioso, provocativa y con una mirada que le dedicó a él como si le prometiera el paraíso. Lo vio removerse en su sillón y supo que había logrado su objetivo, lo había perturbado. Ni corta ni perezosa, se puso las manos en las caderas para mostrar mejor su trasero; y cuando vio el fulgor de esos ojos que se habían vuelto verde brillante, dijo:

—Creo que ya ha podido hacerse una idea de lo que puedo hacer con mis piernas.

«Oh, sí», pensó Gustavo, que había notado cómo despertaba su hombría. La muy jodida sabía muy bien el efecto que causaba en los hombres, y lo explotaba al máximo.

Él carraspeó.

—No hacía falta que te dieras ese paseo, te visitará un perito antes de dar de alta el seguro. —Vio cómo ella apretaba la mandíbula ante sus palabras. «¡Bien, guapita, te has exhibido por nada!», supo por el brillo de sus ojos que ella había pensado lo mismo.

—Vamos a lo que nos ha traído aquí. —Volvió a la carga Hellen—. ¿Cuánto es la cantidad razonable para esa póliza?

—Hay modelos y actrices que doblan y hasta triplican la cantidad que teníais en mente. Sin embargo, eso es decisión vuestra.

Hellen no lo pensó ni un segundo antes de hablar.

—Perfecto, entonces que sean treinta millones. Quiero que mi pupila esté bien cubierta.

Gustavo vio a Allison, que la miraba con sus preciosos ojos que se le salían de las órbitas.

—Lo que tú me digas. —Entonces empezó a rellenar los formularios, haciéndoles preguntas.

Cuando los tuvo terminados, los imprimió y se los tendió para firmar.

—¿Cuándo va a visitarla el perito? Lo digo para que no nos pille en el trabajo.

—No te preocupes, te avisará del día y la hora.

—Muy bien.

Allison creyó que Hellen se había vuelto loca, no se creía que la estuvieran poniendo a la altura de las codiciadas actrices. Ella era modelo, empezaba a ser reconocida, pero aún no había llegado a primera línea, al *top ten*. Ese tío había percibido la codicia y pretensiones de Hellen, y se había aprovechado de ello. ¡Sería mamón!

Capítulo 8

Hellen notó que Allison no le hablaba, se habían montado en un taxi al salir de la aseguradora Erlington y no había abierto la boca. Tuvo buen tino de no atosigarla, sabía que le había molestado que ella la exhibiera como si de una muñeca hinchable se tratara. La dejó en la puerta del edificio donde vivía y se despidió hasta la mañana siguiente. Tenían una cita con un renombrado fotógrafo que pretendía convertirla en su musa, y exponer en la galería de arte del Santana's Club.

Allison nunca se había sentido tan pedazo de carne como aquella tarde. Entre Hellen y el asegurador la pusieron de los nervios. Ya en su piso, se puso su ropa de correr, eso siempre le despejaba las ideas, y salió hacia el parque Theodore Roosevelt, a esas horas había muchas parejas que al terminar su jornada laboral se encontraban allí para relajarse. Lo mismo que hacía ella con cada larga zancada. Sin embargo, ese día no lograba sacarse de la cabeza a Gustavo. El hombre era guapísimo, sabía que la había reconocido, no era tonta, la mirada que le había dedicado al verla hablaba por sí sola. Seguro que era uno de esos que pensaba que las modelos eran tontas, que no tenían nada en la cabeza. ¡Ignorante! Si supiera lo que ella había tenido que trabajar para llegar donde estaba. Imaginó que era un cabeza cuadrada de esos que se creían en posesión de la verdad absoluta, de esos que pensaban que su trabajo era como un juego.

Como estaba pensativa no vio a la pareja que caminaba por el mismo sendero que ella corría, y por poco se los lleva por delante.

—Perdonadme, tenía la cabeza en otra parte. —Iba a seguir cuando escuchó:

—Tú eres... ¿Allison?

Al escuchar su nombre se fijó en la mujer que lo había pronunciado.

—¡Oh, discúlpeme! Ya le he dicho...

—Sí, lo he notado. —La interrumpió Nerea Vidal, para la que había desfilado en Los Ángeles —. Por favor, no me trates con tanto formalismo, ¿te parezco tan vieja? —La diseñadora hablaba con una sonrisa en los labios, era evidente que la estaba embromando.

—Desde luego que no.

Nerea iba acompañada por Diego, el que había hecho desaparecer el carrito de la cena con las

chicas. Él le sonrió.

—¿Se enteró alguien de nuestro secreto?

Allison sonrió al recordar y movió la cabeza.

—De aquello no, pero dejaste un rastro de tu perfume y mi mánager estuvo a punto de mirar bajo la cama a ver dónde teníamos al hombre que olía tan bien. —Su forma de decirlo los hizo reír a los tres. Luego miró a Nerea—. Tengo que agradecerte que tuvieras ese detalle con nosotras.

—De ninguna forma, es una salvajada que os tengáis que esconder para comer. Aquí estás tú misma haciendo deporte para mantener la figura. —La diseñadora parecía indignada—. A alguna de tus compañeras la trataban como a una niña pequeña. Eso me subleva. Sois adultas, trabajáis mucho y tenéis que alimentaros bien, y eso vosotras ya lo sabéis.

—Eso díselo a Hellen. A veces me agobia tanto que la mandarí a paseo.

—Te creo, te creo. Bueno, guapa, te dejamos que sigas, espero que volvamos a vernos —se despedía Nerea.

—Yo también, fue un placer desfilas con tus diseños.

Allison siguió por su camino mientras Diego y Nerea la miraban.

—Esta chica llegará muy lejos —afirmó ella.

Al llegar a su casa, Gustavo aún tenía a aquella mujer en la cabeza. Desde luego que era pretenciosa, creída y vanidosa; todas las actitudes que no le gustaban en una persona. Aunque debía admitir que esta había revuelto algo en sus entretelas, lo que no le había sucedido desde hacía tiempo. Soltó un taco al reconocerlo, ella sería la última mujer por la que debía sentir algo. Por muy guapa que fuera, no podía atraerle, era la antítesis de...

En sus ojos había percibido una sombra que no pudo identificar, al principio creyó que era enojo. No podía estarlo con él por su anterior encuentro, en todo caso podía ser al contrario.

Cogió una cerveza del frigorífico y salió a la terraza, hacía frío, pero era agradable sentirlo después de las horas pasadas en el despacho con aquella diosa pretenciosa. Dispuesto a sacársela de la cabeza, se dio una ducha y se puso un chándal, se sentó ante el televisor y, cambiando de canales, encontró un partido de béisbol, jugaban los Chicago White Sox contra los Minnesota Twins, ganaban los primeros y estaban en el descanso.

El móvil empezó a sonar y vio que era Dany.

—¿Dime?

—Ya te vale, tío, sales en un anuncio de perfume y no me has dicho nada. —Parecía divertido. Pensó que su amigo pretendía hacerlo reír, tomarle el pelo y le siguió la corriente.

—Claro que no, cabrito. Si te lo hubiese dicho habrías tratado de asegurarme alguna parte del cuerpo.

—¡Cómo lo sabes! Me conoces demasiado bien. —Por la voz notaba que Dany estaba sonriendo.

—Por eso mismo te he ocultado mi alter ego.

—Pues ya me lo estás presentando, ¿tienes mánager?

—De ningún modo, esos te exprimen hasta la sangre. Yo solito me arreglo y me llevo un pastizal con mi otra personalidad. ¡¿Cómo te crees que me compré mi casa en Los Hamptons?!

Dany soltó una carcajada a través de la línea.

—Venga, capullo, cuéntame, ¿cómo es que te he visto en la tele? Y según me dice Sony estás saliendo muy a menudo.

—Anda, vete a cachondearte de otro.

—¡¿No me crees?! —exclamó Dany—. Pon el ABC7, en todos los intermedios sale el anuncio.

—Ahora mismo lo pongo —dijo para que Dany lo dejara tranquilo y ver el partido.

—Mañana quiero saberlo todo con pelos y señales.

—Desde luego que sí, jefe.

Cortó la llamada y, antes de repantigarse, fue a la cocina donde Mary, la señora que se ocupaba de las labores del hogar, le había dejado preparada la cena. Se la llevó al salón y comió disfrutando del partido, siempre le habían gustado los deportes.

Cuando terminó, no pudo evitar poner el canal que le había dicho Dany, estaba seguro de que lo había embromado, y se convenció al encontrarse con un programa sobre reformas y decoración.

—Ay, Dany, que se pilla antes a un mentiroso que a un cojo —murmuró para sí, llevando el plato a la cocina y poniéndolo en el lavavajillas. Al volver para apagar el aparato se quedó sorprendido al ver a Allison Moone, frunció el ceño al reconocer el vestido que ella llevaba la primera vez que la vio. Iba empujando a los hombres como había hecho con él y la mandíbula se le cayó al suelo al verse en la pantalla. Los ojos se le salieron de las órbitas y se dio cuenta de que ella había actuado de aquella forma para no parar el rodaje. Se le notaba cara de sorpresa cuando se había encontrado con él, pero de forma profesional había seguido actuando. Debía reconocer que ella estaba fantástica en aquel *spot*, y él la había juzgado muy mal.

Recordó que le habían hecho firmar un papel autorizando que salía en una filmación. ¿Por qué ella no dijo nada de todo eso cuando estuvo en su despacho? «Porque te portaste como un cretino, idiota», se dijo a sí mismo.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, a las seis, Hellen y Allison se reunieron con Andy Tryon, un fotógrafo que había despegado con fuerza y estaba preparando una exposición. Ese día pretendía hacer varias sesiones en exteriores, primero al amanecer, ya que el sol salía a las siete y media. Andy las llevó en un taxi al puerto, donde las esperaba un amigo suyo que poseía un yate. Se embarcaron y enseguida le dijo a Allison lo que debía ponerse, que lo había preparado con anterioridad. Con el *skyline* de Nueva York de fondo, con el agua del río Hudson rodeándolos, con la espuma que levantaba la embarcación, el fotógrafo estaba entusiasmado con las instantáneas.

—Allison, puedes descansar un momento —aconsejó a la modelo—. Están saliendo unas fotos fantásticas.

Andy fue a cambiar la tarjeta de memoria de la cámara, y Hellen fue tras él. Allison desde la cubierta la veía coqueteando con el fotógrafo y sintió vergüenza ajena. ¿Es que esa mujer no se daba cuenta de que estaba haciendo el ridículo? Él manejaba su material y ella se le arrimaba o se le echaba encima excusándose en el movimiento del yate.

Tras dos horas más, Andy dio por terminada la sesión y fueron a la azotea del Empire State, allí hicieron otra tanda de fotos. Luego bajaron a la Quinta Avenida y Andy siguió, Allison era una modelo excepcional, tenía una naturalidad que le encantaba. En un instante que Hellen se quedó viendo un escaparate de ropa interior femenina, se acercó a la modelo y le dijo:

—¿Te apetece que comamos juntos? —A ella la sorprendió aquella petición—. Nos podemos perder entre toda esta gente y Hellen no nos encontrará. —Sus ojos grises mostraban picardía y regocijo, y ella rio antes de asentir con la cabeza.

A Allison le apetecía la idea de librarse por unas horas de la estricta vigilancia de su mánager. No tenía por qué estar siempre al acecho de lo que ella hiciera, era adulta para hacer su trabajo sin la constante mirada de Hellen. Podía ir sola a las sesiones fotográficas, si no la dejaba era porque estar con ella le permitía actuar con aquella desvergüenza y tratar de camelarse a los hombres que la rodeaban. Cada día que pasaba se convencía más de que Hellen le tenía envidia. Que estaba celosa de su éxito.

Andy localizó a la mánager, que estaba parada ante un escaparate de productos cosméticos. Miró a un lado y a otro, y cogiendo de la mano a Allison le hizo cruzar la avenida al trote y se metió en un callejón. Los dos se doblaron de la risa cuando se asomaron y vieron a Hellen con el cuello muy estirado mirando alrededor.

—¡Somos malos! —declaró Allison sin poder contener las carcajadas.

—¿No crees que ya eres mayorcita para llevarla de guardaespaldas? —dijo él asomando la cabeza para ver lo que hacía Hellen—. Vas a recibir una llamada en tres, dos...

El móvil de Allison sonó.

—Hellen, ¿dónde te has quedado? Cuando nos hemos dado cuenta te habíamos perdido —habló conteniendo las ganas de reír—. Nos hemos alejado de la Quinta Avenida, mejor será que te vuelvas a casa. Como me prometiste dos días libres, cuando termine con Andy yo haré lo mismo, nos vemos el viernes. —Y sin darle a la mujer opción a que dijera nada colgó la llamada. Desde la distancia vio que su mánager golpeaba el suelo con un pie y sus ojos lanzaban rayos. ¡Estaba rabiosa!

El fotógrafo vio que los ojos azules de la modelo brillaban de excitación y alegría, no perdió la oportunidad de plasmarlo con su cámara. Con aquel fondo de ladrillos rojos del callejón y otras con los transeúntes que caminaban no muy lejos de ellos, hizo unas fotos estupendas.

—Acompáñame, nos hemos ganado una buena comida. —Uno al lado del otro caminaron, y él la llevó a Santana's Club. Antes de sentarse a la mesa del restaurante, fueron a la piscina, que en esa época del año estaba desierta y era un buen decorado para unas cuantas instantáneas—. Bueno, creo que tengo material suficiente por hoy. Vamos a probar las delicias del chef.

—Nunca he comido aquí.

—Te va a encantar —dijo Andy mientras un camarero de uniforme los guiaba a una mesa.

Gustavo, que estaba allí comiendo con Dany, había visto a Allison en el mismo momento que llegó con aquel hombre que llevaba una cámara al cuello. Al instante perdió el hilo de lo que le decía su amigo.

—¿Me estás escuchando? —Dany siguió la mirada de Gustavo y lo vio pendiente de lo que hacía aquella pareja en la piscina, la reconoció al instante—. ¡Joder! ¡Es ella! —exclamó con los ojos muy abiertos—. A propósito, no me has contado cómo terminaste saliendo en un anuncio de televisión con ella.

Gustavo la veía profesional en sus poses, más relajada que cuando estuvo en su despacho, no le extrañaba, no llevaba a aquella otra que la trataba como a una mercancía. El hombre le hablaba y ella... ¡qué sonrisa! Podía eclipsar la luz del sol.

Dany veía a su amigo como si en ese momento estuviera en otro mundo, ajeno a todo lo que rodeaba, solo pendiente de aquella belleza. Se alegró por él, eso quería decir que estaba

empezando a superar su pasado. No obstante, al no saber nada de ella, le preocupó que se encaprichara y que ella le diera calabazas. Se la veía muy cómoda con aquel hombre, claro que era un fotógrafo profesional y ella estaba trabajando. No parecía que hubiera nada entre ellos, pero dudaba que una mujer como aquella no tuviera una legión de tipos babeando tras ella, incluso podía tener una pareja estable.

Gustavo no la perdió de vista, y al fin vio que daban por terminado su trabajo y los siguió con la mirada. Su carácter le dictaba que debía disculparse con ella; sin embargo, no lo haría delante de ese otro con el que parecía estar muy a gusto. ¿Serían pareja? Podría hacer el ridículo más grande de su vida. ¿Tendría otra oportunidad para disculparse?

Allison vio a Gustavo al entrar en aquel elegante comedor, recordó sus anteriores encuentros, sus miradas se cruzaron e hizo lo mismo que él en el despacho, aparentar no reconocerlo. Se dejó guiar y al sentarse en la mesa podía apreciar lo atractivo que era, y la miraba con sus ojos verdosos, desvió los suyos hacia Andy, que le estaba hablando de la travesura de haber despistado a Hellen y de lo productiva que había sido la mañana.

Muy a menudo sus ojos se iban hacia Gustavo, y supo que estaba pendiente de ella. ¡Que lo follara un pez! Seguro que pensaba que podía tratar a todo el mundo como piezas de carne, vaya profesión la suya. Ella había tenido que trabajar mucho para llegar donde estaba en esos momentos, en cambio él...

Capítulo 10

Dany invitó a Gustavo a la celebración de Acción de Gracias. Al ser el primer año que estaban en Nueva York, Sony se había empeñado en juntar a sus amigas, las Ladronas de corazones. ¡Cómo las echaba de menos! Se veía a menudo con Alex, que también vivía en la ciudad, pero con las demás ya era más complicado. Carolina residía en España, Nerea en Los Ángeles y Maxine... podía decirse que era ciudadana del mundo, entre sus conciertos de arpa y los negocios de Federico, no paraban mucho tiempo en el mismo lugar.

Sony se había interesado por las tradiciones de aquella festividad que nunca había celebrado y organizó el encuentro para asistir al desfile en Manhattan, en la avenida Broadway. Todos quedaron impresionados por los enormes globos gigantes y las actuaciones de artistas musicales invitados.

Luego se dirigieron a su ático donde Beti, la viuda que había contratado Sony para las tareas del hogar, les había preparado la cena. Antes de sentarse a la mesa, mientras se tomaban un espumoso de sidra de manzana, como mandaba la tradición, Dany fue presentando a Gustavo a sus amigos.

—Este es Miguel.

Al estrecharle la mano, este dijo:

—Soy pizzero en Madrid, mis pizzas son las mejores de toda la galaxia.

El comentario arrancó varias carcajadas.

—Es la pareja de Carolina, la que está al lado de Sony. —La susodicha lo saludó con la mano, estaba charlando en el corrillo de las chicas con Federico, que las hacía reír—. Él es Matt, es posible que te lo encuentres por aquí, también vive en Nueva York con Alex, la de la melena castaña con mechas rubias.

Matt le dedicó una sonrisa divertida, al tiempo que se estrechaban las manos.

—Me ha dicho nuestro amigo que tu trabajo es de lo más interesante.

—No sabes tú cuánto —afirmó Gustavo con una risa.

—Yo soy Diego. —Este no esperó a que Dany hiciera los honores—. Soy investigador privado en Los Ángeles, y mi chica es la del pelo más corto, tal vez hayas oído hablar de ella, es

Nerea Vidal, diseñadora, y está empezando a presentar sus colecciones.

Como Gustavo ya llevaba un rato con ellos y veía la complicidad que los unía y las coñas que se lanzaban los unos a los otros, miró a Dany con una ceja alzada.

—Es una posible clienta, puede desear asegurar sus manos.

Aquel comentario arrancó una carcajada a los hombres que lo rodeaban, en especial a Dany.

—Esa es la actitud, así me gusta, tío. —Después, mirando a Diego, añadió—: Gustavo tiene razón, sus manos son...

—Mágicas. —Lo cortó Diego con una mirada llena de sobreentendidos.

—Las mías también lo son —indicó Miguel—. Solo tenéis que mirar la cara de felicidad de Carolina.

En ese momento se les acercó Federico, que había dejado a las mujeres riendo a mandíbula batiente. Cuando Dany se lo presentó, este lo señaló con el dedo acusador.

—No hace falta que trates de venderme ningún seguro, Erlington tiene la póliza hasta de mis pelotas.

Gustavo no se esperaba que el dueño de ese club exclusivo, con sedes en muchas ciudades del mundo y de una cadena de hoteles, fuese tan guasón. Se rio como todos los demás, y escuchó a Dany decir:

—Seguro que Gustavo encontraría algo que aún no tienes asegurado.

—Cabronazo. —Federico miró a Dany con una ceja alzada—. La punta del nabo.

Sony se les acercó.

—Basta de hablar de trabajo, que te estoy viendo —dijo a Dany—. Venga, todos a la mesa.

Gustavo se sentó al lado de Maxine, y esta se presentó a sí misma. Lo miró con aquellos ojos celestes que le recordaron a otros; sin embargo, estos no tenían esa fina línea alrededor de las pupilas. ¿Es que no se podría sacar a esa mujer de la cabeza?

La cena transcurrió entre risas, anécdotas y planes futuros que todos compartían. El pavo relleno estaba exquisito, junto a las judías verdes, la papa dulce y el puré de patatas, todo regado con una excelente salsa de arándanos rojos. Lo hicieron pasar con el espumoso de sidra de manzana. Cuando se sirvieron los postres...

—No esperarás que nos comamos todo esto, ¿verdad? —comentó Maxine mirando a Sony cuando vio los tres pasteles que colocó en medio de la mesa. Uno de calabaza, otro de nuez pacana y otro de manzana.

—Lo que no os comáis os lo lleváis para mañana —propuso Dany—. Si no tendré que hacer mucho ejercicio para no engordar.

—Si en lugar de hacer gimnasia en posición horizontal corrieras por el parque, seguro que no engordarías —Carolina habló mirando a Sony.

—No le des ideas, ¿tú sabes las lagartas que hay en el parque? Yo suelo ir y créeme que hay muchas que no van precisamente a correr. —Sony miró a Alex, que habían coincidido en más de una ocasión. Esta miró a los hombres y asintió con la cabeza.

—Podríamos ir todos, puede ser la leche —indicó Miguel moviendo las cejas con picardía.

El comentario atrajo la atención de los hombres, pero antes de que ninguno hablara, se oyó la voz de Carolina.

—Buf, a todos os gusta la idea, ¿eh? —Miró a los que rodeaban la mesa, las chicas no parecían demasiado entusiasmadas con la propuesta. Nerea se estaba comiendo un trozo de tarta de manzana y se le atragantó. Los hombres se miraban los unos a los otros con sonrisas.

—¿A que no hay huevos?! —provocó Alex, siguiéndole la corriente a Carolina, imaginándose cuál era el plan.

—¿Nos estáis retando? —Matt sabía que las mujeres se llevaban algo entre manos.

—Puede decirse que sí —añadió Maxine, viendo a los hombres dudosos.

—Pues mira, después de esta magnífica cena, mañana podemos salir a correr para quemarla —dijo Federico recogiendo el guante que le había lanzado su mujer—. ¿Quién se apunta?

—Te gusta vivir peligrosamente, ¿eh? —comentó Diego—. Yo pienso quemar muchas calorías antes de dormir.

—Toma, como todos si nuestras churris no nos hacen dormir en el sofá. —Miguel miraba a Carolina con cara de cachorrito.

—Yo me apunto —afirmó Gustavo con una risita.

—Ya somos dos. —Federico paseó los ojos por los demás—. Tíos, no me digáis que tenéis miedo de dormir con el perro. Tan poca mano tenéis con vuestras nenas, a ver si os tendré que dar lecciones.

Dany soltó una carcajada, le gustaba ese Federico que ya no era el tipo encorsetado que era cuando lo conoció.

—Yo también —proclamó—. Solo quedáis vosotros, Miguel, Diego y Matt.

—Amor, ¿a que no te importa que vaya? Solo lo hago para que estos no se pierdan. —Matt le puso ojitos a Alex.

—Claro que puedes ir, tonto —contestó ella con una ancha sonrisa—. Faltaría más; nenas, no os hagáis las duras. Nerea, Carolina, no seáis tan así con ellos, adelante, chicos. ¿Qué mal puede haber con que vayan a correr por el parque?

—¡No seáis calzonazos, por Dios! —exclamó Federico—. Os espero a todos, mañana a las nueve en el Metropolitan Museum of Art.

Al día siguiente, las chicas esperaron que se marcharan y se juntaron en casa de Sony; esta y Alex tenían varios conjuntos muy sexis para hacer deporte y pretendían mostrar a sus hombres que ellas se podían llevar de calle a todos los que fueran a ejercitarse por el parque. Claro que Alex se lo tomaría con más calma debido a su embarazo.

—He llamado a Grace, a Nina y a Jordan —anunció Maxine—. Se reunirán con nosotras. —

Al ver la mirada extrañada de las demás, añadió—: Trabajan en Santana's y son muy majas, os gustarán. Jordan es la chica de Marcelo, el hombre de confianza de Federico, me ha dicho que le dirá a su prima Anna si quiere unirse a nosotras.

—Yo he llamado a Kiki. —Alex estaba encantada de que ella y Maxine hubiesen tenido la misma idea.

—¡Esto me encanta! —exclamó Carolina, imaginando la cara de sus hombres cuando las vieran—. ¡Se van a cagar!

—Neni, que el tuyo ya puso cara de cachorrito ayer. Más le vale que no intente marcar su territorio. —Se guaseó Nerea.

—Yo no apostaré —habló Alex.

—Depende de los tíos que tengamos alrededor —señaló Sony—. Conozco a esas chicas de las que habla Maxine, y creedme, tendremos que ponernos chubasqueros para que no nos salpiquen las babas de los hombres.

—¡Anda ya! —Nerea, que siempre estaba rodeada de bellezas, dudaba de que fuera para tanto.

—Ya lo verás, bonita —soltó Alex.

El comentario arrancó risotadas de todas ellas. En cuanto todas estuvieron listas, salieron y al trote llegaron a Central Park. Maxine se encargó de presentar a las chicas, que ya las estaban esperando en Bethesda Terrace.

—No estarán vuestros chicos por aquí, ¿verdad? —preguntó Maxine.

—No, Hans trabaja —anunció Grace.

—Marcelo también —observó Jordan.

—Jojo se ha quedado esculpiendo, dice que cuando estoy en casa lo distraigo. —Kiki les guiñó un ojo para que entendieran cómo lo hacía.

—Jeff está en el curro, también. —Nina tenía una sonrisa dibujada en la cara.

—Rob se ha ido con unos amigos a desayunar —remarcó Anna—. Como si con la cena de ayer no hubiese tenido bastante.

—Perfecto, si se encontraban por casualidad con los nuestros, sabrían que estamos tramando algo. —Sony y Alex se miraron asintiendo con la cabeza, mientras hablaba la primera.

—Vamos, chicas, la *bailoterapia* es por allí —dijo Alex, señalando a la derecha con el dedo.

—Bailo... ¿qué? —preguntó Carolina—. ¿No íbamos a correr y a llevarnos a los tipos de la calle?

—No, esto va a ser más divertido. Ya veréis —añadió Sony.

Llegaron a una extensión de césped donde un grupo de hombres y mujeres bailaba al son atronador de una música muy movida.

—¡Jo-der! —exclamó Maxine al ver a unos tipos que parecían dirigir la marcha y que marcaban el ritmo. Iban moviéndose entre el grupo y enseñaban a las que no acababan de cogerle el tranquillo—. Esto va a ser la leche.

—¿Has visto lo buenos que están? —remarcó Alex.

—Chica, que tengo ojos en la cara, están cañón.
Todas soltaron una carcajada y se unieron al grupo.

Los hombres trotaban por los senderos del parque, viendo a las mujeres que se los quedaban mirando e incluso que querían seguirles el ritmo. Unos se guiñaban el ojo a los otros con una sonrisa presumida en los labios, con el ego que se les subía a la cabeza.

De repente Gustavo vio a una mujer que hacía estiramientos en el respaldo de un banco, la reconoció al instante. Ella no iba maquillada, llevaba la melena cogida en una cola de caballo y le pareció más bonita que nunca. «Es ahora o nunca», se dijo.

—Chicos, id tirando sin mí, ya os alcanzaré... y si no, no me voy a perder.

Dany miró alrededor, hacia donde se dirigía su amigo, y al verla a ella sonrió sorprendido al advertir a la mujer de aquel anuncio publicitario, ¡vaya con Gustavo! ¿Iba detrás de aquella modelo? Esperaba no volver a verla hasta que se encontraran en el trabajo, eso sería una buena señal. Siguió con los otros, que sacaban pecho como si fueran pavos reales al ver la atención de las mujeres y las miradas lascivas que recibían.

El sendero los llevó hacia donde un grupo numeroso bailaba a buen ritmo.

—Vaya, esa es una buena forma de quemar calorías —afirmó Federico, quien había bajado el ritmo para mirar.

—Desde luego, y encima divertido —lo apoyó Miguel con una gran sonrisa.

Diego y Matt se habían detenido y miraban con el ceño fruncido al grupo.

—¿No es esa Nerea? —habló el primero al no reconocer las prendas que llevaba su pareja. Esas no las habían traído de Los Ángeles, su mujer nunca se había puesto un conjunto tan sexy para hacer deporte. Esas mallas fucsias se adaptaban a sus piernas como una segunda piel, llevaba el ombligo al aire y un top que parecía un cuadro de Picasso de su etapa abstracta, en distintos tonos de pistacho y amarillo.

—¡Y la que está a su lado es Alex! —exclamó Matt.

Los otros tres se detuvieron a mirar lo que sus amigos, y Dany estalló en una carcajada.

—Ya me imaginaba que algo se traían entre manos —dijo con una gran sonrisa, miró a los demás y se encaminó a juntarse al grupo—. ¡¿Os vais a quedar ahí?!

Miguel lo siguió con una risita.

—Yo me uno a la fiesta —anunció—. Esto será más molón que ir a la discoteca de Santana's.

Todos ellos se dirigieron al grupo donde estaban sus mujeres y en unos segundos estaban bailando como locos.

Capítulo 11

Allison no vio acercarse a Gustavo, seguía con sus estiramientos y él admiraba aquellas largas piernas. Imaginárselas envueltas en su cintura fue un pensamiento fugaz que le hizo sentir un extraño aleteo de anticipación en sus entrañas.

Ella oyó los pasos y miró por encima de su hombro, al verlo lo ignoró, y volvió su atención a lo que estaba haciendo.

—Hola. —Ella no respondió al saludo—. Por tu mirada sé que estás cabreada conmigo.

—Te das mucha importancia. —Allison no pudo contener las palabras—. Para eso haría falta que me interesaras, como que esa no es la cuestión...

Que le hablara sin mirarlo, sin poder contemplar aquellos maravillosos ojos, lo tenía perplejo.

—Sé que te debo una disculpa. —Él mismo se reprendió, desde el primer momento que la vio todo había sido un malentendido, ¿por qué tenía esa necesidad de explicarse?

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —Allison lo miró sorprendida.

—Porque creí que eras una devorahombres. Cuando nos vimos por primera vez te juzgué mal. —Ella recordó aquella ocasión y la cara que se le había quedado a él cuando lo empujó en el rodaje—. Luego, cuando volví a verte, me comporté como un completo gilipollas.

A ella le hizo gracia aquella expresión referida a él mismo y sonrió asintiendo con la cabeza.

—Ese día los dos estábamos finos.

Gustavo frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo había discutido con Hellen y aún me duraba el cabreo.

—¿Qué te parece si empezamos de cero? —Allison lo miró sin entenderlo, entonces él alargó la mano—. Soy Gustavo, un placer conocerte.

Ella sonrió al captar la idea.

—Hola, soy Allison. ¿Vienes mucho por el parque? —Ella lo miraba con sus expresivos ojos llenos de humor.

—Es la primera vez que vengo a hacer ejercicio, y todo por un reto que se lanzaron mis amigos y sus mujeres.

—¿Puedo preguntar cuál es ese reto? —A Allison le entró curiosidad.

—Sí, ¿te parece si caminamos mientras te lo cuento?

Gustavo le explicó las pullas de la noche anterior y ella se rio de lo lindo.

—Seguro que ellas también están aquí.

—No... vaya, no creo, a la mayoría los conocí ayer, no podría decirte, pero...

—¿Qué? —preguntó ella al verlo titubear—. Por lo que me has dicho de ellas no creo que los animaran a venir si no tenían un plan.

—¿Eso lo dice en algún manual para mujeres?

Allison se puso a reír al ver la curiosidad pintada en la cara de Gustavo.

—No, es solo sentido común. ¿Tus amigos son como tú?

—¿A qué te refieres?

—Tan... tan... —No quería decirle que lo encontraba atractivo. «Esa palabra se quedaba corta», pensó. Con la mano lo señaló a él—. ¿Son como tú?

Él se la quedó mirando con ganas de entender lo que ella se callaba. Vio que esquivaba sus ojos y comprendió. Todos los años que había estado disfrutando del sexo opuesto vinieron en su ayuda. Se aguantó una sonrisa al comprender lo que le estaba preguntando.

—No sabría decirte —dijo con una sonrisa—. No me gustan los hombres.

Aquel comentario hizo que ella pensara que había malinterpretado sus palabras.

—Yo no quería decir eso.

—Lo sé. —Mientras reía sintió el dedo de ella en el pecho.

—Eres tonto. —Ella quería poner tono de enfadada, pero no le salió, se le contagiaba la risa de él.

—También lo sé.

—Venga, vamos a quemar la cena de anoche. —Allison empezó a trotar y él la siguió.

—Espero que después del ejercicio no te negarás a compartir un chocolate caliente conmigo.

Allison se paró de repente.

—¿Por qué corremos si luego nos tomaremos un chocolate?

—No insistas, podemos ir ahora si quieres. —Gustavo había descubierto que a ella le gustaba seguir sus bromas.

Ella pensó que tenía dos días libres, sin Hellen que le dijera lo que tenía que hacer en todo momento. Había estado otros sin tener que trabajar; sin embargo, su mánager siempre la tenía controlada, la llamaba mil veces al día. Esa mañana, había dejado su móvil en casa a propósito para desconectar. Iba a disfrutar de esa pequeña tregua.

—Ok, vamos a dejar el ejercicio para cuando hayamos cometido el pecado. Vamos a tomarnos ese chocolate.

—Así me gusta, que no te prives. Te prometo que si ganamos cien gramos te acompañaré a correr.

—Te tomo la palabra.

—¡Miedo me das! —exclamó él sin poder ocultar lo satisfecho que se sentía.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, esa mañana no hablaron de trabajo. Se dedicaron a contarse anécdotas de su niñez: ella, de Jacksonville; él, de París. Ella vio que al principio Gustavo parecía reacio a hablar de la ciudad del amor, una sombra le pasó por los ojos y la ocultó enseguida.

—Estuve en París el año pasado y me pareció una ciudad preciosa —dijo ella sin entrar en detalles.

—Lo es.

La mañana se les pasó volando y ella insistió en que debía volver a casa. Había llamado a su amiga Janelle, la cual hacía mucho que no veía debido al trabajo, y tenían planeado salir a divertirse.

Antes de dejarla ir, Gustavo, con una sonrisa embaucadora, le preguntó si podía llamarla para encontrarse otro día. Podía buscar el número en la póliza, pero le parecía incorrecto si no tenía el permiso de ella.

—Sí, desde luego. —Le recitó los dígitos de su teléfono.

—Te haré una llamada para que tú también tengas el mío. Así podrás contactarme si tenemos que quemar el chocolate que nos hemos tomado. —¿Qué tenía esa mujer que aún no la había perdido de vista y ya deseaba volver a verla?, se preguntó—. Me lo he pasado muy bien.

—Yo también, no eres el cretino que me pareciste.

—Caramba, me alegro de ello.

Con una carcajada, Allison salió al exterior y desapareció del campo visual de Gustavo, para dejarlo allí con una sonrisa tonta en los labios.

Capítulo 12

Gustavo salió de la chocolatería con una sonrisa coronándole los labios, parecía como si un gran peso le hubiese abandonado los hombros. Se sentía ligero y un extraño aleteo que no había experimentado nunca le hacía cosquillas en el estómago. Por primera vez después de lo ocurrido en París, tenía la energía a tope.

Paseando se fue a su piso, tenía que cambiarse la ropa deportiva que llevaba. Se puso en la ducha y se apoyó en las baldosas con las dos manos, dejando que el agua caliente le cayera por todo el cuerpo; mientras, en su cabeza recordaba la mañana que había pasado con Allison. Fue genial y ya estaba deseando volver a verla.

Con el ánimo a tope, se calzó unos vaqueros y una camisa oscura, se puso su cazadora y salió del piso.

Allison fue a encontrarse con Janelle, las dos eran nacidas en Jacksonville, llegaron a la Gran Manzana con unos años de diferencia debido a los estudios de la segunda, se dedicaba a la abogacía en uno de los mayores y más renombrados bufetes de Nueva York.

Al verse se fundieron en un amistoso abrazo.

—¡Ya era hora! —exclamó Janelle—. ¡Eres muy cara de ver!

Allison rio.

—Ay, amiga, es que trabajo mucho.

—Ya lo sé, como todo el mundo, neni, no paras de salir en televisión. Estuviste fenomenal.

—Hago lo que puedo —habló con una gran sonrisa en los labios, mientras entraban en el salón y se sentaban en la *chaise longue*, con las piernas debajo de sus traseros para mirarse de frente.

—Lo que puedes, lo que puedes... —se burló Janelle—. Haces mucho más que eso. Todo el mundo está como loco con aquel *spot* publicitario en Times Square. Estoy segura de que tienes la agenda llena de aquí a que cumplas ochenta años. —Las dos se carcajearon; sin embargo, a Allison la recorrió un estremecimiento. Su amiga no sabía lo cerca que estaba de la verdad.

Janelle, que era una especializada en el lenguaje corporal, supo que algo no iba tan bien como se pensaba—. ¿Hay algo que no te deja disfrutar del momento? ¿De qué se trata?

Allison sabía que nunca había podido ocultarle nada a su amiga, como abogada de primera línea se fijaba en todo y no había nada que se le escapara.

—En los últimos tiempos a Hellen se le han subido los humos a la cabeza y se ha vuelto muy exigente.

—Tengo entendido que todos los mánager lo son.

—Eso lo tengo asumido, también lo entiendo. Pero me tiene agobiada.

—Explícame eso.

—Tengo la agenda apretada, no tengo ni un día de descanso; y si logro unas pocas horas, ella se ocupa de rellenarlas. —Allison hablaba frotándose las manos con inquietud—. Tengo la sensación de que me está empujando a todas horas, que quiere que yo llegue donde ella no pudo.

—¿Y eso es malo? —Janelle fruncía el ceño.

—En su caso sí. No me deja vivir: es como una sombra que llevo constantemente pegada a mi espalda, me vigila lo que como y encima me echa broncas delante de quien sea. Si ella no me respeta, ¿quién va a hacerlo?

Janelle ya sabía que la vida de las modelos no era nada fácil, que tenían que estar siempre divinas de la muerte, pero lo que le estaba contando Allison se acercaba mucho al maltrato.

—¿Lo has hablado con ella? Debería ser la primera interesada en que todo el mundo te respetara, es más, exigir que lo hicieran. —Janelle hablaba como la letrada que era—. Ella es la primera que te tendría que tratar como a una diva, para que todo el mundo haga lo mismo.

—Lo sé, a veces pienso que lo hace porque me tiene envidia. Que quiere que aborrezca el trabajo y lo deje.

—¡Joder! —exclamó Janelle—. Yo que tú, le pondría los puntos sobre las íes; tú eres la que le llenas el bolsillo, la que mandas. No te dejes mangonear, exígele que haga su trabajo mientras tú haces el tuyo. A propósito... ¿dónde está ahora?

Allison se acordó de la forma como la había despistado con Andy y se le escapó una sonrisa.

—El otro día me llenó un hueco que tenía, una mañana, con una sesión desde antes del amanecer. Cuando me enfadé, me prometió dos días libres, me dijo que iba a despejar la agenda.

—¿Y lo hizo?

—No lo sé, el fotógrafo con quien estaba posando se dio cuenta de cómo me trataba, mientras a él no paraba de dedicarle caídas de pestañas y se le echaba encima con cualquier excusa, entonces me propuso despistarla.

—¡Anda ya! —A Janelle se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Puedes creértelo, la llamé desde un callejón y le dije que volviera a casa, que yo me tomaba esos dos días. Aunque en el teléfono tengo un montón de llamadas de ella, seguro que le habrá salido algo muy urgente, por eso me lo he dejado en casa.

Janelle sabía que en la profesión donde se movía Allison era complicada y que había muchas

envidias entre las mismas modelos, lo que no se hubiera imaginado jamás era que Hellen intentara frustrar la carrera de Allison. ¡Que le estaba dando unos buenos beneficios, por Dios!

—Yo que tú controlaría la agenda, y te tienes que hacer valer. Ella no tiene que ser quien tenga la última palabra. Esa eres tú.

—Tienes razón —afirmó Allison—. Ahora dejemos de hablar de mí. Hace un montón de tiempo que no nos vemos. Cuéntame de tu vida.

Los ojos negros de Janelle brillaron divertidos.

—¿Te he hablado alguna vez de Rick? —Ella negó con la cabeza—. Trabajamos juntos, está para comérselo.

—Oi, oi, oi, no me lo puedo creer, ¿estás colgada de un compañero? —La sonrisa de Allison era genuina.

—Por extraño que parezca, sí. Mira que llevamos juntos en el bufete tres años, y nunca vi en él más que un amigo. Un día salimos de copas con los demás y saltó la chispa.

—Yo no lo diría así, más bien fue algo que se fraguó a fuego lento —dijo Allison alegrándose por Janelle.

La abogada la miró entrecerrando los ojos pensativa, quizá tenía razón.

—Ahora que lo dices, creo que es posible. La relación entre nosotros siempre fue muy fluida. Nos entendimos desde el primer día.

—Como se dice, lo tenías delante de tus narices y no lo veías.

—Oh, sí.

—Te ha dado fuerte, ¿eh? —Celebró Allison—. ¿Cuándo tendré la oportunidad de conocerlo?

—Eso depende de ti.

—Encontraré tiempo para socializar. No quiero que este trabajo se lleve los mejores años de mi vida.

—Espero que sea verdad. —Janelle pareció acordarse de algo y añadió—: A propósito, tengo un nuevo vecino que está para mojar pan.

—Mírala ella, ahora te rodeas de hombres guapos.

—Oh, sí. Aún no he tenido la oportunidad de hablar con él, me lo he cruzado en alguna ocasión por el vestíbulo y créeme, tiene un culo...

Allison soltó una carcajada al escucharla.

—Venga, ligona, vámonos a dar una vuelta, hace un día muy bueno para salir a quemar la tarjeta de crédito.

Las dos se pusieron en marcha y, al salir del edificio, vieron a alguien cargado con una caja de plantas, no le podían ver la cara, pero sí sus problemas para abrir la puerta.

—Espera que te abro —dijo Janelle.

Cuál no fue su sorpresa cuando al agradecérselo se encontró con la mirada verdosa de su nuevo vecino, le sonrió.

—Gracias —habló él con una deslumbrante sonrisa—. Soy el nuevo inquilino del piso

veintidós izquierda. —Dejó la caja en el suelo y le tendió la mano.

Allison se sorprendió, ¡era Gustavo! Él era el vecino del que le había hablado Janelle, ¡el del culo! Ya sabía ella que estaba cañón; con la ropa deportiva de aquella mañana, había podido notar que no había un solo gramo de grasa en ese cuerpo altísimo. Seguro que se machacaba en el gimnasio cada día, después de todo tenía un trabajo sedentario. Cuando él se giró hacia ella, la miró con los ojos muy abiertos y con lo que le pareció alegría.

Ella iba vestida con unos vaqueros que se adaptaban a sus largas piernas como una segunda piel y una chaqueta de cuero con tachuelas que le llegaba a la cintura, mostrando un trasero respingón al que amasaría con ganas. Volvía a calzar unos considerables tacones que la acercaban mucho a su altura. Por un momento, se imaginó besándola, no le cogería tortícolis uniéndola su boca a la succulenta de ella.

La voz de ella lo sacó de aquella ensoñación.

—Volvemos a vernos, esta es mi amiga Janelle. —La presentó ella—. Él es Gustavo. —Mientras ellos se estrechaban la mano, sonrió con picardía—. Cuidado, es una mala influencia, hoy me ha tentado y mañana tendré que correr el doble de tiempo.

Él soltó una carcajada ante sus palabras.

—Ya te he dicho que te acompañaría para purgar mi pecado —se defendió él.

—¿Os conocéis? —preguntó una sorprendida Janelle.

—Podríamos decir que sí, después de un choque, de ignorarnos a propósito y de tomarnos un chocolate divino... Pues sí, un poquito. —Para ilustrar lo que decía, juntó el índice y el pulgar casi hasta tocarse.

—Uf, tendré que poner remedio a eso —señaló él, sus dedos finos—. ¿A qué hora sueles salir al parque a correr? Espero que no te aproveches de mi mala forma física.

Las dos mujeres se miraron, ¿acaso estaba esperando que le dijeran que no lo parecía?

—Claro que lo voy a hacer, si no sigues mi ritmo te puedes quedar con los viejetes que hacen taichi.

Janelle captó el magnetismo que había entre esos dos que se provocaban y levantó una ceja, tratando de ocultar la sonrisa que le estiraba los labios.

—¿Tú eres el fotógrafo? —Supuso que él era quien la había empujado a librarse de Hellen.

—No, soy asegurador.

—¡Ah! —Janelle no entendía nada. Cuando se quedaran solas le iba a tirar de la lengua a su amiga. Antes de separarse de Allison sabría qué se estaba cocinando entre esos dos.

—Caramba, te gustan las plantas —afirmó Allison—. Debes tener muy buena mano para su cuidado.

—Tengo buena mano para muchas cosas. —Aquello se le escapó a Gustavo y trató de remediar su comentario—. Nunca he tenido plantas, lo que pasa es que aquí tengo una terraza muy grande y desnuda. Creo que pueden darle mucha vida.

—Dicen que cuidarlas es muy relajante.

—Eso te lo podré decir más adelante.

—Veremos si tienes tan buena mano. —Ella le devolvió sus propias palabras.

La mirada verdosa de él estaba clavada en las profundidades azules, y se regocijó al escuchar aquella provocación.

Capítulo 13

A la mañana siguiente al amanecer, Gustavo estaba haciendo estiramientos allí donde la había visto el día anterior. La vio acercarse al trote y sus ojos no pudieron apartarse de aquel cuerpo de escándalo.

—Has madrugado —dijo ella.

—Buenos días —saludó él con una sonrisa.

—¿Preparado?

—¿No calientas?

—Ya lo estoy, vivo bastante lejos. Venga, vamos.

Él veía su larga y elástica zancada, admirando la gracia en aquellos movimientos tan cotidianos para muchos, en cambio en ella se le notaba una elegancia innata que lo tenía embobado.

Corrieron en un cómodo silencio, hasta que sonó el teléfono que ella llevaba con un sujetador móvil en el brazo. Se detuvo y lo atendió.

—¿Dime, Hellen? —Al hablar se apartó el aparato del oído frunciendo el ceño, Gustavo podía escuchar cómo la otra despoticaba a través de la línea. Sin decir nada, con el índice se señaló la sien y movió el dedo, queriéndole preguntar si a esa mujer le faltaba un tornillo. Ella puso los ojos en blanco, ya estaba acostumbrada a esas salidas de tono de Hellen.

—¿Quién es esta cacatúa? —comentó alto para que se le oyera.

—¿Quién está ahí? —La voz de Hellen había subido más. Allison se la imaginaba saliéndole humo de las orejas.

—Alguien que cuando habla no perfora los tímpanos de nadie, con más educación para tratar a los demás, sobre todo... —Gustavo le había cogido el móvil de la mano y le habló a la mánager con tono seco.

—Pásame con Allison —lo interrumpió Hellen, autoritaria.

—Cuando me lo pida «por favor».

Allison se tapó la boca para que no se le escapara una carcajada, Hellen nunca había utilizado esas palabras, no entraban en su vocabulario, se limitaba a ordenar.

—¿Quién coño se ha creído que es?! —exclamó la mánager.

Ni corto ni perezoso, Gustavo le dio a la pantalla y cortó la llamada. Allison soltó la carcajada que había estado reteniendo.

—Ahora mismo estará subiéndose por las paredes —anunció ella.

—¿Cómo le permites que te hable así?

—Al principio no lo hacía, supongo que la confianza da asco.

—Eso no es confianza, es mala educación. Además de morder la mano que te da de comer. No deberías permitirlo.

Allison asentía con la cabeza, últimamente Hellen estaba insoportable.

—Tendré que tener una seria charla con ella.

Gustavo se daba cuenta de la inquietud de Allison.

—Si no pasa por el aro, hay muchos otros representantes que estarían encantados de hacer su trabajo, lo sabes, ¿no? Y que te tratarían como a una persona, no como a una mercancía.

Sus miradas se habían quedado presas la una de la otra, fueron unos segundos en los que el magnetismo fue palpable. El momento lo rompió el sonido del móvil. Volvía a ser Hellen, ella le enseñó la pantalla a Gustavo y él se inclinó para escuchar lo que decía.

—¿Sí?

—A las nueve te tienes que encontrar con Andy en su estudio —dicho lo cual Hellen colgó la llamada.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Allison—. Si lo hubiese sabido le cuelgo antes.

—Tienes que hacerte valer, incluso ponerte un poco caprichosa de vez en cuando, para que sepa quién es la que manda.

—Lo haré, no lo dudes. Ahora debo irme a arreglar.

—Te acompaño.

Los dos volvieron sobre el camino al trote, y Gustavo siguió con ella hasta que llegaron a un portal donde ella se paró.

—Vivo aquí. —Estaban ante un edificio en la Novena Avenida junto al High Line.

—Un lugar bonito —dijo él al ver el paseo arbolado.

—La verdad es que sí, aunque no tenga mucho tiempo para disfrutar de este entorno.

—Pues deberías sacarlo. La vida me ha enseñado a gozar del día a día, no sabemos lo que va a ocurrir mañana. —Gustavo habló muy serio, y ella supo que tras aquellas palabras había algún suceso doloroso.

—Gracias por acompañarme.

—Ha sido un placer, redimirme de mi pecado chocolateado. —Ella rio con deleite, y él no quiso evitar lo que le pedía el cuerpo. Se le acercó y le dio un beso en la comisura de los labios.

Allison se quedó sorprendida ante aquel gesto, aguantó el aliento y se le escapó poco después cuando sintió que le ardían los pulmones. Él se había quedado tan cerca que su calor corporal le llegaba a ella en oleadas; era una sensación tan agradable, tan tentadora, que fue ella la que

alargó el cuello y le capturó los labios.

Gustavo estaba encantado, sentirla tan dispuesta y que ella se le arrimara tan seductoramente lo estremeció de la cabeza a los pies. Notó cómo le mordisqueaba los labios y le introducía la lengua en su boca, reclamando una respuesta que no le escatimó, la envolvió en sus brazos y el beso se tornó tórrido y pasional. El mundo se detuvo, la tierra dejó de girar y pareció que todo a su alrededor se esfumaba, solo existían ellos dos. Sus lenguas se enroscaban y danzaban al compás de una música que solo ellos podían escuchar.

Al separarse los dos estaban sin aliento. El momento podría haber durado una eternidad; sin embargo, se les hizo corto. Los brazos de Allison estaban amarrados a la nuca fuerte de Gustavo y estaba completamente apoyada en él, notando lo bien que encajaba en los brazos de ese hombre. Sus miradas no se separaban.

—Aún no nos hemos alejado y ya te echo de menos —susurró él junto a los labios un poco hinchados de ella.

Allison inclinó la cabeza pensativa, nunca había sentido esa irresistible atracción con ningún hombre, y eso que siempre estaba rodeada de modelos masculinos guapísimos, ¿qué tenía Gustavo que lo diferenciaba de todos ellos?

Capítulo 14

Gustavo se fue a su casa a cambiarse para ir a trabajar, se puso en la ducha; y mientras el agua caliente no aliviaba la tensión que sentía en sus partes bajas, pensó en Sheila. Aquel recuerdo le hizo daño, era como si la estuviera traicionando. Su imagen se le apareció detrás de sus párpados cerrados, y la vio sonriente y feliz. Ella había sido la única mujer que le había acariciado el corazón, su generosidad no había conocido límites. En ese momento supo que ella, estuviera donde estuviera, se sentiría contenta de que él siguiera adelante con su vida. No le hubiese gustado verlo derrotado.

Se fue a la oficina y la jornada se le hizo larguísima, al mediodía había llamado a Allison para comer con ella y esta le dijo que estaba trabajando, y que por la noche terminaría tarde. Eso lo puso de mal humor; y a pesar de que encontraba su ocupación divertida, no la disfrutó.

Allison se reunió con Andy y estaban trabajando cuando Hellen se presentó en el estudio. Por su cara, ella supo que estaba enojada. Mientras Andy cambiaba la posición de los focos y el objetivo de su cámara, le dijo que descansara y que se tomara un café de la máquina si le apetecía.

—Hellen, ¿cómo tengo la agenda? —Ella no pensaba dar explicaciones de lo que había hecho durante esos dos días. A su mánager no le importaba.

—Muy llena, he tenido que hacer mil llamadas para recolocar los compromisos que tenías.

—Que yo sepa no tenía tantos. —La miró esperando que negara lo que le decía.

—Pero es que no me paran de llamar para una promoción u otra.

—Entonces lo que tienes que hacer es decirles cuándo tengo libre, no alargar los días como si tuvieran cuarenta y ocho horas.

Hellen la miró apretando las muelas, quería soltarle unas cuantas cositas a Allison, pero no allí, delante de ese fotógrafo que parecía estar pendiente de lo que hablaban.

—Nena, tienes que aprovechar el tirón. Si les digo que no a los agentes, se buscarán a otra.

—Si lo hacen es que no están tan interesados en mí. Dejemos que mis compañeras trabajen también.

—Si piensas así no vas a llegar a ninguna parte. —Su voz había subido una octava y Allison la miró levantando una ceja.

—Llegaré donde deba, sin dejarme la vida en el intento.

Andy, al escucharla y ver la cara de frustración de la representante, la llamó para seguir con la sesión. La mandaba cambiarse de ropa, le ponía accesorios como sombreros de copa, gorras, gafas y todo lo que tenía preparado para la sesión. Tenía contactos con varias prestigiosas firmas de ropa que le dejaban prendas para sus fotografías, era un modo de publicitarse.

En uno de los parones para que se vistiera distinto, Hellen sonrió a Andy de esa forma que a él le ponía los pelos de punta. Esa mujer iba detrás de todo lo que llevara pantalones, y no se daba cuenta, o sí, de la mala imagen que daba, a la par que podía perjudicar a Allison.

—No hace falta que estés aquí. Allison es toda una profesional, no necesita que la vigiles. — Esperaba librarse de ella.

—Eso ya lo sé —respondió ella con una de sus almibaradas sonrisas.

—¿No has pensado en representar a alguien más? Eres la única de todos los mánager con los que trabajo que solo se dedica a una persona. Los demás llevan su negocio desde su despacho.

Hellen frunció el ceño, eso ya lo sabía, ¿o se creía ese hombre que ella era una ignorante?

—Estoy pensando en ello. La verdad es que Allison... —Al nombrarla miró alrededor para ver si había alguien escuchando, no adivinó que aunque no los viera, estaban ahí y podían oírla—. Se le está subiendo el éxito a la cabeza, piensa que esto le va a durar toda la vida, no es consciente de que en cualquier momento pasará a la historia. En cuanto llegue otra que sepa engatusar a los publicistas se caerá del pedestal.

Andy no podía creer lo que escuchaba, por la forma de hablar de aquella mujer parecía que estuviera esperando que pasara eso. Y «que supiera engatusar a los publicistas» se podía interpretar de una forma muy fea.

Allison estaba siendo maquillada mientras escuchaba la conversación, solo los separaban unos biombos y cortinas que Andy utilizaba como fondo de las fotografías. El estudio era un gran espacio sin paredes sólidas. Al oír lo que Hellen decía apretó las muelas, sin hacer ningún comentario, en ese mundillo donde todos se conocían los cotilleos corrían más que el viento. Tenía que terminar ya con esa mujer, o le arruinaría la vida.

Hellen, al ver que el fotógrafo no le hacía el mínimo caso, dijo que tenía cosas que hacer, iba a marcharse cuando Allison la retuvo.

—Espera un momento. ¿Me permites, Andy? Solo será un segundo.

Él asintió y ella se dirigió a su representante.

—¿Puedo ver mi agenda? —La otra la miró frunciendo el ceño, pero le enseñó la libreta donde tenía registrados todos sus trabajos. Allison cogió su móvil, tomó varias fotos de las páginas de ese día y de varios más.

—¿Qué haces? —preguntó Hellen levantando una ceja.

—Te estoy dando unas pequeñas vacaciones en los próximos días. —Allison vio la mirada molesta—. Si hay algún cambio, si te llaman, me mandas un mensaje, ¿okey?

—Como tú quieras —contestó muy tiesa, viendo que no estaban solas y que se tenía que morder la lengua. Salió de allí sin siquiera saludar a los que disimulaban que las estaban escuchando.

Cuando la puerta se cerró con un sonoro chasquido, Andy cruzó una mirada con la modelo y le hizo señal afirmativa con la cabeza.

—Quería prevenirte, ya veo que no hace falta que te diga nada.

Ella soltó un suspiro ruidoso. Movió la cabeza y se sacudió como queriéndose sacar el mal rollo de encima, tenía un trabajo que hacer.

—Sigamos.

El resto de la sesión transcurrió con tranquilidad, Andy puso música y la provocaba para obtener reacciones que él se encargaba de immortalizar.

Por la tarde, fue a un establecimiento de vestidos de novia y de gala, donde organizaban un pase para las exclusivas clientas. Oyó que el teléfono le sonaba varias veces; no lo cogió, por supuesto, luego ya devolvería las llamadas.

El encargado de la firma estuvo encantado con el resultado y al acabar la invitó a cenar. Ella rehusó, estaba agotada. Deseaba llegar a su casa y ponerse en la bañera con una copa de vino y sales relajantes.

Al llegar soltó las llaves en la mesita que tenía al lado de la puerta, bebió agua y, cuando sacó el móvil del bolsillo, recordó las veces que había sonado aquella tarde. Miró quién la había llamado y todos eran contactos que no tenía en la agenda del aparato. Iba a dejarlo en la mesita cuando volvió a sonar, era un publicista que le dijo que Hellen le había dado su número para que se pusiera de acuerdo con ella para rodar un anuncio de coches descapotables. ¿Cómo se había atrevido aquella mujer a dar su teléfono personal a nadie? Eso sí que no lo iba a tolerar, se había pasado de la raya. La llamó y le saltó el contestador automático. ¡Así que esas teníamos ¿eh?! ¡Se iba a enterar!

Furiosa, se preparó un baño. El agua tibia acariciándole el cuerpo se llevó su enfado y pensó en Gustavo. Rememoró aquellos besos compartidos y empezó a acariciarse, pobre sustitutivo, cuando lo que deseaba era que lo hiciera él. Se sorprendió, nunca le había ocurrido sentirse tan... no sabía qué nombre darle a lo que él despertaba en ella.

Capítulo 15

Al día siguiente, volvieron a repetirse las llamadas telefónicas, al fin puso el aparato en silencio. Al mediodía, al parar para comer, trató de ponerse en contacto con Hellen y esta siguió sin contestarle. Entonces supo que esa mujer quería hundirle la carrera, la había desautorizado y eso no le había sentado nada bien. ¡Maldita bruja!

Cuando ese día terminó con sus compromisos, fue a casa de Hellen, desde la calle vio que por las ventanas salía luz, señal de que estaba allí. Llamó, y cuando dijo quién era por el telefonillo, su mánager contestó:

—No es buen momento, estoy de vacaciones ¿recuerdas? —Le echó en cara.

—Sí, lo sé, solo te robaré un momento.

—Es que estoy acompañada.

—No voy a quedarme, no te preocupes. —En ese instante otro vecino salió del portal y ella aprovechó para entrar en la escalera, subió al piso y timbró.

Hellen le abrió la puerta con cara de pocos amigos.

—¿Qué quieres? Cuando te tomaste esos días libres, yo no fui a tocarte los cojones —afirmó de malas maneras. Vestía una bata rosa de satén, con el cuello peludo, una imitación de piel del mismo tono, igual que los zapatos.

Allison pensó que en la intimidad se acicalaba como una diva para quien la estuviera acompañando.

—Tenemos que hablar en privado —propuso la modelo—. Cuando no tengas visita; de momento, dame la agenda para que yo sepa dónde tengo el trabajo.

—¡¿Qué dices?! —exclamó Hellen con voz chillona.

—Que tengo que organizarme, ya que has dado mi número de teléfono personal, cosa que no debías hacer. —Se contenía para no decirle cuatro frescas, porque le llegaban a los oídos sonidos que querían decir que había vecinos escuchando lo que ocurría en aquel rellano.

Hellen también había oído susurros y cuchicheos. Con los ojos lanzando chispas, la cogió del brazo y tiró de ella para que entrara en su casa. Cerró la puerta y Allison vio que la televisión estaba encendida, y en la mesita de centro solo había un plato con lo que debía ser la cena, y una

copa de vino. También estaba la agenda que había ido a buscar. Le había mentido, no había nadie con ella.

—¿Qué quieres decir? He hecho lo que tenía que hacer. Me mandaste de vacaciones... —gruñó con los ojos encendidos de ira—. Nadie te las pidió, y ahora vienes a quejarte porque haya dado tu teléfono a los que quieren contratarte. Eres una desagradecida niña mimada. —Su voz iba subiendo a medida que hablaba—. Hago todo lo que puedo para llevarte a lo más alto y tú, ¿qué haces?

—Trabajar mucho.

—¿Y a quién le debes todo eso? —Llegado ese punto, los ojos pardos de Hellen parecían dos llamas a punto de explotar.

Allison se estaba cansando de los humos de aquella mujer. A su alrededor veía las paredes con fotografías de Hellen, de cuando había sido modelo. Aquella estancia era un mudo recordatorio de lo que había sido y ya no era. No le extrañaba que estuviera tan amargada, incluso llegó a pensar que se le cruzaban los cables y que necesitaba ayuda psicológica.

—A mis eternas jornadas de trabajo.

—A mí, me lo debes a mí —bramó Hellen, señalándose a sí misma—. Con los días que vivo sacrificada a una descerebrada como tú. Sin mí, no serías nada, te contratan porque «yo» soy muy conocida —gritó remarcando la palabra—. Si no fuera por eso estarías sirviendo hamburguesas en cualquier McDonald's, que allí es donde cogen a las tipejas como tú.

—Hasta aquí podíamos llegar. —Allison se dio cuenta de que esa mujer la odiaba y estaba haciendo lo posible para que cayera enferma. No eran normales las infinitas horas que trabajaba, que tuviera varias sesiones el mismo día y en lugares tan distantes—. No te preocupes, esta malcriada ya no te dará más problemas. —Cogió la agenda y, con ella en la mano, la miró con desprecio—. Quedas despedida.

—¡No puedes hacer eso! —Su grito debió oírse en todo el edificio.

—Ya lo creo que puedo, es más, lo estoy haciendo. —Se giró para marcharse y Hellen la cogió por el brazo dolorosamente, le clavaba las uñas con una mirada diabólica, la hizo girarse, parecía mentira la fuerza que tenía esa mujer a la que le sacaba una cabeza; le dio tal bofetón que Allison se tambaleó.

—¡Te has vuelto loca! Ya volverás a mí cuando se te terminen los contratos, y entonces tendrás que arrodillarte para que me haga cargo de una descerebrada como tú.

Allison se tocaba la mejilla magullada.

—Eso nunca va a ocurrir —siseó furiosa, deseando gritarle que estaba como una cabra; sin embargo, no iba a caer tan bajo para comportarse como una lunática como aquella. Lo que sí haría era ir inmediatamente a poner una denuncia, nunca había soportado los maltratos en ningún ámbito, persona o animal. Se dio la vuelta y se marchó de aquella casa, dejando a Hellen gritando como una posesa, bajó por las escaleras y la diatriba la siguió hasta que estuvo dos pisos más abajo.

De allí cogió un taxi hasta la oficina de la policía más próxima y le contó a un agente lo ocurrido. Este le tomó declaración y ella le mostró el cardenal que le había salido en el brazo, en el que aún se distinguían las marcas de las uñas de Hellen. El inspector sacó fotos del brazo y de la mejilla magullada. Lo puso todo en un expediente y le dijo que ellos se encargarían del caso.

Derrotada físicamente y con el ánimo por los suelos, se marchó a su casa. Era consciente de varios problemas que se habían juntado en pocas horas: tenía que cambiar su número de móvil y buscarse un mánager competente. Agobiada, se metió en la ducha y luego llamó a Janelle y le contó lo ocurrido, esta se ofreció a hacer que el caso de la agresión no cayera en el olvido, de eso se encargaría ella.

Antes de acostarse, revisó las llamadas y vio que Gustavo había tratado de contactar con ella varias veces. No lo pensó y le mandó un mensaje: «Hola. Me ha sido imposible devolvarte antes la llamada. He tenido un día complicado. Lo siento».

Capítulo 16

Gustavo estaba frustrado, llevaba varios días sin ver a Allison, la llamaba y ella siempre estaba ocupada. ¿Es que esa mujer no paraba de trabajar? Hacía días que había recibido un mensaje, pero no le bastaba, quería más, quería verla y estar con ella. Saborear sus besos.

Dany veía que el ánimo de Gustavo había sufrido un retroceso y como esa noche había la inauguración de una exposición de fotos en Santana's, lo invitó a que fuera con ellos. Iban a reunirse con todos los amigos que hizo desde que llegó a la Gran Manzana. Allí habría un cóctel y un montón de mujeres guapas que llamarían la atención de Gustavo.

—¿Paso a recogerte o nos encontramos en el club? —preguntó Dany cuando volvió de comer con Sony.

—Nos vemos allí.

—¿Tienes esmoquin?

—¿Esmoquin? ¿A una exposición fotográfica? —Creyó que su amigo se burlaba de él.

—¿Aún no te has dado cuenta de que aquí se aprovecha cualquier oportunidad para sacar las galas? Hay mujeres que parecen árboles de Navidad —se burló Dany.

Como a Gustavo no le apetecía ir, allí tenía la excusa perfecta.

—Pues no, no tengo esmoquin, así que ya veré la exposición dentro de unos días, me perderé la inauguración.

—¡Qué te has creído tú eso! —Dany apretó el botón del interfono que lo comunicaba con Pamela, la secretaria de Gustavo—. ¿Has hecho lo que te encargué?

—Sí, señor. Está todo colgado en el armario de los abrigos. —Se oyó la voz suave de la chica.

—Gracias, eres un sol.

Gustavo lo miró levantando una ceja rubia oscura.

—¿Qué forma es esa de hablar con mi secretaria? Si Sony te oye te tirará de las orejas.

—Mi mujer sabe muy bien que solo tengo ojos para ella, y que trato a las chicas con cortesía.

—Cortesía —repitió Gustavo.

—Sí, no te iría mal tomar lecciones.

Gustavo rio.

—¿Pretendes dárme las?

—Capullo, nos conocemos demasiado bien, sé que no las necesitas. —Dany hablaba mientras se dirigía al armario que había tras la puerta, donde colgaban la ropa de abrigo. Lo abrió y allí estaban todas las prendas que le hacían falta a Gustavo—. No tienes excusa para no acudir —dijo señalando una funda de trajes.

—Vaya, ¿te estás convirtiendo en un perfecto mayordomo? —Se guaseó.

—No seas cabrito. —Soltó una carcajada—. Nos vemos allí.

Andy invitó a Allison a la inauguración de la exposición. A ella no le apetecía ir; no obstante, él le dijo que allí encontraría al representante perfecto.

—¿En una exposición de fotografías?

—Es en el Santana's, va a ir lo más selecto de la sociedad; y sí, antes de que lo preguntes habrá personas de todos los ámbitos. No te inquietes, que haré correr la voz de que te has quedado sin mánager y saldrás de allí con varias tarjetas para entrevistas con posibles candidatos.

—Que no tengo representante seguro que ya se sabe, en este mundillo los cotilleos corren como el viento. Estoy segura de que Hellen se habrá encargado de hacerlo saber, sobre todo después de que le pusiera una denuncia. Mi abogada ha pedido hasta una auditoría para ver si en los años que lleva trabajando conmigo se ha embolsado más de lo que le correspondía. Le está apretando las clavijas.

—Joder, debe estar subiéndose por las paredes. —Andy podía imaginarse a aquella soberbia mujer saliéndole humo por las orejas, primero, por haberse quedado sin Allison; y luego, si la estaban inspeccionando.

—Seguro que sí, no tuve más remedio.

—Hey, que no tienes que disculparte, me contaste lo que ocurrió y, además, fui testigo directo de cómo te trataba. Lo que me preguntaba era cuánto tardarías en darle la patada en el culo.

Como en todos los eventos que se realizaban en Santana's Club, la inauguración de la exposición de fotografías de Andy Tryon estaba pasando las expectativas del artista. Era un hombre joven con ideas nuevas, y su carrera despegaba a pasos agigantados.

Vio a Allison en cuanto traspasó las puertas de la sala, se había vestido con un modelo negro de raso con una gran apertura desde el muslo que dejaba ver sus bien formadas piernas. No era muy escotado; sin embargo, con sus movimientos resultaba de lo más sexy. Su cabello castaño lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza, con varios mechones que le caían graciosamente hacia su hombro derecho. Una gargantilla de cadena de oro blanco y unos pendientes largos hacían que

resaltara su largo cuello. Estaba espectacular.

Gustavo se encontró con Dany y sus amigos en el vestíbulo del club, y los hombres se animaron a ir a tomarse una copa antes de subir a la exposición. Jojo declinó la idea y acompañó a Kiki, ella estaba ansiosa por ver la exposición, le gustaba mucho el trabajo de ese fotógrafo, y había apostado con él a ver quién era la musa que lo había inspirado.

—Pórtate bien —advirtió Marcelo a Jordan, él era el hombre de confianza del dueño del club y ella trabajaba en la revista *Vogue*; conociéndola, sabía que antes de que terminara la noche ya tendría algún artículo por escribir rondándole la cabeza.

—Sí, cariño —repuso ella lanzándole un guiño.

—Tío, cualquier día Jordan te retorcerá las pelotas si sigues tratándola como a una niña —recriminó Anna, que era prima de Jordan. Dicho eso se alejó de los hombres junto a sus amigas.

—¿Cuándo aprenderás a mantener la boca cerrada? —añadió Jeff, viendo alejarse a Nina con las chicas. No hacía mucho que se había unido al grupo, como investigador del FBI tenía la experiencia suficiente para observar el lenguaje corporal y las miradas envenenadas. Ellos se estuvieron burlando de la advertencia un buen rato, mientras caminaban hacia la cafetería.

Andy iba a disculparse con un posible publicista, cuando vio que a Allison la interceptaba una pareja.

—Anda, tú eres...

Al ver que a la chica no le salía el nombre lo dijo ella:

—Allison Moone.

—Te lo dije. —Parecía reprender a su compañero—. Perdona, soy Kiki y él es Jojo, mi novio. —En ese instante, Allison se vio rodeada por varias mujeres que la miraban con una sonrisa en los labios—. Es Allison Moone.

—Ya lo vemos, Kiki —afirmó una de ellas. Al ver el entusiasmo de su amiga, Alex se presentó ella misma con una gran sonrisa—. Y ellas son Sony, Grace, Anna, Jordan y Nina.

—Es un placer conoceros —dijo después de haber recibido dos besos de cada una de ellas.

Sony reconoció a la mujer del anuncio.

—Tengo un amigo que ha trabajado contigo, estoy alucinada.

—No es para tanto —repuso Allison.

A Sony le gustó que ella no se diera aires de grandeza, de diva. La veía sencilla y cercana, eso le encantó.

La que le había dicho llamarse Jordan la miraba con interés.

—No esperaba encontrarte aquí después de lo que va contando por ahí tu mánager.

—Jordan, ¿podrías morderte la lengua? —la amonestó Grace, quien se presentó diciéndole que trabajaba en el club, junto a Nina y Anna.

—¿Por qué? Estoy haciendo mi trabajo. —Allison no entendía nada, había esperado que Hellen la pusiera a caer de un burro, y aquella decía que se trataba de trabajo—. Verás, trabajo para la revista *Vogue* y me interesaría escribir un reportaje sobre ti.

—¿Incluso sabiendo lo que habrás escuchado? —preguntó Allison.

—Repito, trabajo en *Vogue* y sé que la mayoría de las cosas que corren tan deprisa son mentira. Las envidias y los celos son malos compañeros para lo que tú estás haciendo. Sé una parte de la historia, quisiera conocer la otra. ¿Me permites que me ponga en contacto con tu representante?

—No tengo, aunque sospecho que ya lo sabías. —Allison vio el asentimiento de la cabeza de la periodista—. Tengo que buscarme uno, lo sé, pero tengo la agenda tan llena que me es imposible sacar un día para entrevistarme con alguno.

—Caramba. —Anna miró a Grace—. ¿Tú no conoces a alguno? Entre los socios del club seguro que hay alguno que estará encantado de representarla.

—Sé lo que estás pensando, Anna, y la respuesta es no, no podemos poner un anuncio en la revista del club. Le estaríamos haciendo un flaco favor a Allison. —Grace la miró como disculpándose. Allison le sonrió.

—Anna, te lo agradezco, pero esa no es la solución. Es algo que tengo que llevar con discreción. Hacer publicidad no me beneficiaría, más bien al contrario. —Trató de explicarse—. Cualquiera se creería que está capacitado para el trabajo, ya me he quemado, no me quedan ganas de repetir.

—Por lo que dices... —Jordan supo interpretar que ante aquella ruptura con la mánager había más de los cotilleos que corrían por ahí—. Entiendo que la experiencia con Hellen Villin no fue satisfactoria.

—Es una manera muy suave de decirlo.

—Jeff me comentaba el otro día que le habías puesto una denuncia —dijo Nina en voz baja, como una confidencia—. ¿Es cierto?

—Sí.

—Yo conozco a varios representantes que son serios y eficientes —señaló Jordan—. He tenido que vérmelas con algún que otro gilipollas; por suerte, los hay que son decentes.

Allison se sorprendió, lo que le había dicho Andy que sucedería se estaba cumpliendo muy rápido.

—¿Me harías ese favor?

—Claro que sí, a cambio de un porcentaje de lo que cobras —comentó guiñándole un ojo, en señal de que estaba bromeando.

—¡Te estás pasando, ¿no?! —exclamó Kiki—. Que está apurada, joder.

Las demás, que habían visto el guiño de Jordan, estallaron en carcajadas.

—Esa boca, tendrás que lavarte la lengua con jabón —murmuró un hombre que Allison no conocía al oído de Kiki.

—Este es Matt, mi churri —mencionó Alex, enganchando su brazo al masculino—. Siempre se está metiendo con ella, es lo que tiene la confianza.

—Que da asco —remarcó Kiki con picardía.

Matt no había llegado solo, en un segundo las mujeres estaban rodeadas por unos tipos guapísimos, entre ellos Gustavo. Las miradas de ambos se quedaron enganchadas, pareció que las conversaciones a su alrededor se acallaban. Allison solo escuchaba el retumbar de su corazón en los oídos al rememorar aquellos besos compartidos. Él vestía un esmoquin que le quedaba como un guante; y si ya era atractivo, con aquel atuendo estaba arrebatador.

—Hola, Allison. —La voz profunda de Gustavo le hizo sentir un estremecimiento, como si le hubiese regalado una caricia, y se le erizó el vello de la nuca.

—Hola, Gustavo.

Capítulo 17

Los hombres que se habían acercado con Gustavo la miraban como si fuera una aparición, sus ojos mostraban sorpresa. Dany los observaba a ambos, se daba cuenta del magnetismo del uno hacia el otro, que casi podía palparse.

—¡Eres más guapa en persona que en televisión! —hablaba mientras reconocía en ella a la famosa que hacía *spots* publicitarios—. Como veo que lo dejas mudo, yo soy Dany —dijo tendiéndole una mano.

—Es mi pareja —afirmó Sony, dándole un pellizco en el culo a él para que dejara de babear.

—Uy —se quejó Dany—. Deja mi trasero tranquilo, que ya sabes que solo tengo ojos para ti —proclamó mirando a Sony—. Pero siento una curiosidad muy grande para saber cómo se conocieron estos dos.

—¡Eres un cotilla! —exclamó ella.

—Lo soy, lo admito, ¿quién me lo cuenta? —habló mirando a Allison y a Gustavo.

Gustavo soltó una carcajada.

—Te conozco y sé que eres como un incordio. De ahí a que te cuente algo... ya veremos.

Dany sabía que su amigo era muy diestro en guardar secretos; sin embargo, él podía ser muy insistente. Conseguiría sonsacarle la historia que hasta el momento no lo había conseguido.

—¿Os dais cuenta de que no hemos pasado de la puerta? —se quejó Kiki.

—Sí, guapita, pero has conocido a Allison —remarcó Nina con una gran sonrisa.

—En eso tienes razón. —Le dedicó una sonrisa cautivadora a la modelo—. Solo por eso estoy contenta de haber asistido, vamos a ver la exposición.

—Espera, espera —dijo Rob—. Yo soy el novio de Anna, ¿nos conocemos? Diría que te he visto en alguna parte.

A su alrededor todos estallaron en carcajadas.

—Perdona a mi amigo, yo soy Hans, mi partenaire es Grace —habló otro de los desconocidos, dirigiéndose a Allison con una cautivadora sonrisa—. Es un placer conocerte, ya sé que aquí se reúne la flor y la nata de la sociedad, pero no me hubiese imaginado que tendría el honor de conocer a una famosa como tú. Este lelo que no sabe dónde te ha visto...

A Allison le hacía gracia todo ese grupo que tenía alrededor, la hacían sentir bien, no había esperado poder disfrutar de ese evento, lo interrumpió mirando a Rob.

—Soy modelo, me habrás visto en algún anuncio. —Luego se inclinó hacia él como si pretendiera contarle algún secreto—. Guárdame el secreto, voy de incógnito.

—No te preocupes, mi boca está sellada —respondió Rob, haciendo como si tuviese una cremallera en la boca y se la cerrara.

Allison escuchó risitas a su alrededor, ya se daría cuenta de que había bromeado cuando viera las fotos de la exposición. Se encontró con la mirada de Gustavo y este parecía divertido.

—Venga, chicos, vamos a mezclarnos con todos los encorsetados que llenan la sala —los alentó Grace al percatarse de que parecían estorbar a aquellos dos que se lanzaban miradas incendiarias—. Dejemos de acaparar a Allison.

Todos empezaron a recorrer la sala; y Rob, a la primera fotografía, vio que era ella y supo que le había tomado el pelo, se giró a mirarla y le dedicó una sonrisa.

Gustavo dejó que se alejaran un poco antes de acercarse a ella. Sus ojos lucían más verdes que amarronados, la verdad era que la había echado de menos, y su mirada se estaba dando un festín con el cuerpo curvilíneo de ella enfundado en aquel vestido espectacular.

Allison estaba haciendo lo mismo, se le quedó la boca seca al darse cuenta de que deseaba tirarse a los brazos de ese hombre y que la besara con toda la pasión que puso la otra vez.

—Has estado muy ocupada —comentó parándose ante la primera de las fotografías.

—No lo sabes tú bien.

—¿Es cierto que mandaste a Hellen Villin al carajo?

—Creo que ella se ha encargado de que sea *vox populi*.

—Hiciste bien, no me gustó cómo te trató cuando vinisteis a mi despacho.

Allison se paró y clavó su mirada azul en él.

—Pero si me estuviste ignorando todo el rato, admítelo, estabas molesto conmigo.

—No lo niego, ya te lo dije el otro día. No obstante, no me gustó, parecía estar vendiéndome un trozo de carne, nadie merece que se lo trate así. —Gustavo observó la instantánea que tenía delante, ella estaba en una embarcación mirando el amanecer y transmitía sosiego—. Eres muy buena en tu trabajo.

Allison supo que se estaba refiriendo a lo que veía.

—No todo es mérito mío, el fotógrafo es genial.

—No seas tan modesta, no todo el mundo contagiaría la paz como lo haces tú.

—Es parte de mi trabajo, tengo que dejar los malos humos a un lado cuando poso. Por eso me gusta correr por las mañanas, me ayuda a despejar la mente.

Gustavo se giró hacia ella.

—Sin embargo, no te he encontrado en el parque en las últimas mañanas.

Que él hubiese estado buscándola le hizo sentir un extraño calorillo en el corazón, no había podido empezar los días con tranquilidad desde que se hizo cargo de su agenda, donde vio que

Hellen había firmado contratos en su nombre desde el amanecer hasta el ocaso.

Desde el otro lado de la sala, unos ojos pardos no perdían a Allison de vista. Había acudido a la inauguración sola, y trataba de pasar desapercibida. Se había vestido con un traje negro de ejecutiva, prenda que no había llevado en su vida, y parecía una de las azafatas que servían canapés a todo el mundo.

Veía el éxito que estaba teniendo la exposición y su sangre bullía en sus venas. Sospechaba que Andy Tryon había dado alas a Allison para que la mandara a paseo y lo odiaba por ello. Por el otro lado, ella parecía muy bien acompañada, cuando los tuvo más cerca reconoció al asegurador, las miradas que se lanzaban hablaban por sí solas y notó que la bilis le subía a la garganta. Un temblor de furia la recorría de arriba abajo, de pronto lo vio todo rojo y se movió dispuesta a hacer daño, a arruinarle la vida a esa sinvergüenza que había osado denunciarla, «como si un simple bofetón fuera para tanto», pensaba. Ahora todos los chanchullos que había hecho saldrían a la luz, todos los contratos que había cobrado en dinero B, de los cuales no había informado a la niñata...

Se acercó a Allison mezclándose entre los asistentes, amparada por su baja estatura; y cuando pasó a su lado le puso una zancadilla y la empujó, para hacerla caer, con un poco de suerte, se rompería una pierna y se caería del pedestal. Los publicistas tendrían que buscarse a otra, y cuando estuviera recuperada se daría cuenta de que su sueño se había evaporado como la niebla bajo la luz del sol.

Gustavo, que caminaba al lado de Allison, la vio perder el equilibrio, con unos reflejos excepcionales la cogió para que no cayera, y en el movimiento repentino dio un golpe a una de las azafatas que repartían canapés. Quiso el karma que la bandeja que llevaba la chica terminara estampada en el pecho de una mujer menuda, vestida de negro. Hellen.

—¿Estás bien? —preguntó Gustavo a Allison, sin darse cuenta del caos que tenía a sus espaldas, hasta que oyó el alarido.

—Niña, ¿eres idiota o qué? —gritaba Hellen—. Si no sabes hacer tu trabajo, mejor que te dediques a limpiar la mierda de los aseos.

Rob, que estaba junto a Anna, su novia, comentando una de las fotos en las que se veía a Allison en el jardín de la piscina del club, había visto lo ocurrido.

—Señora, he visto lo que ha hecho, así que deje de hacer el paripé. —Al advertir que aquella mujer seguía despotricando contra esa chica que trataba de limpiarle los restos de mantequilla y caviar, añadió—: Cállese ya, ¿no ve el ridículo que está haciendo?

Hellen se giró hacia él, con los ojos lanzando llamaradas.

—Usted póngase en sus asuntos.

Gustavo notó lo tensa que se puso Allison al escuchar la voz de Hellen, se giró frunciendo el

ceño.

—Rob, ¿qué dices?

—Joder, que le ha puesto la zancadilla y la ha empujado.

—Vaya, Hellen, si no supiera que ya no trabajas para ella pensaría que quieres estafar a mi compañía aseguradora. —Vio la mirada que le lanzaba a Allison y, cogiéndola de la cintura, la empujó detrás de él. No fuera caso que la atacara otra vez. Esa mujer estaba loca.

Al escuchar los exabruptos de Hellen, Grace, Nina y Anna, que trabajaban en el club, y a pesar de que habían terminado su turno, acudieron a ver qué ocurría. Marcelo, que era el hombre de confianza del dueño, también.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Grace con voz suave, tratando de que los asistentes siguieran con lo suyo y aquello no fuera otro escándalo en el Santana's Club.

—Este hombre me está acusando de... de... de haber tropezado con esta mujer a propósito.

—No, señora —manifestó Rob—. No ha sido accidental, he visto perfectamente cómo la ha empujado después de poner el pie.

—Joven...

—Señora, que peino pelos en los huevos, he sido ladrón y controlo todo a mi alrededor, no me niegue lo que mis gafas han visto, no me tome por idiota.

Allison quisiera haber sido capaz de abrir el suelo bajo sus pies y que la tierra se la tragara.

—¡No hace falta ser grosero! —A Hellen se le había aflautado la voz.

—Eso se lo dejo a usted, señora. —Rob y los que estaban a su alrededor miraban a Hellen con las cejas alzadas.

La cara de la mánager se puso de un furioso color rojo y se estiró, quería ver a Allison, pero su baja estatura se lo impedía. Al fin sacó su indignación, levantó la barbilla y gritó:

—Me lo vas a pagar. —Dicho esto se dio la vuelta y salió de la sala de exposiciones, justo cuando Andy pudo disculparse con uno de los promotores y se acercó a saber qué pasaba. No encontraba a Allison y frunció el ceño. El movimiento de un hombre altísimo al darse la vuelta le permitió verla, estaba pálida. No le extrañaba, soltó un taco. ¿Es que Hellen no la iba a dejar tranquila?

Capítulo 18

Gustavo vio la palidez en la cara de Allison, le cogió las manos y la notó temblar, le dio un suave apretón.

—Tranquila, ya se ha ido —susurró.

—Sácame de aquí, por favor. —Allison sentía todos los ojos de la sala posados en ella y la sensación le causaba escalofríos.

—Desde luego. —Gustavo le pasó un brazo por encima de los hombros y caminaron hacia la entrada como si no hubiese pasado nada. Dejaron atrás a muchas personas preguntándose qué era lo que había ocurrido. La llevó a la cafetería y pidió dos copas de whisky al camarero—. Toma, te templará los nervios.

«A mí también», pensó. Nunca había sido un hombre violento, pero tenía que reconocer que había estado a punto de hacerle probar a Hellen su propia medicina. Saber que había empujado a Allison con la intención de hacerle daño lo sacaba de sus casillas.

Los dos estaban en silencio, sintiendo cómo poco a poco el licor aplacaba el enojo. Se habían sentado en un reservado y Gustavo le había pasado un brazo por atrás, acariciando el hombro femenino inconscientemente. Al fin, fue ella la que habló:

—Nunca me dejará tranquila —se quejó Allison.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo era su gallina de los huevos de oro y he cerrado el grifo.

—¿Qué pasó? —Estaba muy interesado en conocer los detalles, se temía que lo ocurrido no era solo por un despido.

Ella le contó las largas jornadas a las que se veía obligada por contratos que firmaba Hellen.

—Lo normal es que tengamos tiempo entre una sesión y otra para comer y prepararnos. Esta profesión requiere que siempre estemos bellas y radiantes; sin embargo, no podía ni parar a tomarme un zumo, cosa que me reprochaba, porque decía que ganaba peso. ¿Cómo iba a hacerlo si apenas comía nada? Empecé a sospechar que me tenía envidia por haber llegado donde estoy; no obstante, seguía el ritmo que ella me marcaba.

Gustavo fruncía el ceño y negaba con la cabeza al pensar en lo que debía haber pasado.

—Podías haber caído enferma.

—Eso era lo que me preocupaba. Me llenaba la agenda como si el día tuviera cuarenta y ocho horas, y para rizar más el rizo, actuaba como si fuera mi guardaespaldas. Me ahogaba. Así que un día le di vacaciones, solo para librarme de ese continuo control. ¡Que no soy ninguna niña, por Dios!

Gustavo no podía creerse lo que ella le estaba contando, todos los representantes con los que trataba cuidaban a sus empleadores, en cambio esa mujer...

—¿Trabajaba para alguien más?

—No.

—Eso es raro, ¿no?

—En Hellen, no; aprovechaba mientras yo trabajaba para tratar de enrollarse con alguien. Por eso me acompañaba a todas partes.

A Gustavo casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Joder!

—Muchas veces me hacía sentir vergüenza ajena.

—No me extraña. —Por la mirada de Allison, él supo que había algo más—. Hay algo que no me cuentas, no tienes que hacerlo si no confías en mí.

A ella le extrañó la intuición de ese hombre.

—De todas formas, te vas a enterar cuando salga a la luz. —La seriedad con que habló le dijo que se trataba de algo grave. Esperó a que se decidiera si contárselo o no—. Hablé con una amiga mía abogada y le están inspeccionando hasta la ropa interior.

—¿Por qué acudiste a tu amiga? Hay algo que sigues sin decir, ¿verdad?

Allison clavó sus ojos azules en él.

—Cuando la despedí me atacó.

—¡Me cago en la puta! —Los ojos verdosos de repente habían adquirido un brillo peligroso—. Supongo que la denunciarías, ¿no?

—Sí. Entre una cosa y otra... Si antes ya estaba como un cencerro, ahora más. Lo que ha pasado esta noche lo demuestra.

La mente de Gustavo iba un paso más allá.

—No te equivoques, hoy iba a hacerte daño. Por lo que me has contado, tiene unos celos enfermizos, no soporta que tú estés en lo alto mientras que ella se quedó por el camino. No bajas la guardia. Además, contigo se sentía importante al codearse con todo este mundillo y la pompa que lo rodea. Ahora que no tiene eso, parece que se está obsesionando y no sabes lo próximo que va a hacer. Eso la vuelve peligrosa.

Allison cogió aire con fuerza al escuchar aquella verdad.

—Dejemos de hablar de ella, me estoy poniendo mala solo de pensarlo.

Gustavo le cogió la mano que ella tenía en el regazo y se la apretó.

—No estás sola.

—En estos momentos echo de menos a mi familia.

—¿Dónde están? Por alguna extraña razón pensé que eras de Nueva York.

—No, nací y crecí en Jacksonville. Mis padres tienen un restaurante allí, y mi hermano y su mujer trabajan con ellos. —En sus ojos se podía apreciar añoranza.

—Háblame de ellos.

Él percibió cómo se animaba al hablar de su familia, por sus palabras supo que estaban unidos a pesar de la distancia, y que tuvo una niñez feliz.

Estaban tomándose su segunda copa, cuando los amigos de Gustavo aparecieron en la cafetería.

—Pensaba que te habías ido. —Dany se sorprendió de encontrarlo allí. Todos los demás caminaban detrás de él. Jordan, sin preguntar si podía, se sentó al lado de Allison.

—Reina, aquí no cabemos todos —señaló Marcelo a su pareja.

—Ya lo sé, tengo algo que hablar con Allison, sentaros por ahí que ahora vengo. —Les hizo un gesto con la mano para que desfilaran.

—¿Nos estás despachando, guapita? —preguntó Kiki mientras los demás iban hacia el fondo, a una mesa donde cabían todos.

—Sí. Ve con ellos, yo iré enseguida. —El carácter mandón de Jordan hizo sonreír a Allison y a Gustavo—. Lo que he presenciado hoy me reafirma lo que pensaba sobre los cotilleos que he escuchado. No hay nada cierto en ellos, ¿verdad?

—No sé lo que has oído por ahí, no tengo tiempo para chismorreos.

—Bien, ahora insisto en hacerte una entrevista. Esa bruja va a enterarse.

—No quiero hablar de ella. No voy a entrar al trapo. Es lo que ella quiere, que todo el mundo lo haga, aunque sea mal. —Jordan la miró entrecerrando los ojos—. Ahora mismo debe estar tomándose un copazo pensando en que mañana su nombre saldrá en todos los periódicos asociado con un escándalo en Santana's Club.

—¡La madre que la parió! —exclamó la periodista—. Si tienes razón, se va a llevar una decepción, voy a hacer unas cuantas llamadas. —Sacó su móvil de última generación y se levantó para cumplir lo que había dicho, y antes de alejarse le pidió el número a ella para estar en contacto y hacer un reportaje—. Te prometo que haré lo posible para frustrar sus anhelos de salir en la prensa.

Cuando Allison le recitó su teléfono, Gustavo se dio cuenta de que no era el que él tenía, se lo sabía de memoria de tantas veces que había intentado contactar con ella. Esperó a que Jordan se alejara antes de hablar.

—Ese no es el que me diste a mí.

—Ahora tengo dos, tuve que cambiarlo porque Hellen dio el personal a todo el mundo y no paraba de sonar. Me volvía loca.

Su ánimo había vuelto a decaer.

—¿Te apetece que demos un paseo? —propuso él.

—Sí, creo que el aire fresco me vendrá bien.

Cuando fueron a despedirse del grupo, todos la trataron como si se conocieran de siempre, en lugar de unas horas. Estaba sorprendida por ello, porque nunca nadie la hizo sentir tan bien acogida; todo el mundo solo veía a la modelo, parecía que estos apreciaran a la mujer que era.

—Chicos, mañana es el Rockefeller Center Christmas Tree Lighting —anunció Nina—. No nos lo podemos perder.

Gustavo la miró esperando que ella decidiera si quería ir o no. Al notarla dubitativa le sonrió.

—¿Te apetece que vayamos?

A pesar de los años que Allison llevaba en la Gran Manzana, nunca había asistido a la encendida de luces del Rockefeller Center. Hellen siempre había gobernado su vida y le decía que era una tontería para niños o que debía descansar, que si quería podía verlo en la NBC tranquilamente desde su casa.

—Ya va siendo hora de que lo vea.

—¿No has estado nunca? —Se extrañó Grace.

Ella negó con la cabeza, un poco avergonzada.

—Decidido —dijo Gustavo, que se había percatado de la sombra que cruzó por los ojos azules—. Mañana, a empaparnos del espíritu navideño. Será la primera vez para los dos.

Recogieron los abrigos del guardarropa y salieron a la fría noche. Las calles lucían maravillosas con luces navideñas por todos los lados, a pesar de la baja temperatura invitaban a pasear. Gustavo no resistió el impulso de tocarla y la cogió de la mano, ella lo aceptó de buena gana, la grande de él le daba calor a la suya que sentía helada.

—¿Tienes frío? —preguntó él al notar lo.

—No.

—Manos frías, corazón caliente —bromeó él, apretándole la mano para traspasarle un poco de calor.

—Será eso. —Allison sentía una muy agradable sensación. Al lado de Gustavo se encontraba a gusto, no recordaba a ningún hombre que le hubiese transmitido esa seguridad que él emanaba por todos los poros de su piel y que parecía envolverla.

Caminando con tranquilidad llegaron a Lincoln Square, el ambiente navideño en el Winter's Eve los hizo sonreír a ambos. Se internaron en las calles del Upper West Side y estuvieron viendo algún espectáculo, la música los envolvía y se dejaron llevar. Llegaron hasta unos puestos de comida.

—¿Qué te apetece? —La tentó Gustavo—. *Bagels*, pizza o perrito caliente. —Solo con los olores se les hacía la boca agua. Al verla dudar, añadió—: Mañana te acompañaré a quemar las calorías.

Esas palabras le recordaron el chocolate que se habían tomado no hacía tantos días y sonrió.

—Un *bagel* con todo —respondió al ver los pepinillos, el salmón, las alcaparras y mucho más.

—¡Qué atrevida! —él pidió dos al tendero.

—¿Te cuento un secreto? —Gustavo asintió con una sonrisa en los labios—. No lo he probado en mi vida. —Habló como si fuera a cometer la mayor de las fechorías, cuando lo que él pensaba era que le parecía un delito que no hubiese disfrutado de una ciudad como aquella.

Comieron en plena calle rodeados de gente mientras sonaba música navideña. En otro de los puestos callejeros, se tomaron una rica cerveza con patatas calientes regadas con salsa picante.

A pesar de ser nuevo en la Gran Manzana, estaba más que dispuesto a descubrir todo lo que aquella ciudad ofrecía junto a ella.

Cuando mucho más tarde cogieron un taxi para volver a casa, los dos estaban relajados y cómodos en compañía del otro. Llegaron a la Novena Avenida, donde vivía ella, y él la acompañó al portal.

—Gracias, me lo he pasado muy bien —señaló ella—. No recuerdo la última vez que callejeé como hoy.

—A eso tendremos que ponerle remedio. Recuerda que mañana vamos al Rockefeller Center. Te llamaré para recogerte —hablaba con los ojos enganchados a los de ella. La vio asentir y, acercándose mucho a él, le besó la mejilla. Las manos de Gustavo se posaron en su cintura y, envolviéndola con un brazo, bajó la cabeza y le capturó los labios. Allison pareció enroscarse en su cuello, y puso tal pasión en aquella caricia que en unos segundos se vieron lanzados al firmamento. Un beso se unió a otro y el tiempo se detuvo, no podían parar de besarse.

«¡Qué bien besa este hombre!», pensaba Allison.

«¡Qué bien encaja esta mujer entre mis brazos! ¡Y esos besos! Podría morir en este momento y lo haría feliz», pensaba Gustavo.

Capítulo 19

A la tarde siguiente, Allison rodó un anuncio de una prestigiosa marca de productos para el cabello. Al mediodía había contactado con Gustavo y le dijo que se encontrarían en el Rockefeller Center, que iría allí directamente desde el estudio de grabación.

Las calles cercanas estaban llenas de gente, todo el mundo entusiasmado para presenciar el encendido de las luces.

—¿Dónde está Allison? —preguntó Grace a Gustavo.

—Nos encontraremos aquí.

—¿Tú tienes ojos en la cara, capullo? ¿No ves lo abarrotado que está esto? —Dany chinchó a su amigo, lo había visto estirar el cuello varias veces—. Te vas a parecer a una jirafa antes de que nos vayamos de aquí.

—¡Chúpamela! —exclamó Gustavo, no había esperado que hubiera tanta gente, y empezaba a sospechar que sería imposible que se encontraran. Las familias con niños y gente de todas las edades abarrotaban las calles aledañas. Los villancicos sonaban envolviendo a todo el mundo con el espíritu navideño. Él cogió el móvil, llamó a Allison y ella no contestó. Entonces le envió un wasap, supuso que ella lo vería en cuanto terminara el trabajo: «Te espero junto a la pista de hielo».

Todos los demás se adelantaron hacia los ángeles que estaban al pie del enorme árbol.

—Nos vemos allí —dijo Kiki, que estaba entusiasmada.

—Id, id.

Quince minutos más tarde, Gustavo vio a Allison, que se abría paso entre toda la multitud, vestía un gorro de piel que le cubría hasta las cejas y un abrigado chaquetón de color camel. Salió a su encuentro y ella le dedicó una radiante sonrisa.

—Creí que no llegaría a tiempo. —Parecía que le faltaba el aliento.

—Por suerte no ha sido así —afirmó él antes de inclinarse y darle un beso en la boca—. Me gusta estar junto a ti para disfrutar de lo que no has hecho antes.

Ella le mordisqueó los labios, la barba de dos días que siempre lucía Gustavo le hacía cosquillas y le encantaba.

—¿Dónde están todos?

—Junto a los ángeles, si han logrado llegar. —Gustavo rio cogiéndola por los hombros para avanzar juntos.

—Los que no podremos seremos nosotros.

—Desde aquí también lo vemos —susurró él en su oído para que ella lo escuchara.

Las miradas de ambos se encontraron y ella pudo captar la picardía que desprendían los verdosos.

—Cualquiera diría que no quieres encontrarlos.

—Contigo me basta.

Ella soltó una carcajada que logró acariciar el corazón de Gustavo.

—Y luego, cuando te pregunten dónde estabas, dirás que he llegado tarde.

—Nunca haría eso. —Al hablar le besó la frente tapada por el gorro.

—Lo sé. —Acababa de decirlo cuando el árbol empezó a encenderse y se lo quedaron mirando con la boca abierta, era espectacular. En sus labios se instaló una ancha sonrisa.

—Es fantástico —balbuceó Gustavo.

—¡Maravilloso! —exclamó Allison aplaudiendo y saltando de alegría.

—No es lo mismo que verlo por la televisión.

—Tienes razón, estar aquí es algo mágico. —Ella estaba de acuerdo con él.

Gustavo la alzó cogiéndola por la cintura y dio unas vueltas, chocaron con varios que como ellos estaban admirando aquel inmenso árbol con treinta mil luces, y les sonrieron.

Cuando al fin se encontraron con el resto de los amigos, estos les lanzaron sus pullitas, burlándose sin piedad de que ellos hubiesen estado mucho más cerca. Ambos se miraban y les sonreían.

Todos se tomaron unos chocolates calientes junto a la pista de patinaje y luego se fueron a sus respectivas casas.

Gustavo acompañó a Allison a la Novena Avenida, donde ella vivía. Al bajar del taxi que habían tomado, le pasó un brazo por la cintura hasta llegar a la puerta del edificio.

—¿Cómo tienes la agenda mañana?

Ella puso los ojos en blanco.

—Hasta que arregle el estropicio que hizo Hellen... —Frunció el ceño pensativa, parecía que había recordado algo.

—¿Estropicio?

—Sí, hay algo que no me cuadra, tengo que hablar con mi amiga Janelle, tu vecina la abogada, para que me aclare lo que no entiendo.

Él arrugó la frente.

—¿Quieres que le eche un vistazo?

—No creo que entiendas nada, es un desastre. Sin ir más lejos, la sesión fotográfica de hoy por la mañana me la han pagado en efectivo, cuando lo normal es que cobre a través de

transferencias.

Gustavo sumó dos más dos en un segundo, por eso la mujer la acompañaba como si fuera su guardaespaldas, aparte de camelarse e insinuarse a todo lo que llevaba pantalones, hacía negocio bajo mano, lo que significaba que estafaba a Allison; seguro que de ese dinero en efectivo ella no veía nada. ¡Maldita mujer! No era de extrañar que se hubiese vuelto loca, estaba perdiendo mucho más de lo que Allison se imaginaba. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que aquella tipa trataría de arruinar la carrera de la modelo, no se trataba de celos o envidia, no, era cuestión de dinero.

—Supongo que tienes sistema de seguridad, ¿verdad?

A Allison le extrañó la pregunta.

—Sí, desde luego.

Al ver la incompreensión en los ojos azules por el repentino cambio de tema, Gustavo quiso saber.

—¿Quién tiene las llaves de tu casa?

—Hellen aún no me las ha devuelto; además, la chica que me hace las tareas, Kelsey.

—¡Maldita sea! —exclamó Gustavo.

—¿Qué pasa?

—No puedes quedarte en tu casa.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué?

Él cogió aire con fuerza antes de contestar.

—Vamos, coge la agenda y vienes a mi casa. Si lo que estoy pensando es cierto no estás segura.

—Me estás asustando. —Allison notaba la inquietud de Gustavo; además, su mirada se había vuelto oscura e indicaba... ¿furia, enojo? No sabía descifrarla, pero no auguraba nada bueno.

—Confía en mí, por favor, vamos a ver a tu amiga —dijo al tiempo que le cogía las manos y se las apretaba—. Si estoy equivocado y ella no ve lo mismo que yo, me quedaré más tranquilo.

Allison arrugó la frente, se daba cuenta de que él pretendía no preocuparla; no obstante, no podía dejar de hacerlo al percibir en la mente masculina unos oscuros nubarrones de tormenta, como si se avecinara algo muy malo.

—De acuerdo, iremos a ver a Janelle —accedió ella—. Subo a buscar la agenda.

—Te acompaño.

Ella no lo había invitado a subir a su piso, sin embargo Gustavo entró en el edificio con ella. Al llegar arriba y entrar, Allison se paró de repente y él vio por encima de su hombro que todo estaba revuelto. Ella contuvo el aliento al encontrarse aquel estropicio. Quien fuera que había estado allí, no parecía que sus intenciones hubiesen sido robar, sino destruir. El espejo del vestíbulo estaba roto, y la lámpara y el cuenco de cristal tallado donde solía dejar las llaves estaban por el suelo hechos añicos.

—Pero, ¿qué...? —A ella no le salía la voz.

—Quédate aquí, voy a asegurarme de que no hay nadie dentro.

—¡Y una leche! —exclamó Allison—. Yo voy contigo.

Él la miró exasperado, no quería que si encontraba a alguien dentro le pudiera hacer ningún daño. Soltó un resoplido.

—Mantente detrás de mí.

Ella asintió con la cabeza.

Recorrieron el piso, Gustavo sentía las manos de Allison cogidas a la parte de atrás de su chaqueta, y oía las exclamaciones de ella al ver el destrozo. En el salón, los cojines del sofá estaban rajados, como si hubiesen buscado algo escondido dentro. La mesita baja tumbada contra el mueble donde el televisor había servido de diana, había cristales rotos y trozos de cerámica que se habían estrellado contra la pantalla. El dormitorio parecía un campo de batalla: los cajones estaban esparcidos por el suelo, todas las prendas que los llenaban tiradas de cualquier manera. El armario que ocupaba una pared entera estaba abierto y los vestidos rajados, los zapatos habían corrido la misma suerte.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Allison, allí tenía su vida entera y en esos momentos no le quedaba nada.

El baño y la cocina habían corrido la misma suerte. Al ver que quien lo hubiese hecho ya no se encontraba allí, Gustavo se dio la vuelta y sus ojos se clavaron en los de ella, que del horror pasaron a la tristeza y se humedecieron. Sin pensarlo, la encerró entre sus brazos.

—Tranquila, cariño, tú estás bien, todo lo demás es reemplazable.

—Era toda mi vida —gritó ella, parecía que no se daba cuenta de que las lágrimas le corrían por las mejillas.

—No. —Gustavo la apartó de su pecho e hizo que lo mirara a los ojos envolviendo su cara entre sus manos—. Todo lo que han destruido eran cosas que encontrarás en cualquier tienda. No puedo ni imaginar que tú hubieses estado aquí. —Al ver su vulnerabilidad se inclinó y le besó la frente. La sentía temblar entre sus brazos y se tragaba los tacos que le venían a la boca. Si tras aquello había la mano de esa mujer, él en persona se encargaría de que lo pagara con creces.

Después de que la policía se personara en el piso e hicieran un atestado judicial, Gustavo le dijo que no se podía quedar allí.

—¿Quieres coger algo para pasar la noche? Puedes quedarte con Janelle o conmigo.

Allison estaba un poco más calmada, una vecina del mismo rellano había salido al escuchar a la policía, y al verla fuera de sí le preparó una infusión.

—No quiero ponerme nada que haya tocado quien... —Se le iba apagando la voz a medida que hablaba.

—Tranquila, cariño, ya te dejaré unos gayumbos míos. —Lo dijo para hacerla sonreír, pero no

lo logró. Tampoco le extrañó.

Allison recorrió todo el piso y al pasar por delante del baño le llamó la atención las tapas de la agenda que sobresalían de la parte alta del mueble, ella misma la había dejado allí esa mañana, mientras se arreglaba para irse a trabajar. Había estado consultándola para saber lo que tenía para ese día.

Gustavo, al verla con aquello en la mano...

—¿Qué es?

—La agenda, la necesito para mañana.

—¿Y la tenías en el baño? No es un sitio normal para guardarla.

—La estaba revisando hoy y me la dejé allí.

Como no quería atosigarla con esa memez, dejó el tema y la empujó para salir del piso. En cuanto cruzaron el umbral, ella frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—La puerta estaba cerrada con llave.

—Sí, lo sé y se lo he dicho al agente. —Él, al verla tan alterada, estuvo hablando con uno de los investigadores y le había comentado ese detalle.

—Yo no había caído hasta ahora... eso quiere decir... —Ella parecía estar resolviendo un puzle, lo hacía juntando las piezas que se le habían escapado hasta el momento—. No puede ser. —Acabó por negar.

Gustavo asentía con la cabeza.

—Deja de darle vueltas, vamos a ver qué nos dice Janelle.

El trayecto en taxi fue de lo más silencioso, ella estaba ensimismada y él se limitó a cogerle una mano para que supiera que no iba a dejarla sola. Ya en el edificio de él, Allison timbró al piso de su amiga y esta no contestó.

—¡No está! —exclamó.

—Tranquila, no te quedarás en la calle. —Subieron a su casa y él le dijo que le iría bien un baño caliente. Ella tenía las manos heladas y Gustavo supuso que no era de frío, sino por lo que estaba pasando—. Llámala y déjale un mensaje.

Mientras ella se bañaba, él se sirvió un whisky y se sentó en su sillón favorito. Si sus sospechas eran acertadas...

Capítulo 20

A pesar de que Allison no tenía hambre, Gustavo la tentó con una sopa caliente con albóndigas, típica de Austria. Sentados en la espaciosa cocina, él se fijaba en las ropas que le había prestado, y aunque parecía que se las hubiesen tirado desde un quinto piso, se la veía tan atractiva como siempre.

—Janelle no ha contestado a mi mensaje —dijo ella antes de tomar un sorbo de vino.

—Ya hablarás con ella mañana.

—Pero...

—Sh, deja de pensar en ello. Relájate.

—Lo intentaré.

—Así me gusta.

Después de recoger la cocina entre los dos, fueron al salón y Gustavo puso música clásica, quería que ella se dejara envolver por las notas y se olvidara por unas horas de lo ocurrido. Le sirvió una copa y se sentaron en el sofá que tenía vistas a los rascacielos que los rodeaban.

—¿Sabes que me gustaría en este momento? —Allison habló bajito para no romper el ambiente tranquilo que los envolvía. Él negó con la cabeza—. Ver las estrellas, en Jacksonville siempre que tenía algún problema me iba a la playa, el firmamento junto al sonido de las olas y el aroma a salitre es de lo más relajante.

A Gustavo se le ocurrió una idea, buscó en los canales televisivos hasta encontrar uno de documentales sobre las estrellas, lo puso sin voz y con el móvil halló una aplicación donde se podía escuchar el sonido del mar.

—Lo siento, cielo, pero el aroma no sé cómo reproducirlo.

Allison le dedicó una sonrisa, nunca nadie se había preocupado tanto por su comodidad.

Él tiró de ella y la sentó en su regazo ante el televisor.

—Gracias —susurró ella al sentirse arropada por aquellos fuertes brazos que la rodeaban.

Gustavo le besó lo alto de la cabeza.

—No tienes que agradecerme nada.

Ambos quedaron en silencio dejándose envolver por las imágenes y el sonido. Pasaron largo

rato sin decir nada, y él se percató de cómo se relajaba entre sus brazos, hasta el punto que se quedó dormida. Sus ojos se clavaron en ella, no se cansaba de mirarla, de sentir su respiración regular; ella se removió y Gustavo notó que su cuerpo despertaba. Tenerla acurrucada encima lo estaba excitando, sentir su aliento en su cuello lo estaba llevando a la locura. Se levantó y la llevó a la cama, le sacó las zapatillas y la cubrió con el nórdico. Él cogió una manta del armario y se fue al salón, dormiría en el sofá.

Entre que no estaba cómodo y que no se sacaba de la cabeza lo ocurrido en el piso de Allison, cuando caía vencido por el sueño se veía envuelto en pesadillas en las que ella se encontraba con el asaltante. Porque no dudaba de que aquella mujer fuese la responsable, pero no creía que todo el destrozo lo hubiese hecho ella, seguro que había pagado a alguien para hacer ese trabajito.

Allison se despertó a las tres de la madrugada desorientada, no reconocía la cama donde estaba durmiendo. Miró alrededor y por la suave luz que entraba por la ventana supo dónde estaba, la puerta del baño le dio la pista, recordó lo ocurrido la tarde anterior y no pudo evitar que unas lágrimas se le escaparan. Necesitaba sacar la congoja que la había consumido al ver su hogar destrozado, se hizo un ovillo bajo el edredón y lloró de rabia. La mayoría de sus posesiones habían sido destruidas, los recuerdos desde que se instaló en Nueva York se esfumaron, los regalos de amigos, compañeras y empresas para las que había trabajado, todo había desaparecido. Y su casa, en la que siempre se sintió segura... ¿cómo iba a volver? No se notaba con fuerzas para regresar al que fue su refugio durante años.

En su duermevela, Gustavo oyó un sonido extraño que venía desde el dormitorio, se levantó del sofá y al acercarse supo lo que ocurría. Fue al lado de Allison y se sentó en la cama.

—Cariño. —Esa palabra le salía sola cuando estaba junto a ella—. Sh, ven aquí. —La cogió, la sentó en su regazo y la abrazó contra su pecho desnudo, pasando la mano con lentitud de arriba abajo por su espalda. Dejó que ella se desahogara, que sacara toda la congoja, no la apremió en ningún momento. Cuando Allison empezó a hipar supo que se encontraba mejor.

—Perdona...

Él le cubrió la boca con un dedo para que no siguiera.

—Tienes todo el derecho del mundo a llorar, gritar o lo que sea que te haga sentir mejor. — Mientras hablaba, Gustavo le secaba las mejillas mojadas.

Ella le cogió las manos que acariciaban su cara y, sin apartarlas, lo miró a los ojos.

—No sé qué habría hecho si no hubieses estado a mi lado —susurró.

—Estoy seguro de que te las hubieses apañado. Eres una mujer fuerte.

—No me siento así.

—Todos necesitamos a alguien cerca en algún momento.

—Tú no.

—Yo también —confesó él. Los ojos de ella mostraban incredulidad—. Hubo un momento en que me hacía falta un amigo, alguien en quien poder confiar, hablar, soltar la pena que me ahogaba. —Allison frunció el ceño—. Me hundí tanto en la miseria que era incapaz de hablar con nadie de ello. Cada amanecer era una agonía. Se me habían terminado las ganas de vivir.

Ella contuvo el aliento; y como no le había soltado las manos, se las acarició apartándolas de sus mejillas.

—No me lo puedo ni imaginar. ¿Quién te ayudó?

Una sonrisa torcida se dibujó en los labios de Gustavo, sintiendo cómo ella entrelazaba los dedos con los suyos, jugueteando.

—Por increíble que pueda parecerte, fue Dany. No sabía lo que ocurría, pero se presentó en París y me dijo que me pusiera las pilas y trasladara mi culo a Nueva York.

Aquellas últimas palabras dibujaron una mueca divertida en los labios de Allison.

—No lo conozco mucho, parece un buen tipo.

—Lo es. A veces es un poco tocapelotas. —Eso le sacó una sonrisa a Allison, y él decidió seguir con el tema de su amigo—. Cuando conoció a Sony se volvió como loco, iba detrás de ella como un cachorro. No paraba de viajar a Austria y me pasaba sus citas para que lo cubriera.

—Entonces, fue amor a primera vista.

Él soltó una carcajada.

—Qué va, qué va... Sony se hizo de rogar, lo mantenía a distancia, no quería saber nada de él. Ahora que lo pienso nunca me contó cómo logró engatusarla. —La mirada de Gustavo mostraba diversión.

—No me lo puedo imaginar teniendo que perseguir a Sony, se los ve muy enamorados. Estoy segura de que él bajaría la luna si ella se lo pidiera.

—Sí, yo también lo creo. —Esos comentarios trajeron a la memoria de Gustavo aquello que lo había hundido en la desesperación, y una sombra cruzó por su mirada.

Allison sintió que él la apretaba contra su pecho e imaginó que aquello que lo hundió fue a causa de una mujer; sin embargo, no iba a preguntar, él era libre de luchar contra sus propios demonios. Si en algún momento quería compartirlo con ella, trataría de ayudarlo como estaba haciendo él. Notó que la besaba en lo alto de la cabeza y el corazón le tiritó. Buscó sus ojos y vio una extraña emoción en ellos.

Tenerla en el regazo estaba siendo matador para Gustavo, su cabeza le decía que la estaba consolando, no obstante, su cuerpo no atendía a razones. Unos agradables calores le recorrían las entrañas y el deseo de besarla era irresistible. Se contenía porque no quería que ella pudiera acusarlo a la mañana siguiente de haber aprovechado su vulnerabilidad. Ver que lo miraba a los ojos y se humedecía los labios hizo que lo recorriera un estremecimiento. ¡Cómo deseaba perderse en esa succulenta boca!

Capítulo 21

Allison vio la mirada encendida de él y notó una vibración debajo de su trasero. Que él la deseara la hizo apretar las piernas, ese hombre tan guapo, tan atento y varonil seducía con aquellos ojos que en ese momento la miraban más verdes que amarronados. Sin ser apenas consciente, alargó el cuello y le dio un beso en los labios. Se quedó a escasos centímetros de su boca, esperando la reacción de él.

—Cariño, creo que será mejor que te deje sola. —Gustavo tenía las manos en su cintura y la sentía receptiva; aun así, no quería que ella pudiera arrepentirse en ningún momento.

—¿Por qué?

—Porque si me quedo no me conformaré con unos besos, y no quiero aprovecharme de tu estado de alteración.

El aliento de él la hizo estremecerse de anticipación.

—Sé que lo deseas, y yo también.

—Estás confundida y no piensas con claridad.

—No, eso no es cierto. No me digas cómo me siento —susurró junto a los labios de él—. ¿Piensas que estoy traumatizada? No te voy a mentir, me asquea pensar que alguien ha estado en mi casa, y me cabrea que haya destrozado todo a su paso. Pero doy gracias a Dios que yo no me encontraba allí, si me lo hubiese topado quizá le habría arrancado los ojos.

—Cariño, admiro que sepas defenderte, pero quiero que me prometas que si alguna vez te encuentras en una situación así, saldrás por patas y pedirás ayuda.

Los ojos de uno se clavaron en los del otro.

—No sé si puedo jurarte eso.

Parecían dos titanes desafiándose, sus miradas mostraban la determinación de cada uno.

—Entonces no me dejas otra opción.

—¿De qué me hablas?

—No voy a perderte de vista hasta que la poli haya atrapado a quien ha entrado en tu casa.

—No puedes hacer eso.

—Sí que puedo, tengo amigos en el FBI.

Ella no sabía tal cosa y se lo tomó a cachondeo. Se rio.

—Oh, claro, hace nada que estás en la ciudad y ya has cultivado amistades...

Él asentía con la cabeza y ella paró de hablar.

—Tú también los conoces, y cuando se enteren de lo ocurrido no tardarán en ponerse a investigar.

—¿De quién me hablas?

—De Hans y Jeff. —Allison se quedó con la boca abierta y él añadió—: No dudo que cuando Grace y Nina lo sepan les van a poner las pilas.

—No estás bromeando, ¿verdad?

—No. —El tono de Gustavo era profundo e íntimo, y su mirada estaba prendida en los labios de ella, lo que provocó un estremecimiento que la hizo vibrar.

—Entonces no hay de qué preocuparse. Dejemos a los profesionales que hagan su trabajo. —Su voz era como una caricia. Volvió a acercar la boca a la masculina y lo besó, succionando el apetitoso labio inferior, mordisqueándolo con suavidad.

Aquel gesto puso a Gustavo a cien, la deseaba y había tratado de hacerle entender que no era buena idea, no quería que ella se arrepintiera a la mañana siguiente.

Allison supo lo que ocurría, y con garbo le apoyó sus manos en los hombros para que se dejara ir de espaldas a la cama. Encima de él como estaba, se removió hasta alcanzar la boca y lo besó con toda la pasión que anidaba en su interior, al mismo tiempo que se colocaba a horcajadas sobre el cuerpo duro.

—Ya te tengo donde quiero —señaló con picardía.

—*Atrapado entre tus largas piernas* —respondió él con los ojos encendidos.

Gustavo sintió espesarse la sangre en sus venas, se excitó con una rapidez incontrolada que lo hizo temblar. La envolvió en sus brazos, acariciándole la espalda, las caderas y los muslos cubiertos por el pijama de felpa. Notaba que ella le recorría su pecho, las yemas de sus dedos eran mágicas, le hacían sentir unas excitantes descargas de anticipación. Lo quiso compartir con ella y coló sus manos bajo el pijama para acariciar la piel sedosa de Allison. Cuando llegó a sus pechos, los amasó con suavidad, sintiendo los pezones endurecidos en sus palmas.

Allison soltó un jadeo al notar cómo él mimaba sus senos; y lo que hasta el momento había sido una ligera humedad entre sus piernas, se tornó en el cráter de un volcán. Se sentía caliente, a punto de entrar en erupción. Le molestaba el fino pijama y se incorporó para quitarse la parte de arriba. Una vez que arrojó la prenda al suelo vio cómo él la devoraba con la mirada.

—¿Te gusta lo que ves? —susurró con sus bellos ojos azules lanzando promesas de pasión.

—Compruébalo por ti misma. —Al contestar, tiró de ella y le capturó la boca al mismo tiempo que se daba la vuelta y quedaba encima de ese cuerpo que lo estaba enloqueciendo.

Ella pudo notar la excitación de él presionando contra el lugar donde deseaba tenerlo, apretó las piernas como si fueran un torniquete en torno a la cintura de él y sintió el gemido que escapó de los labios masculinos.

—Oh, sí, ya lo siento.

—Me vas a matar —dijo él separándose y clavando sus ojos en los de ella. Acto seguido los bajó hacia los pechos y se lamió los labios, saboreando la anticipación. Con la boca abierta y moviendo la lengua como si fueran las alas de una mariposa, le recorrió el cuello y fue bajando hacia esos dos montículos que parecían reclamar su atención. Se dio un festín con ellos, la sentía temblar entre sus brazos y siguió su camino descendente. Al llegar a la goma de los pantalones, la cogió con los dientes y la retiró hacia abajo. Sus manos entraron en acción y le fue bajando la prenda hasta desprenderla de ella. Arrodillado entre sus piernas admiró a la preciosa mujer que parecía anhelante por sus caricias. No esperó más y sus manos se posaron en las rodillas para ir subiendo por las piernas.

Los ojos de Allison brillaron de expectación al clavarlos en los de él, que no los separaba de los suyos, los masculinos ardían. Él se inclinó como un gran depredador, con lentitud, sin apartar la mirada, y sacando la lengua la deslizó muy despacio entre aquellos labios húmedos, salados y apetitosos. Ella pareció haber recibido una descarga eléctrica, y soltó un jadeo de gusto, lo que hizo que Gustavo se empleara a fondo en darle placer. Mientras aleteaba su lengua, le acarició el clítoris trazando círculos alrededor con el índice hasta que lo cogió con ternura entre sus dientes, y con suavidad lo chupó al mismo tiempo que un largo dedo entraba en el cuerpo tembloroso de Allison. Ella apoyó los pies en la cama y se impulsó hacia arriba, reclamando ese gozo que la hacía gemir y agarrar, sin ser consciente, la cabeza de Gustavo anclándolo a su cuerpo.

Los sonidos que a ella se le escapaban estaban enloqueciéndolo, separó la boca de aquel pequeño brote floreciente, y sin sacar el dedo de aquella estrechez que parecía querer engullirlo, subió con la boca por el cuerpo excitado, lamiendo la piel y dándole suaves mordiscos hasta llegar a la femenina. Allison enroscó los brazos en el musculoso cuello y se fundieron en un beso cargado de pasión; él, con un movimiento fluido, sacó los dedos y los sustituyó por su pene. Ambos jadearon. Ella, de puro placer; él, porque nunca había sentido nada tan caliente como la humedad que lo acogía y lo envolvía. Los fluidos de ella eran como lava candente y fue recorrido por un escalofrío de lo más placentero. Empezó a moverse con lentitud, dentro de aquella cueva que prometía las estrellas, y sintió cómo ella lo envolvía entre sus piernas y salía a su encuentro cada vez que reculaba.

Allison se sentía transportada a otro mundo, nunca un hombre le había regalado el placer que estaba sintiendo con este. Jamás tuvo una relación duradera, lo suyo siempre habían sido rolletes de poco tiempo, los hombres solo veían en ella a la modelo, ninguno a la mujer.

El baile pasional fue como un tsunami, el éxtasis los alcanzó a los dos y se dejaron llevar por aquel gozo, disfrutando de unos placenteros temblores que los hizo abandonarse a los brazos del otro.

Después de unos minutos, Gustavo levantó la cabeza y vio que se había quedado dormida con una sonrisa en los labios. Se apartó despacio para no despertarla y, acunándola entre sus brazos, tiró del nórdico. A él no fue tan fácil dormir, la estuvo mirando largo rato, preguntándose y sin

comprender qué tenía Allison que lo había llevado a la locura. Nunca se había sentido así, ni siquiera con Sheila, y eso que había creído que con ella había encontrado su media naranja, la compañera de su vida. ¡Qué equivocado que había estado!

Las dos eran como la noche y el día; Sheila era la tranquilidad personificada, dulce en todos los aspectos, y siempre dispuesta a lo que él deseara. Podía decir que nunca le había negado nada; era más, durante su relación jamás le había dicho una palabra más alta que la otra, a pesar de haberlas merecido. En esos momentos se daba cuenta de que se habría cansado de ella muy pronto... si hubiese tenido la oportunidad.

En el otro extremo estaba Allison, era puro nervio, activa, exigente con todos, incluso con ella misma. Tenía carácter, aunque lo ocultara, debía hacerlo muchas veces debido a su trabajo. Y esa noche le había demostrado una fortaleza de espíritu que no conocía, y eso lo había cautivado. No había querido mostrarle su vulnerabilidad, seguro que no deseaba que él pensara que era débil.

Sin querer, la apretó contra él y Allison se removió, su cabello se esparció sobre el pecho masculino como un abanico de seda, y su cuerpo reaccionó con furia. Acarició aquellas hebras brillantes y suaves que no hacía mucho lo habían envuelto. Se regañó a sí mismo cuando iba a posar la mano en la cadera femenina. «¡Déjala descansar, alcornoque! Lo necesita después de lo ocurrido», se dijo.

En el duermevela que siguió, la soñó enroscada al cuerpo de un hombre sin rostro y despertó de golpe. La quería a su lado para el resto de sus vidas, aquella revelación lo dejó sin aliento. ¡Se había enamorado! ¡La amaba! ¿Cómo era posible que hubiera ocurrido en tan poco tiempo?

Una parte de él estaba contenta de haberse dado cuenta; sin embargo, no podía olvidar que ella trabajaba con tipos mucho más apuestos que él. ¿Y si ella nunca llegaba a sentir lo mismo que él?

Capítulo 22

Gustavo dormía con ella apoyada en su costado, con un brazo alrededor de ese cuerpo esbelto. Ella apoyaba la cara en su hombro y el sonido del móvil de Allison los despertó a los dos.

—¿Diga? —Su voz adormilada hizo sonreír a Gustavo.

—Hola, guapa, soy Janelle, acabo de escuchar tu mensaje, ayer volví tarde a casa. Estaba hecha polvo y hasta hoy no lo he visto. ¿Qué ha ocurrido?

Allison notaba el brazo de Gustavo que le envolvía la cintura, y el roce cálido de su piel contra la espalda. Necesitaba una ducha y un café muy cargado antes de hablar con Janelle.

—Alguien se coló en mi casa y la destrozó. —Se le escapó un gran bostezo que su amiga pudo percibir.

—¿Dónde estás? —Oyó la voz alarmada de su amiga.

Al escuchar la pregunta lo miró a él.

—En quince minutos estoy ahí, déjame que me dé una ducha. —Ya habría tiempo para decirle que estaba en el piso de Gustavo, cortó la llamada y se iba a levantar cuando él la atrajo hacia su cuerpo.

—Buenos días, cariño. —Dicho lo cual, la besó con suavidad en los labios.

—Siento mucho haberte despertado.

—Yo no, hacerlo contigo a mi lado es maravilloso —afirmó sin soltarla. Estaba imaginando cómo sería hacerlo el resto de su vida.

Ella vio la mirada encendida de él, le puso una mano encima de los ojos.

—No me mires así. He quedado con Janelle en quince minutos, no tengo tiempo para lo que tienes en mente.

Gustavo soltó una carcajada. Se levantó y, cogiéndola por la cintura, la cargó y caminó hacia el baño.

—Ya verás que sí tenemos tiempo —remarcó abriendo el grifo del agua caliente, mientras la sostenía con una mano en el culo. Ella había enrollado sus piernas en la estrecha cintura masculina y le mordió el cuello al darse cuenta de sus intenciones.

Al ponerse bajo la lluvia de la ducha, los dos sintieron la caricia del agua; se miraron a los

ojos, y ella sacó la lengua y lamió las gotas que se deslizaban por el pecho masculino. Él pensó que, para no tener tiempo, como ella había dicho, estaba juguetona. Le puso una mano en la nuca y con el pulgar le levantó la cara hacia él para capturar su jugosa boca. La besó con tanto ardor que le quitó la respiración y Allison empezó a restregarse contra el cuerpo duro.

Ella cogió la botella de gel y esparció una buena cantidad en el pecho masculino; acto seguido pasó a extenderlo con las manos abiertas, lo que excitó muchísimo a Gustavo, que ya tenía una erección dolorosa. En pocos segundos la espuma los cubría a los dos y él le tapó los pechos con ella, entonces los sopló y saboreó el gemido que a ella se le escapó.

—¡Ah! —exclamó Allison hundiendo la cara en el cuello y mordiéndolo excitada.

Él le cogió las caderas y paseó su pene por la entrepierna femenina, ella deseaba que entrara, sin embargo; no lo hacía por mucho que ella intentara que lo hiciera. Lo miró y vio que él se divertía con sus ansias. No lo pensó, le acarició el miembro con mano firme y pasó a los testículos. Gustavo se quedó estático, si no paraba eyacularía en ese mismo momento, las manipulaciones de ella lo estaban enloqueciendo. Con una estocada certera la llenó de su carne y ella jadeó de gusto.

—¿Esto es lo que querías?

—Sí, oh, sí.

Allison lo cabalgó con garbo, con fuerza, sentirlo tan hundido en ella era maravilloso. No recordaba ninguna vez que un hombre la hubiera llevado a esas cotas de placer con una sola mirada o una caricia. Al lado de este, los demás quedaban a la altura del betún. Además, Gustavo le daba algo que no podía identificar, no sabía lo que era, pero... le gustaba. La hacía sentirse especial.

Gustavo estaba a punto de explotar, llevó su mano hacia sus cuerpos unidos y le pellizcó el clítoris con suavidad, haciendo que todas las terminaciones nerviosas de Allison se pusieran en tensión y fuera recorrida por un clímax arrebatador que la mandó directamente a las nubes. La siguió con un gruñido de placer bien hundido en ella.

—Eso sí que ha sido empezar bien el día —susurró él besando los cabellos revueltos de ella que los envolvían a los dos. Sintió que los labios de Allison, que estaba apoyada en su hombro, se estiraban y sonreía.

Entre mimos y caricias terminaron de ducharse. Él fue a la cocina a preparar café y ella salió del baño con su albornoz burdeos y su melena alborotada. Estaba arrebatadora.

—No tengo nada que ponerme —afirmó al ver la mirada intensa de él.

—¿Pretendes ir así a ver a Janelle? —Por el tono de él supo que la situación lo divertía.

—Claro, ¿por qué no? Ella me dejará ropa para poder vestirme y...

—¿Y?

—¿No tendrás crema y maquillaje por ahí? —preguntó con toda la intención. Si a él le hacía gracia, ella también pondría su granito de arena.

—No, de eso no tengo.

—Me lo imaginaba. —Allison le guiñó un ojo con picardía.

Cuando Janelle les abrió la puerta de su casa y los vio, se los quedó mirando de arriba abajo. Él se había vestido con unos vaqueros y con un jersey de lana gris.

—Pasad, tengo la sensación de que tienes mucho que contarme.

—Sí —contestó Allison.

Los guio hacia la cocina donde ella estaba a medio desayunar.

—¿Queréis tomar algo?

—No nos iría mal. Gustavo tiene el frigorífico tiritando.

Él la miró con una ceja alzada, había sido ella la que no quiso entretenerse en comer.

Después de tomar el segundo café con tortitas untadas en mermelada, Janelle quiso saber lo que había pasado. Allison le contó lo ocurrido en su piso.

—Ven, vamos a buscar en mi armario algo que ponerte —lo dijo a propósito, quería enterarse de qué hacía su amiga en el piso de ese vecino cañón y por qué lo había llevado allí—. Gustavo, siéntete como en tu casa mientras se viste y se arregla.

Él pensó que si fuera por él podría ir todo el día con su albornoz.

Las mujeres desaparecieron por el corto pasillo y las oía susurrar, imaginó con acierto que Janelle querría saber que había entre ellos.

En la habitación, Allison estaba escogiendo entre las prendas que colgaban del armario de su amiga. Cogió unos vaqueros y una sudadera muy chic, Janelle siempre vestía a la última moda. La ropa interior fue más complicada de encontrar, la abogada tenía los pechos más grandes y se estuvo probando varios hasta que encontró uno muy cuco de encaje negro.

Ya vestida, entró al baño a maquillarse un poco y Janelle se sentó en el inodoro.

—¿Me contarás ahora qué estás haciendo con él?

Allison le explicó el encuentro de la tarde anterior para ver el encendido de las luces del Rockefeller Center, con él y sus amigos. Como que se sentía confundida respecto a lo que había pasado aquella maravillosa noche, no quiso explicárselo a su amiga.

—Le comenté a Gustavo que me estoy volviendo loca con la agenda, y que me había extrañado muchísimo que la sesión de ayer me la pagaron en efectivo, cuando lo lógico es que me hagan transferencias.

—¡¿Qué?! —Janelle frunció el ceño. De golpe comprendió algunos comentarios que le había hecho su compañero Hector de que aquella mujer vivía sobre lo que marcaba que ganaba representando a Allison—. ¿Y tú no sabías nada de eso?

—Me quedé tan sorprendida como tú.

—¡La puta que la parió! —exclamó, atando cabos.

Allison no entendía nada.

Desde el salón les llegó la voz de Gustavo.

—¿Va todo bien por ahí? —No obtuvo respuesta. Janelle venía seguida de su amiga que mostraba sorpresa en su mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó la modelo.

—Vamos a ver. —La abogada se puso de espaldas a la ventana, había cogido el teléfono móvil, tenía el ceño fruncido—. Ayer entraron en tu casa y lo destrozaron todo. —Allison asintió con la cabeza—. ¿Dónde estaba la agenda?

—Me la había dejado encima del armario del baño, la repasaba mientras me arreglaba para acudir a una sesión.

Los ojos de Janelle se abrieron incrédulos.

—¿Es donde sueles dejarla?

—No, de ninguna manera. Normalmente está encima de la mesa del salón.

—¿Te estás dando cuenta de que lo que buscaba quien allanó tu casa era la agenda? Eso solo señala en una dirección.

Gustavo se percataba que la abogada había llegado a la misma conclusión que él.

—Parece que me estés hablando en chino, no entiendo nada.

—¡Joder! —exclamó Janelle.

—¿Para qué querría alguien mi agenda de trabajo?

—Ese «alguien», como lo has llamado, no es otra que Hellen. Tenía que hacerse con la agenda para destruir la prueba de que ha estado robándote.

Allison se sentó en el brazo del sofá, no podía creer lo que le decía su amiga.

—No puede ser.

Janelle soltó un resoplido.

—Si hubiesen sido unos cacos corrientes se habrían llevado algo y me has dicho que se dedicaron a destrozarlo todo, incluidos tus vestidos y zapatos. Blanco y en botella, no seas ingenua.

—Eso que dices no tiene sentido, ¿cómo ha podido robar nada?

—¡Me cago en la puta! —murmuró Janelle mientras llamaba a su compañero, estuvo hablando unos segundos con él y cortó.

—¿Le has dicho que el otro día Hellen te empujó con la intención de que te hicieras daño? —preguntó Gustavo mirándola.

—¿Qué pasó? —Janelle alucinaba—. ¿Había testigos?

—Muchos —contestó él, al ver que ella estaba en *shock*—. Fue en la inauguración de la exposición de fotografías de Andy Tryon en el Santana's. Un amigo mío lo vio todo, la acusó de lo que había hecho y se fue hecha un basilisco.

Janelle se pellizcó el puente de la nariz tratando de poner orden a sus pensamientos.

—O sea, atentó contra tu integridad física, y entró en tu casa e hizo un destrozo, eso aparte de...

—No puedo creerlo.

—Pues hazte a la idea, has estado confiando en una mala víbora. No te acompañaba para hacerse la interesante, lo hacía porque cobraba de baja mano el trabajo que tú hacías. —Allison negaba con la cabeza lo que decía Janelle—. ¡Se va a cagar! Ya he avisado a Hector, ahora mismo voy hacia la oficina y me pondré a trabajar con él. Contactaré con la policía y tu piso será inspeccionado con lupa.

—Eso es una idiotez, ella ha estado mil veces en mi casa, seguro que encontrarán sus huellas por todas partes —remarcó Allison.

—No lo dudo, pero habrá alguna que no esté donde debe. Los profesionales la hallarán.

—Yo había pensado que quizá hubiese pagado a alguien para hacer el trabajo —Gustavo dijo lo que le parecía más plausible.

—Es posible; de todas maneras, pondré las pilas a los investigadores, si cazan a otro que no sea ella, lo harán cantar como un canario.

Allison se sentía aturdida, Gustavo y Janelle hablaban como si ella no estuviera allí.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo mientras tanto?! —exclamó encarándose a ellos.

—Tomarte unas vacaciones —dijo la abogada.

—No puedo, tengo muchos compromisos.

—Pues di que estás enferma o lo que quieras, pero es peligroso que acudas a esas citas. Hellen puede acecharte en cualquier parte.

—No me da miedo.

—Debería —intervino Gustavo.

—No voy a dejar que una lunática gobierne mi vida.

Él se acercó a ella y le cogió la cara entre sus manos para que lo mirara a los ojos.

—Entonces no me dejas otra opción que acompañarte. No correré el riesgo de que esa loca se te acerque.

Janelle, al escuchar esas palabras, se le cayó la mandíbula al suelo. En ese momento se preguntó qué habría entre su amiga y su vecino cañón. A él apenas lo conocía, a ella sí, era posible que se hubiesen enrollado, ¿posible?, claro que se habían liado, ella había llegado a su casa con un albornoz como única vestimenta; y el color de sus mejillas cuando le había abierto la puerta... entonces no le dio importancia, ahora se percataba del motivo.

—¿Es que te has creído que soy Whitney Houston? Yo no necesito ningún guardaespaldas.

Gustavo apretó los dientes, esa independencia y valentía era admirable, pero en esos momentos le hubiese gritado para que se diera cuenta del peligro que podía correr. Cogió aire con fuerza antes de hablar.

—No se trata de eso, no puedo permitir que te haga daño de ningún modo.

—Y eso ¿por qué? —Allison había sacado su lado caprichoso y rebelde.

La mirada verdosa de él lanzaba chispas, Janelle se dio cuenta, ese hombre se preocupaba por su amiga y eso solo podía representar una cosa. Decidió intervenir, no quería estar en medio

cuando él le dijera lo que ella sospechaba, eso era algo que tenían que hablar en privado.

—Porque Hellen ya ha mostrado sus cartas, no se trata de envidia ni de celos hacia ti, lo que tú cobraste en efectivo ayer lo hacía ella y tú ni te enterabas. Te ha estado robando, y sospecho que el monto es lo bastante grande para que se pase una temporada a la sombra. Ella lo sabe y va detrás de esa agenda para borrar todos los rastros.

Aquellas palabras de Janelle parecieron despertar algún recuerdo dentro de la cabeza de Allison, frunció el ceño. Al salir del piso de Gustavo había cogido su móvil y se lo puso en el bolsillo, en ese momento fue a la habitación y lo cogió. Ninguno de ellos dijo nada, la veían rebuscar en su celular.

—Esta agenda no es la que llevaba siempre —reconoció con extrañeza—. Mirad las fotos que hice cuando le dije que se tomara unos días libres.

Janelle y Gustavo se inclinaron detrás de ella, quien comparaba las imágenes sobre la mesa del salón. Pasó las hojas hasta encontrar las anotaciones de ese día, y vieron que en el papel constaban más citas que luego había reubicado más adelante.

—Estoy segura de que esas son las que ella cobraba en efectivo. ¿Qué te decía, que era un favor de última hora a algún amigo?

—No, que le había salido un contrato que no había podido rehusar. Que era muy importante; y si yo protestaba me hacía sentir culpable, me echaba en cara que ella trabajaba mucho para catapultarme a la fama.

—¡Maldita mujer! Apostaría el cuello a que todo eso era lo que te estafaba, y no solo a ti... a Hacienda —manifestó Janelle—. No quisiera estar en su pellejo cuando todo esto salga a la luz. Se le van a echar encima como buitres.

Allison fue consciente de que todo ese caos la podía salpicar a ella de un modo muy desagradable; al fin y al cabo, era ella la que había hecho el trabajo y la podía involucrar. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo entero.

Gustavo se percató de la palidez de su rostro.

—¿Te sientes bien? —habló cogiéndola por la cintura.

—¡Qué pregunta más idiota! —exclamó ella—. ¿Es que no te das cuenta de que pueden pensar que yo estaba al corriente de sus trapicheos?

Janelle y Gustavo intercambiaron una mirada.

—Me encargaré de demostrar que tú no sabías nada de eso —declaró la abogada con voz de mando—. Ahora, mientras me arreglo, llama a todas tus citas y diles que no puedes acudir porque estás enferma. Te tomas unos días libres y búscate un representante de confianza. —Los hombros de Allison se hundieron, eso podía representar el principio del fin—. Cuando hayamos aclarado todo este despropósito haremos que salga a la luz todo el embrollo, y tú ocuparás el lugar que te corresponde en tu profesión.

Ella no estaba tan segura de que todo fuera tan fácil como lo pintaba Janelle, pero no le quedaba otra. Tenía que ponerse en manos de su amiga si no quería salir mal parada.

Capítulo 23

Gustavo llamó a Dany y le dijo que se tomaba el día libre.

—¿Qué pasa? ¿Debo preocuparme?

—Ya te contaré, se trata de Allison.

Dany imaginó que su amigo estaba pasando página, que poco a poco volvía a ser el de antes, y se alegró por ello. Si esa mujer conseguía sacarlo del pozo en el que Gustavo se había sumido, él le estaría eternamente agradecido. Además, por lo poco que la conocía, parecía una buena chica.

—Okey, ya hablaremos.

Gustavo estaba dispuesto a lograr que ella se relajara y dejara a un lado los problemas que la abrumaban.

—Vamos, hoy soy todo tuyo —dijo al verla ensimismada mirando por la ventana, le puso el abrigo sobre los hombros y la empujó hacia la puerta.

—¿Dónde quieres ir?

—Por lo pronto a Macy's. Tendrás que comprarte ropa... ¿o le saquearás el armario a Janelle?

—Lo dijo para hacerla sonreír y lo logró a medias.

—A ella no le ha importado.

—Ya lo sé.

Salían del ascensor cuando el teléfono de Allison sonó y al cogerlo oyó una voz que no reconoció.

—Hola, guapa, soy Jordan. ¿Te cojo en mal momento?

—No, de ninguna manera.

—Te llamaré Leroy McCrae, es un representante que se dedica a facilitarte la vida. Tiene una empresa y varios trabajadores a su cargo que se encargan de tramitar los contratos de modelos, actrices y *celebrities*.

—En este momento es lo que necesito.

Por su tono de voz, Jordan captó que estaba agobiada.

—¿Te encuentras bien?

—Ahora mismo mi vida es un puto caos.

—¿Por culpa de Hellen Villin?

—Lo has adivinado —señaló Allison con ironía.

—Pues él es tu hombre. Estuve hablando con mi jefa y me lo recomendó, y ten en cuenta que es muy exigente, si alguien no le gusta no duda en darle una patada en el culo.

—Ya me gustaría a mí tener ese ojo.

—Tranquila, todo se va a solucionar. —Trató de animarla Jordan.

—Eso espero.

—Ánimo, guapa, no hay mal que dure cien años. Ya verás como con él todo te será más sencillo.

—Gracias, Jordan.

Se despidieron y le contó a Gustavo de qué iba todo aquello.

—Bien, perfecto. *Ahora nos vamos de compras.* —Esas palabras le sonaron raras en su boca, y Allison también lo notó y sonrió—. Nunca había dicho algo igual.

—Los hombres odian ir de tiendas.

Él chasqueó la lengua.

—Hoy haré un esfuerzo. —Gustavo se rio de su propia ocurrencia—. Aunque si ves que quemó mi tarjeta de crédito, detenme.

Los dos se carcajearon.

Un taxi los dejó en la esquina de Broadway, frente a la entrada de Macy's. Él la cogió de la mano y entraron en ese gigantesco centro comercial. A él le llamó la atención las flechas en las que ponía «Santaland».

—¿Qué es eso? —preguntó, y ella se encogió de hombros. Una chica vestida de elfo que pasaba justo a su lado lo oyó y se detuvo.

—Es la aldea de Santa Claus en el Polo Norte. Siguen las flechas, se van a divertir.

Vaya si se lo pasaron bien recorriendo aquel pintoresco pueblo, tan bien caracterizado dentro de los almacenes, lleno de árboles de Navidad, muñecos de nieve, elfos, trenes y otros juguetes en movimiento. Hasta conocieron a Santa, y Gustavo insistió en que Allison se sentara en sus rodillas para hacerle una foto.

Se alejaron de allí riendo como dos niños.

El resto de la mañana la dedicaron a las compras, ella sabía dónde encontrar lo que necesitaba. En cuanto llegaron a la ropa interior, Allison lo miró con apuro.

—¿No te apetece ir a tomar un café? No tardaré mucho.

—Te aseguro que no me asustaré —murmuró él acercándose a ella y dándole un suave beso en los labios.

Ella iba a replicar, pero aquella caricia fue tan inesperada que la dejó sin palabras. A propósito, se puso en los pasillos donde las prendas eran más sexis, lo veía a él cómodo y supo que no podría provocarlo. Escogió varios conjuntos y al ir a pagar lo miró.

—Me da la impresión de que te mueves como pez en el agua entre todos estos picardías y

demás.

—¿A qué te refieres? ¿Esperabas que me pusiera como una moto al ver todas estas transparencias y sedas? —habló con una sonrisa traviesa—. Cariño, lo que nos excita es lo que rellena todas estas prendas. —Le guiñó un ojo con intención.

Comieron en los mismos almacenes; y cuando a media tarde salieron cargados de bolsas, a ella pareció que el ánimo se le esfumara.

—¿Dónde voy a llevar todo esto? —No lo preguntó a nadie en particular, parecía que lanzara la idea al universo.

—A mi casa, por supuesto. —Los ojos azules se encontraron con los verdosos—. ¿No pretenderás irte a un hotel?

—No es mala idea.

—No quiero oír hablar de ello. —La señaló con el índice y añadió—: Si tú vas, yo también.

—No puedo instalarme en tu casa.

—¿Por qué no? —insistió Gustavo, cruzando los brazos, con las bolsas colgándole de los codos.

—Porque, porque... —Allison no quería decirle que se sentía atraída por él. Si se instalaba en su casa era posible que él lo diera por sentado.

—No vas a convencerme, lo sabes, ¿verdad? Hasta que Janelle ate todos los cabos y cojan a esa bruja, no voy a perderte de vista.

—¿Es que tú no tienes que trabajar?

—Tengo un jefe comprensivo. —Allison pareció rendirse, dejó caer la cabeza hacia delante y se quedó mirando al suelo. Él le puso dos dedos bajo la barbilla y se la empujó para que lo mirara—. ¿Tan terrible es quedarte en mi casa mientras se soluciona todo este jaleo?

Lo que ella pensaba era que se había sentido muy a gusto desde la tarde anterior cuando se encontraron, este hombre le estaba mostrando una vida que ella no había vivido, y eso la asustaba. Podría acostumbrarse muy pronto a sus muestras de cariño, a la ternura de él, a su forma de tratarla, a que la mimara y, cómo no, a esa pasión arrolladora que había derramado sobre ella durante buena parte de la noche. Ninguna de sus esporádicas relaciones anteriores le había afectado tanto como él. Era un hombre guapísimo, sospechaba que había tenido una mala experiencia con alguna mujer, y le aterraba no estar a la altura de las circunstancias. ¿Desde cuándo se preocupaba tanto por lo que pensarán de ella? Jamás lo hizo, intentaba ser agradable con todo el mundo, hacer la tarea fácil a los que trabajaban con ella, había cuidado mucho que su éxito no se le subiera a la cabeza y creía haberlo conseguido. Hasta que lo conoció a él, empezaron con mal pie; sin embargo, todo cambió, y había descubierto en Gustavo a un hombre como ninguno. ¿Qué representaba todo eso? No lo sabía, y se proponía descubrirlo. De momento se iría a su casa y mañana ya vería.

—La verdad es que no —contestó cuando él pensaba que no iba a decir nada—. Si no lo aclaran pronto es posible que tú mismo me echés a patadas.

Gustavo soltó una carcajada, se inclinó y le dio un suave beso en los labios.

—Eso no va a ocurrir.

Después de colocar en el armario lo que habían comprado, volvieron a la calle. El ambiente navideño invitaba a pasear. Gustavo le pasó un brazo sobre los hombros y la arrimó a él. Allison le rodeó la cintura y puso su mano en un bolsillo del abrigo de él.

Sin rumbo fijo llegaron al mercadillo de Unión Square, pasearon de un puesto a otro, admirando las artesanías navideñas de cerámica, cristal, punto, inciensos y jabones olorosos. Allison se paró ante uno lleno de figuras en movimiento, desde una pista de hielo en miniatura, hasta trenes y pistas de esquí.

Gustavo la miró y supo que era la primera vez que se tomaba un tiempo para disfrutar de esa tradición. Los ojos de Allison relucían con un brillo especial cuando cayeron sobre las bolas de nieve.

—Mira qué bonita es.

—Sí —afirmó él, viendo una escena de Papá Noel sentado ante una diminuta chimenea, rodeado un árbol de navidad, de elfos, perritos, renos y juguetes—. ¿Nos la puedes envolver? —le dijo a un joven que se frotaba las manos bajo aquella carpa.

Allison lo miró con la boca abierta.

—No tenías que...

—¿Por qué no puedo regalártela?

Cuando ella iba a contestar, una anciana que estaba a su lado habló.

—Acéptalo, muchacha, es preciosa. —Al decirlo se giró hacia ella y la miró sorprendida—. ¿No eres tú la chica del anuncio?

A Allison no solían reconocerla y se sorprendió de que lo hiciera aquella mujer.

—Sí —dijo con un hilo de voz.

—Oh, nena, estás fantástica, me encanta cómo actúas; esa forma de apartar a los hombres, ese desparpajo... Me he comprado el perfume, me gusta mucho. —Allison sonrió—. Cuando le cuente a Josephine, mi vecina, que te he conocido, no se lo va a creer. Joven —habló mirando a Gustavo—. ¿Puedes hacernos una foto? —Luego la miró a ella—. ¿Te importa?

—Claro que no. —Allison le guiñó un ojo a la mujer—. Así podrá enseñársela a su vecina.

La mujer sonrió con picardía, mientras le daba el móvil a Gustavo para que les sacara una instantánea. En cuanto la vio en la pantalla, a la mujer se le iluminó la mirada.

—¡Qué envidia le voy a dar!

Ante aquel comentario, los tres rieron, y la señora se alejó toda contenta. Él la miraba divertido cuando Allison le dijo:

—Es la primera vez que me ocurre.

—Y no va a ser la última. —Se acercó al chico que le había envuelto la bola de cristal y se la entregó a ella. Sus dedos se rozaron y notó que los tenía helados—. ¿Tienes frío?

—Un poco sí.

—Ven. —Tiró de ella y volvieron tras sus pasos hacia donde había un puesto con guantes, gorros y bufandas. Cogió todo un conjunto rojo y se lo encasquetó—. Tienes las orejas congeladas ¿por qué no me lo has dicho antes?

—Porque es normal, estamos en Navidad, hace un frío del carajo.

Después de ponerse aquellas prendas calentitas, él la abrazó contra su cuerpo y le frotó la espalda.

—¿Mejor?

—Este hombre es como una estufa andante. —Gustavo soltó una carcajada, ella abrió mucho los ojos—. ¿Lo he dicho en voz alta?

—Sí, cariño.

—Por Dios, ya no controlo ni mi lengua.

—Solo hay una forma de saberlo. —Sin previo aviso la besó con pasión y ella se sintió en la gloria—. Sí que la dominas, cielo, y muy bien —declaró Gustavo con aquella sonrisa de bribón que a ella tanto le gustaba.

Con ella bien arropada por su abrazo, se dirigieron al Whole Foods, Burlington, un alto edificio al sur de la plaza, y desde las cristaleras de las tiendas vieron el mercadillo desde las alturas.

—¡Es precioso! —exclamó Allison.

—Me encanta que estemos descubriendo la ciudad juntos en esta época del año.

—Es que Hellen...

Gustavo le puso dos dedos sobre los labios.

—No hablemos de ella. Te la has quitado de encima, eso es lo importante. Y lo mejor es que podemos disfrutar de esta maravilla.

Ella asintió con la cabeza, y él le besó los labios. Era muy consciente de que cuanto más compartía con ella, más se enamoraba, y se sentía feliz.

Cuando volvieron a su piso, pidieron comida china y cenaron en el salón comentando un partido de béisbol.

—A mi madre nunca le gustó este deporte, yo creo que es porque mi hermano y yo nos pasábamos todo el rato gritando —afirmó ella con una sonrisa.

—Parece que estés muy unida a ellos.

—Los echo mucho de menos.

—¿No vienen de vez en cuando?

—Tienen mucho trabajo.

Gustavo pensó que era una pena que estuviera separada de sus seres queridos por su empleo. Vio que la tristeza le ensombrecía la mirada y se propuso que haría algo al respecto. Ya pensaría

en el asunto, sobre todo en aquellas fechas, debía ser más duro pasarlas alejada de los suyos.

Al terminar el partido, fue un momento un poco tenso, ambos deseaban lo mismo; sin embargo, él no quería que ella se sintiera obligada por estar en su casa; y ella pensaba que la creería una fresca si lo invitaba de golpe a compartir la cama.

Él terminó con ese dilema.

—Cariño, ¿me equivoco si pienso que los dos deseamos que ocurra otra vez?

Allison no simuló incompreensión. Asintió con la cabeza sin verlo. Sintió los dedos de él bajo la barbilla que la impulsaban a mirarlo. Cuando sus ojos encendidos se encontraron, no pudieron evitar lanzarse uno a los labios de otro. Fue una noche mágica.

Capítulo 24

Allison se encontró con Leroy McCrae, el representante del que le había hablado Jordan, era un hombre de unos cuarenta y cinco años, pelirrojo, de ascendencia irlandesa, según le contó. Se cayeron bien desde el primer momento, él ya sabía lo ocurrido; y después de explicarle cómo trabajaba su empresa, ella firmó un contrato con él.

—Yo te aconsejaría que te tomaras unos días hasta que hayan resuelto el embrollo de la señora Villin. He estado hablando con Jordan y me ha dicho que no tardarán en caer sobre ella.

A Allison la recorrió un escalofrío solo de pensar en ello.

—Espero que termine pronto.

—Según me ha comentado Jordan, que tiene amigos en el FBI, están muy cerca de cerrar el caso. En cuanto esto ocurra...

—Se hablará mucho de ella y se me asociará con el escándalo —se lamentó ella.

—Haremos lo necesario para que lo que te salpique nos beneficie.

—¿Cómo?

—Tú has sido la que te has mantenido al pie del cañón, la que has trabajado todo lo que ella se ha embolsado. Eso nos proporcionará una publicidad extra. Estarás en todos los titulares y los promotores querrán sacar partido de tu indeseada presencia en los medios.

—Tú sí que sabes darle la vuelta a las cosas.

—Siempre en beneficio de los que tengo bajo mi ala. Eso sí, no olvides que también soy muy exigente, lo reconozco.

—Estoy acostumbrada a trabajar bajo presión.

—Eso se ha terminado, no queremos que caigas enferma, cuidamos de los nuestros.

Escuchar aquellas palabras que nunca dijo Hellen le dio alas a Allison.

Allison hacía dos años que no disfrutaba de unas vacaciones en las cuales pudiera visitar a su familia y pasar unos días con ellos. Sin embargo, en esos momentos que estaba disfrutando de la

atención de Gustavo y de aquello que estaba naciendo en su corazón se encontraba dividida entre quedarse con él o partir. ¡Que ya le estaba echando morro al asunto! Ya podía ir a su casa, poner orden y volver. Pero cuando lo comentaba con él, siempre le decía que no había ninguna prisa, estaba empezando a pensar que lo que sentía en su pecho era recíproco, que Gustavo ponía la excusa de su protección para que ella se quedara a su lado. Y eso hacía que sintiera mariposas en su estómago.

Él se había ido a tomar un café mientras ella se entrevistaba con el nuevo representante. Hacía días que no acudía al trabajo, y notaba que la agobiaba que estuviera tan pendiente de ella y le quería dejar espacio.

Cuando se reunieron, ella le habló de la buena impresión que tuvo con Leroy.

—Tengo la sensación de que va a gustarme trabajar con él.

—Eso es bueno.

—Pero me ha dicho que me tomara un tiempo hasta que aclaren todo el jaleo de Hellen.

—Es comprensible.

—Sí, estoy pensando en ir a casa. —Al verlo que iba a protestar, levantó una mano para que la dejara terminar—. Me refiero a Jacksonville, a ver a mi familia.

Gustavo pensó que era una buena idea, estar separados unos días les iría bien a ambos para estar seguros de sus sentimientos. Él la amaba y sospechaba que ella también a él; no obstante, nunca le había dicho nada. Igual que él se lo había callado por cobardía, ella era una diosa, admirada por muchos hombres, y él un simple asegurador. Sin embargo, un diablillo tocapelotas le susurraba al oído que si la dejaba marchar, nada volvería a ser lo mismo. A regañadientes, se obligó a apoyarla, sería bueno para ella pasar unos días con sus seres queridos.

Sorprendentemente, ella había encontrado billete de avión para la mañana siguiente. A pesar de las fechas en las que se encontraban, se marchaba y él no quería evitarlo. Deseaba que lo echara de menos y volviera a sus brazos; no obstante, no estaba muy seguro de que aquello ocurriera. Pero como se llamaba Gustavo que iba a intentar dejar una marca en ella que no pudiera ignorar.

Aquella noche, la amó con todo el sentimiento que ella había despertado en él, le hizo el amor durante horas como si pretendiera marcarla como suya. Allison le devolvía las caricias y ponía tanta pasión en sus besos que fue inolvidable, mágica.

A la mañana siguiente, él la acompañó al aeropuerto JFK y se despidieron con un largo beso que los dejó a ambos anhelantes y sin aliento.

—Voy a añorarte mucho —dijo Gustavo cuando se separó de aquellos succulentos labios—. Venga, que van a cerrar la puerta de embarque. —Con una sonrisa vio cómo ella desaparecía en el túnel de embarque. Acababa de soltarla y ya deseaba volver a envolverla entre sus brazos.

Capítulo 25

Allison había acudido a la casa familiar en Jacksonville y todos estaban felices de tenerla allí. Su padre Jason la abrazó al verla, transmitiéndole lo mucho que la echaba de menos.

—Cariño, ya era hora de que te dejaras caer por aquí —murmuró sobre sus cabellos castaños.

—Sí, papá, tienes razón, os he añorado cada día. —Allison lo miró a los ojos que eran idénticos a los suyos, azul claro con una banda oscura que rodeaba las pupilas.

—Jason, suelta a la niña, que los otros también queremos abrazarla —anunció su mujer. Evelyn hablaba cada día de su hija, era la forma de sentir como si estuviera con ellos.

—Mamá, estás estupenda —afirmó Allison al rodearla entre sus brazos.

—Tú sí que estás fabulosa —la piropeó su hermano mayor, Anthony. Tenían los rasgos muy parecidos, pero este era más alto y muy corpulento. La estrechó con un abrazo de oso—. Me alegra que hayas venido, hermanita, ya sabes que te echamos mucho de menos.

—Y Sammy, ¿dónde está? —preguntó ella al no verla al llegar. Aquella era su cuñada, quien ayudaba en el restaurante, propiedad de su padre, donde trabajaba toda la familia.

—Hoy no se encontraba muy bien y se ha quedado en casa —contestó Anthony.

—¿Está enferma? —La preocupación era latente en la voz de Allison.

—No, no, hermanita... vas a ser tía. —El anuncio la tomó tan de sorpresa que se le quedó la boca abierta. Cuando reaccionó, se colgó del cuello de Anthony besándolo y felicitándolo con el corazón colmado de alegría.

De eso hacía dos días, y se había pasado la mayor parte del tiempo paseando por la playa con Sammy o ayudando en el negocio. Los clientes, al reconocerla, le pedían fotos y hasta algún autógrafo, por allí todo el mundo chuleaba de conocer a una modelo famosa. Ella les decía que solo era un trabajo; sin embargo, todos estaban contentos por sus logros y por verla en televisión en algún anuncio.

Una mañana en la que se encontraba en la cocina del restaurante con su madre y Sammy, esta última le preguntó:

—¿Cómo te van los amoríos? Imagino que debes tener a los hombres babeando detrás de ti.

Ella vio a su madre estirar el cuello mientras revolvía una cazuela, quería escuchar su

respuesta. Por millonésima vez pensó en Gustavo, no se lo sacaba de la cabeza. A pesar de que pensaba que había algo que él no le contaba, que se lo guardaba, y eso quería decir que no confiaba plenamente en ella. Eso le dolía en el alma, ese hombre le había removido todo su ser, desde la cabeza a los pies, solo al recordarlo sentía que le vibraba el cuerpo entero.

—Uy, esa carita es que hay alguien especial —afirmó Evelyn, mirando a su hija.

—No es tan fácil, mamá.

—Cariño, ¿tú te has mirado al espejo? Hay que ser un tonto de remate, o un zoquete, para no caer rendido a tus pies.

—Cuéntanos —pidió su cuñada—. Seguro que es mucho más sencillo de lo que piensas. Todas nos hacemos la picha un lío cuando nos enamoramos.

Que Sammy dijera aquella palabra le hizo darse cuenta de que sí, su corazón latía por Gustavo, siempre tan atento, tan pendiente de ella, preocupado por sus problemas, haciéndole descubrir la Navidad en Nueva York por primera vez en su vida, juntos. La había arropado en sus brazos cuando ella más necesitó de un abrazo reconfortante, eso le recordó que le había dicho que antes de ir a Nueva York él estaba hundido, ¿qué le habría pasado? Ella no había preguntado para no hurgar en la herida, quizá debería haberlo hecho, era posible que fuera lo que él esperaba para abrirle su alma.

—Pequeña, cuando tu padre me dijo que estaba enamorado de mí lo mandé a freír espárragos —habló Evelyn al darse cuenta de que su hija sufría el mal de amores—. Había visto que sus amigos se reían y pensé que me estaba tomando el pelo, que solo pretendía reírse un rato a mis expensas. Luego me enteré de que se lo había contado a ellos y que hacían apuestas a que no sería capaz de decírmelo.

Sammy se reía de su suegra.

—¿Y qué pasó luego?

—Fui con mis amigas a tomarnos una copa y ellos estaban allí. Me acerqué y les dije que no acapararan a mi novio, lo amarré bien y le di un beso en los labios delante de todos.

Allison se había unido a su cuñada con las risas.

—¿Qué hizo papá?

—¿Tú qué crees? No éramos tan modernos como vosotros, pero tampoco tontos. Me cogió por la cintura y me llevó a una mesa en penumbra. Allí se me declaró, fue encantador. —Evelyn soltó un suspiro al recordar.

Allison miró a Sammy.

—A ti no te pregunto; conociendo a Anthony, seguro que te dijo sí o sí. No es demasiado poético que digamos.

El comentario sacó carcajadas a las tres.

—No, qué va, yo ya trabajaba aquí, y él aprovechaba cualquier excusa para arrinconarme en cualquier sitio, me decía unas cosas muy bonitas. Pero yo no quería que pensara que tenía ese privilegio por ser el hijo del dueño. Así que no me mostraba receptiva, por mucho que me atraía.

Un día nos quedamos por la noche para preparar una celebración; unos pescadores se jubilaban e invitaron a todos los compañeros a un desayuno. Fui a la cocina a buscar las copas que faltaban y me siguió, lo recuerdo como si fuera ayer —dijo con una gran sonrisa—. Llevaba la bandeja cargada y él se me plantó delante, se puso juguetón, y me impedía la salida. Lo único que nos separaba era mi carga, y él se reía de que tenía las manos ocupadas; le dije con un guiño que si me dejaba pasar terminaríamos antes y podríamos tomarnos un vinito. Accedió, terminamos y serví un par de copas, él trataba de acercárseme y yo esquivaba sus avances. Me decía que estábamos hechos el uno para el otro, que le encantaba mi culito respingón, mis labios, mis ojos... Entonces le pedí que hiciera algo romántico por mí, se quedó helado, ya sabía yo que era un bruto, y me sorprendió, vaya si lo hizo. De repente salió del local y pensé que iría corriendo hasta la Conchinchina para no acceder a mi deseo. Cerré las luces; y cuando iba a marcharme, apareció con un ramo de rosas que robó en el jardín de doña Encarna, dos casas más allá. Al cortarlas se lastimó las palmas de las manos y las traía ensangrentadas. Aquello me ablandó el corazón, le curé las heridas y *voilà*.

Allison no se lo podía creer, nunca se habría imaginado a su hermano robando flores para satisfacer a Sammy.

—Me estás describiendo a un Anthony que no es el mío.

Evelyn pareció recordar y la miró con los ojos muy abiertos.

—Jolines, doña Encarna puso una denuncia al día siguiente.

—Sí, lo sé. Si lo hubiese pillado lo habría perseguido a bastonazos por toda la calle —reconoció Sammy—. Venga, guapa, ahora te toca a ti —dijo mirando a Allison.

Ella soltó un suspiro, les había contado los problemas que tuvo con Hellen y que entraron a robar a su casa; sin embargo, se había callado que había estado en la de Gustavo. Toda la familia había dado por sentado que se había ido a un hotel y no los había sacado de su error.

—No hay nada que contar.

—De momento —dijo Evelyn.

—No sé si lo habrá.

—Te brillan los ojos —señaló Sammy—. No nos puedes engañar. Hay un hombre que te gusta.

—Y mucho, diría yo —intervino su madre.

—Pero no confía en mí.

Evelyn frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Es la sensación que tengo. Creo que hay algo en su pasado que lo atormenta.

—Quizá deberías darle tiempo —aconsejó su madre.

—Evelyn tiene razón, los hombres piensan que si cuentan alguna debilidad se los tomará por flojos. Ten paciencia, igual ha pasado página y desea dejarlo atrás. Todos tenemos una vida anterior. —Sammy le hablaba como una hermana mayor y ella lo agradecía.

El móvil de Allison sonó y vio que era Jordan, no le había agradecido que le recomendara a Leroy McCrae, ahora era el momento.

—Hola —se saludaron.

—No te he dado las gracias...

—¿Por qué deberías dármelas? No seas tonta. —Le quitó importancia Jordan—. Tenemos que vernos. Te he conseguido la portada de febrero para *Vogue*.

—Tendrás que hablar con Leroy.

—Ya lo he hecho, y como para ese mes ya habrá terminado todo el jaleo, ve bien que salgas en la revista.

—¿Cómo sabes que estará todo solucionado?

—Porque soy reportera y tengo amigos en el FBI. Esa señora no sabe lo que se le viene encima. Está como una loca buscando a alguien para que la entreviste y contar su historia.

—¡Ay, Dios!

—Tranquila, si sale en algún medio será con las esposas puestas, es lo único que va a conseguir. —A Allison la recorrió un escalofrío—. La tienen vigilada día y noche, no vaya a ser que le dé por marcharse del país.

—¿Por qué no la arrestan?

—Parece ser que tiene fondos en paraísos fiscales, quieren que se encuentre con la soga al cuello y el dinero vuelva.

—Uy, no lo van a conseguir, es muy lista. Me ha estado engañando durante años y no me di cuenta. Seguro que tiene efectivo a mano.

—Lo tienen en cuenta, te lo aseguro —afirmó Jordan—. Me ha dicho Leroy que estás de vacaciones. ¿Cuándo vuelves? Es para ir preparando un buen artículo sobre ti. Una larga entrevista.

—No soy ninguna *celebrity*.

—Será tu relanzamiento. Vamos a hacerlo a lo grande.

—Cuando hablas así se me pone el vello de todo el cuerpo de punta.

Allison oyó a Jordan que se reía.

—Me gusta pensar que mis artículos gustan, que a los que entrevisto se lo pasan bien, no voy a torturarte. —Habló en un tono ofendido fingido y las dos rieron—. Ahora te dejo, que me llaman por la otra línea, dame un toque cuando vuelvas, ¿okey?

—Okey.

Otra cosa que debía agradecerle a Gustavo eran los nuevos amigos, que parecían formar una piña. En el mundo donde ella se movía, en el cual muchas veces había envidias y celos, encontrar personas que no la juzgaran por lo que se dedicaba era un lujo.

Capítulo 26

Gustavo no sabía nada de Allison; desde que la había dejado en el aeropuerto que no había hablado con ella, y eso lo tenía irritable. Quería darle espacio, que ella lo echara de menos, pero el deseo de verla, de abrazarla, era intenso y abrumador. Le daría unos días más y si era necesario viajaría a Jacksonville. Necesitaba sincerarse con ella, decirle lo que albergaba su corazón; y si tenía que pegarse de morros con la cruda realidad de que a ella no le importaba, más valía que fuera antes que después.

Mil veces se encontró con el teléfono en la mano con la intención de llamarla, pero no lo hacía. Si oía su voz ronca y sensual saldría corriendo a coger el primer avión que lo llevara hasta ella.

Se acercaba el fin de semana, y Dany reunió a todos en el Santana's para celebrar una cena de Navidad, la festividad estaba a la puerta de la esquina, y todos tenían familias con las que se encontrarían ese día. Kiki, Alex y Sony llevaban unos vestidos de gala que quitaban el hipo, como todas las demás, pero, asimismo, se pusieron de acuerdo con peinarse y ponerse diademas de renos y Papás Noel. Grace, que también había pensado en ello, llegó con varias para todos. Hans, al principio, se mostró contrario a ponérsela, pero terminó accediendo al ver a Gustavo, Matt, Jeff, Marcelo, Rob y Jojo luciendo aquellos abalorios tan graciosos. Dany se negó en redondo a ponérselo, hasta que Sony se le acercó mimosa y se lo encasquetó dándole un beso exagerado que hizo silbar a todos los amigos, armando un buen jaleo. ¡Suerte que estaban en un reservado!

Todos iban picoteando los aperitivos que tenían sobre la mesa.

—He pensado en llevar a Nina a Times Square por fin de año —dijo Jeff con una copa de ponche de huevo en la mano—. ¿Quién se apunta?

Todos se miraron con sonrisas picaronas.

—Voy a escribir un deseo a la web —anunció Nina.

—¿De qué hablas? —preguntó Anna intrigada. Las demás no podían creerse que no lo supiera.

—¿Sabes todo ese confeti que vuela por la plaza durante la celebración de fin de año? —Tomó la palabra Grace—. Son los deseos que se mandan a la web.

Anna las miraba sorprendida, nunca se había parado a pensar en eso, siempre supuso que no representaban nada, que era parte de la fiesta.

—Yo también. —Se unió Kiki.

—Y nosotras —replicaron las otras a la vez.

—Bueno, parece que ya tenemos planes para esa noche especial —afirmó Marcelo mirando amoroso a Jordan.

—Tíos, ya sabéis cuál es la tradición, ¿verdad? —mencionó Matt. Todos lo miraron sin saber de qué hablaba—. El año nuevo se empieza besando a quien tengas al lado.

Los hombres se carcajearon, las chicas se miraron con picardía, y Alex les guiñó un ojo y dijo:

—Nenas, aseguraos de que tenéis al lado a un bombón.

—Eso está hecho —afirmó Jordan.

—Desde luego —intervino Marcelo—. Como vea que alguien se te acerca con esas intenciones...

Fueron interrumpidos por los camareros, que les sirvieron una ensalada de manzana, y siguieron con sus ocurrencias mientras cenaban. Luego les trajeron pularda rellena con puré de patatas y, por último, helados y galletas de jengibre.

—¿Crees que el chef me daría su receta de estas galletas? Están buenísimas —preguntó Nina a Jordan. Esta se rio.

—No creo.

—¿Ni que se lo pida Marcelo? —insistió Nina—. Debe tener un poco de enchufe, ¿no?

Jordan y Grace, que lo había escuchado, se carcajearon.

—Créeme si te digo que el chef se dejaría cortar la lengua antes de desvelar cualquiera de sus secretos culinarios. —Grace, que trabajaba allí, sabía muy bien de qué hablaba—. No quiere a nadie merodeando por «su» cocina. Recuerdo un día que Maxine quería hacerse una infusión porque no se encontraba bien y la sacó con cajas destempladas.

—¿A la mujer del dueño? —Nina alucinaba.

—Como te digo. En su reino, él es el rey.

—Los chefs son muy maniáticos con sus dominios —confirmó Jordan.

—Bueno, entonces me tendré que poner hasta el culo, hoy que puedo. —Sus amigas se rieron.

—Puedes decirle que quieres llevarte unas a casa, y seguro que te las pondrá en una cajita muy cuqui —comentó Anna, que las estaba escuchando.

—Acabas de darme una buena idea. —Se quedó pensativa un momento y luego exclamó—: ¡Joder, ya me parezco a mi abuela!

Gustavo hablaba con los hombres sobre la World Marathon Majors que se había corrido hacía poco más de un mes y que fue multitudinaria, como todos los años. Cuando las mujeres se pusieron en la conversación, Allison le vino a la mente. Veía a sus amigos haciendo arrumacos y caricias a sus parejas, y él se moría por hacerle lo mismo a ella. Hacía ya una semana que se había marchado y ni siquiera lo había llamado. Tenía que terminar con ese malvivir.

Capítulo 27

Allison había ido al puerto con su hermano a comprar langostas, tenían un proveedor que les guardaba siempre las más majas. Cuando volvían al restaurante aún era pronto para que hubiera clientes, y venían riendo y bromeando, como cuando eran niños.

—Ya te imagino llevando a tu hijo a caballito como me llevabas a mí —dijo ella, que se sentía feliz por la futura paternidad de Anthony—. Ahora que lo pienso, debes haber perdido la práctica.

—¿Me estás llamando viejo carcamal?

Ella se rio mientras afirmaba con la cabeza.

—¿Has llevado alguna vez a Sammy como a mí?

—No se deja. —Anthony se rio al decirlo.

—Entonces seguro que no sabrás. —Se burló ella sacándole la lengua.

—Eso es como ir en bicicleta, nunca se olvida.

—Demuéstramelo —lo retó.

Como ella esperaba, él se paró y ella saltó a su espalda y enroscó sus piernas en la cintura de su hermano. Anthony trotó como cuando eran más jóvenes y la llevó hasta dentro del restaurante. Allí paró y la dejó resbalar hasta el suelo.

—Pues sí, este niño tendrá un padre fantástico —anunció ella con una gran sonrisa. Lo cogió por las mejillas, lo acercó y le dio un pico en los labios. Siempre se besaban de esa forma, desde niños, y a los dos les trajo a la memoria tiempos pasados.

Ninguno de ellos vio al forastero que se estaba tomando un café en la barra, él cual se quedó helado al presenciar aquella muestra de cariño. ¿Y qué representaban esas palabras que había escuchado? ¿Allison estaba embarazada? ¿En su estado se había acostado con él? Nunca se hubiese imaginado que fuera tan inconsciente. No podía creerse que él, que se jactaba de calar a las personas, se hubiese equivocado tanto con ella.

¡Joder, que le había puesto la piel del revés con un parpadeo! ¡Maldita fuera! ¡Traicionera! Cuando pasó lo de Sheila se propuso no volver a implicar su corazón, con Allison se dio cuenta de que lo que esta había despertado en él no tenía ni punto de comparación con lo anterior. Se

percató que eso era el verdadero amor. ¿Cómo iba a lograr olvidarla?

Gustavo maldijo para sus adentros, soltó un billete al lado de la taza que no había tocado y salió del local con los dientes apretados para no largar los juramentos que le venían a la boca. Debería haber sabido que ella podía tener al hombre que quisiera y cuando quisiera. Había sido un tonto de remate al hacerse ilusiones con ella. Ya en la calle parecía que le faltaba el aire, se paró y aspiró con fuerza, llenándose los pulmones con aroma a salitre. Tenía que largarse de aquella ciudad, no soportaba saber que tenía a Allison tan cerca y no poder tenerla. Pensar en la ilusión con la que había viajado... y solo bastó un segundo para que el suelo se abriera bajo sus pies, y sentir como si lo hubiesen abierto en canal. Sin pensarlo ni un segundo más, volvió al Aeropuerto Internacional de Jacksonville y esperó al próximo vuelo de regreso a Nueva York.

Subió al avión con el ánimo por los suelos, con el corazón hecho añicos, incluso pensó en volver a París, no debería haber cruzado el charco. Sí que en Francia estaba hecho una mierda, pero estaba en casa. En esos momentos, ya no le apetecía regresar al piso donde había pasado tan buenos momentos con Allison.

Cuando Allison entró en la cocina, Evelyn miró a sus hijos con una sonrisa, se los veía felices, y eso le llenaba el corazón de dicha.

—Ahí fuera hay un hombre que ha preguntado por ti.

Ella miró a su madre extrañada.

—Yo no he visto a nadie, ¿y tú, Anthony?

—Acaba de marcharse.

Evelyn asomó la cabeza y vio que, en efecto, el lugar que había ocupado ese tipo en la barra estaba vacío y vio el billete.

—Caramba, qué raro. Parecía tener muchas ganas de verte —dijo la mujer.

—Sería alguien que se ha enterado de que estabas aquí y ha venido a hacerse una foto contigo. —Se guaseó Anthony.

—No, no, no era de por aquí. Era forastero, nunca lo había visto. Tenía un acento que no he sabido identificar. He supuesto que sería uno de tus amigos modelos, con lo guapo que era y ese cuerpazo...

Allison supo que quien había estado allí era Gustavo, su madre lo había descrito a la perfección con esas pocas palabras. Su corazón dio un brinco dentro del pecho, había viajado hasta allí por ella.

—¿¿Dónde está?! —exclamó saliendo a la sala, y al no verlo corrió hacia la calle. Sin embargo, no había rastro de Gustavo por ningún lado. Cogió el móvil y lo llamó, y le salió la voz de lata diciéndole que estaba apagado o fuera de cobertura. Pensó que tal vez no había cambiado el modo avión después de llegar a Jacksonville.

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

—Hermanita, estás muy roja. Ya estás soltando la lengua —indicó Anthony, viendo el brillo en los ojos de Allison.

—Es Gustavo.

—¿Gustavo? —Madre e hijo lo dijeron a la vez.

—¿Dónde se habrá metido? —Parecía que hablara consigo misma.

—Me ha dado la impresión de que tenía prisa —se burló Anthony.

—No, no, tienes que estar equivocado —intervino Evelyn—. Ha llegado poco después de que os fuerais y se ha tomado dos cafés. Cuando ha preguntado por ti y le he dicho que no tardarías se ha sentado tranquilamente a esperar. No comprendo por qué se ha ido tan de repente.

Allison sentía que sus entrañas se contraían, le faltaba el aliento y parecía que no le tocara la piel al cuerpo. Volvió a intentar contactar con él por teléfono, pero no tuvo más suerte que la primera vez.

—Tengo que encontrarlo.

Salió del restaurante sin tener idea de dónde dirigirse, solo tenía en mente encontrar a Gustavo. Recorrió todas las calles de alrededor con resultados negativos, no lo encontró por ninguna parte. Lo llamó al móvil varias veces y siempre obtenía la misma respuesta de lata. ¿Por qué después de hacer el viaje hasta allí se había marchado sin decir nada? ¡No podía ser! Llamó al aeropuerto y la persona que la atendió le dijo que Gustavo Tenay había cogido un avión con destino Nueva York.

Con el ánimo por los suelos, se sentó a la sombra de un roble, con las rodillas dobladas y cogiéndose las piernas con los brazos. No entendía nada. Sentía que el corazón le latía erráticamente. Hasta ese momento no se convenció, no se dio cuenta de las veces que había pensado en él en los últimos días, en cómo había añorado sus besos y caricias. Él había sido el primer hombre que la había tratado como una mujer, no como a una muñeca, ni un objeto de deseo. Gustavo había visto debajo de su profesión de modelo, y lo quería por eso. A él, aunque no fuese capaz de confiarle su pasado, eso quedaba detrás de ellos, si miraba adelante, no se imaginaba la vida sin aquellos ojos verdosos que brillaban cuando clavaba su mirada en ella. Aquella ternura que le regalaba a manos llenas. Con resolución se levantó y se dirigió al restaurante, iría en su busca y se enteraría del porqué de aquella huida precipitada del negocio de sus padres.

Capítulo 28

Al aterrizar en el JFK, cogió un taxi y le dijo al conductor que arrancara, no quería ir a su casa, debía aclararse las ideas y tomar decisiones. En el trayecto supo que no podía seguir allí, era demasiado doloroso, le diría a Dany que o aceleraba la apertura de la oficina en Los Ángeles o él se volvería a Europa. ¡Joder, necesitaba una copa! Algo fuerte que lo ayudara a olvidar, a ser posible, que le quemara las entrañas y fuese incapaz de sentir nada.

—Al Santana's, por favor —le dijo al chofer.

Entró en la cafetería y le pidió al camarero un whisky doble. Se sentó en una mesa apartado de los otros clientes y se lo bebió con rapidez, pidiendo otro.

Grace salió de su despacho y lo vio, percibió su mal aspecto y se le acercó.

—Gustavo, ¿te encuentras bien?

—No... sí... nada que no curen unas copas —dijo haciéndole señas al camarero para que le sirviera otra.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Se ofreció ella.

—No, gracias, Grace, me gustaría estar solo.

Ella accedió al deseo y se alejó con la intención de estar pendiente de él. ¿Qué le ocurriría a ese hombre? Una hora más tarde, vio que seguía pidiendo un whisky tras otro, se le trababa la lengua y era evidente que por sus venas corría el licor. Llamó a Dany y le dijo lo que estaba sucediendo, este le anunció que iba enseguida.

Media hora más tarde, Dany entraba en la cafetería de Santana's y veía a su amigo hecho una mierda y con un pedo descomunal. Se sentó frente a él.

—Hoy qué toca, ¿emborracharnos?

—Te llevo ventaja, yo ya lo estoy... pero no lo suficiente para caer redondo y olvidarme hasta de mi nombre.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí, joder.

—¿Por qué? Creía que te habías tomado días libres para ir a buscar a Allison.

—¡Allison! —exclamó con los dientes apretados.

—¿Qué ha pasado con ella?

—Está embarazada.

—¿Y la noticia no te hace feliz? Imaginaba que te haría ilusión ser padre. —Con lo que Dany sabía, pensó que debería estar exultante con aquella noticia.

—No, me cago en la puta, el niño no es mío.

Los ojos de Dany se abrieron con desmesura; aquella mujer no parecía ninguna descerebrada ni capaz de jugar con los sentimientos de los demás, no podía creerse que hubiese estado haciéndolo con Gustavo. Cada vez que los había visto juntos, le había causado muy buena impresión, hacían una pareja genial. No podía ser que se hubiese equivocado tanto, allí tenía que haber algo más.

—¿Qué te parece si nos vamos a casa y me cuentas?

—No, no estoy bastante borracho. Además, no quiero volver a mi piso, todo me recuerda a ella.

—Por eso no te preocupes, iremos al mío, tengo licor para tumbar a un elefante. —Dany, lo que pretendía, era sacarlo de allí, que se pudiera desfogar con él sin armar ningún escándalo. No era propio de ningún miembro del club acabar en esas condiciones, le quitarían la tarjeta negra y dorada, y sería persona no grata. Y de paso, podría dormir la mona. No iba a dejarlo solo.

Gustavo pareció recordar algo.

—Dany, no voy a volver a la oficina.

—¡¿Qué dices?!

—Me vuelvo a París.

Fuera lo que fuera lo ocurrido, no era nada comparado con lo que había pasado con Sheila, pensó Dany. Recordó lo mal que estaba su amigo cuando fue en su busca y sospechó que Allison había estado jugando con él. ¡Cómo podía haber mujeres tan despiadadas! Frunció el ceño al pensar que ella se había aprovechado del bajo ánimo de su amigo.

El trayecto en taxi hasta la casa de Dany hubiese sido divertido si las circunstancias fueran otras. Gustavo no paraba de subir y bajar la ventanilla, con la lengua trabada actuaba como un niño, se quedaba mirando los adornos navideños e incluso los señalaba y sonreía.

—Mi madre ponía un árbol con muuuuuchas bolassss... y lucesss. Y hacía galletas —dijo ceceando.

Dany, al escuchar que hablaba de su niñez, pensó que sería un milagro que no se durmiera antes de llegar a su casa. Lo dejó que siguiera murmurando tonterías y por suerte el conductor paró delante de su portal cuando aún estaba despierto. No tardaría en caer.

—Vamos, tío, apóyate en mí —lo animó al ver cómo se tambaleaba.

Llegaron al ático, y Sony se sorprendió al verlos.

—¿Qué pasa? Llegas muy temprano. —Dany hizo un gesto con la cabeza señalando a Gustavo y ella lo ayudó a acercarlo al sofá—. Creo que sería mejor si lo dejáramos en la habitación de invitados —señaló.

—¿Qué dices? —Ya volvía a ser el Gustavo que se había encontrado en el club, pensó él—. Me has dicho que te ibas a emborrachar conmigo.

—¡Jo-der! —exclamó Dany.

Sony lo encontró gracioso y disimuló una risa.

—Caramba con Gustavo, aún no tiene bastante.

—Por lo visto no.

—Y por lo que veo lo vas a acompañar. —A Sony le divertía la situación.

—Eso es lo que hacen los amigos, ¿no?

—Claro que sí, os traeré unas mantas por si os quedáis dormidos en el salón, y os dejo tranquilos. —Luego cuchicheó—: ¿Qué le ocurre?

—Ya te contaré, si logro que me lo diga —susurró Dany.

—Espero que estés menos pedo que él y te acuerdes después.

—Lo intentaré.

Desde la cocina, Sony oía las lamentaciones de Gustavo y su convencimiento de volver a París. ¿Qué le habría ocurrido?, se preguntaba.

A la mañana siguiente, el aroma a cruasanes despertó a Dany, que había dormido en el sofá frente al que lo hizo su amigo. Sentía la cabeza a punto de estallar. Fue hacia la cocina, y Sony, que estaba preparando café, se rio de lo lindo al ver aquella cara y la nariz arrugada de Dany.

—Cariño, parece que empinasteis bien el codo —se burló ella.

—No me lo recuerdes, ese cabronazo tiene más aguante del que me creía. —Él habló cubriéndose la frente y parte de los ojos, la luz que entraba a raudales era como alfileres en el cráneo.

—¿Aún duermes?

—Con lo que bebió tiene para una semana entera.

Sony rio.

—Anda, ve a darte una ducha, te sentará bien. —Cuando él se dirigía a la puerta, ella lo retuvo con una pregunta—. ¿Sabes el motivo de su estado?

—Dijo algo sobre que Allison lo había traicionado. —Entonces recordó lo que le había hablado en el club, cuando lo encontró—. Que estaba embarazada y que el niño no era suyo.

Sony no conocía muy bien a la modelo, pero lo que estaba oyendo no le encajaba por ningún lado. Había hablado con Jordan sobre que ya había encontrado mánager para ella, y no la hubiesen contratado si estuviera esperando un hijo.

—Creo que Gustavo está confundido.

—Yo solo sé lo que él me ha dicho. Fue a Jacksonville a buscarla y volvió hecho polvo.

—¿Y por eso se cogió esa cogorza? —Sony recordó los rifirrafes que tuvo con Dany cuando se conocieron y pensó que si les hubiese dado por emborracharse habrían terminado con el alcohol de Innsbruck y París.

—Nunca lo había visto tan afectado por algo, ni siquiera... —Se calló de repente, al caer en la cuenta de que no le había contado a Sony el motivo por el cual tuvieron que ir a París a buscar a Gustavo.

—¿Sí? Sigue lo que ibas a decir.

Él miró por encima del hombro y vio a Gustavo tan despatarrado como lo había dejado. Le contó a Sony lo que había derrumbado a su amigo.

—Recuerda que él no quiere que nadie sepa nada de eso. Debemos respetar ese deseo en particular —subrayó muy serio—. En todo caso, tenemos que ayudarlo a adaptarse aquí, aunque no sé yo. En algún momento de la noche también ha hablado de volver a Europa si no agilizo los trámites de la apertura de la oficina en Los Ángeles —Dany hablaba con el ceño fruncido, abrir esa otra sucursal llevaría meses, tenía que lograr que Gustavo superara lo que fuera que le había pasado con Allison.

Sony vio su cara de preocupación. Lo empujó hacia la escalera.

—Ve a darte una ducha, hueles peor que una bodega. Luego pensarás con más claridad.

Mientras se tomaba un café, Sony le daba vueltas en qué podía hacer para aclarar lo que para ella era un malentendido. Había visto juntos a Gustavo y a Allison y se notaba que bebían los vientos el uno por el otro. No creía en nada de eso de la traición, a saber qué había ocurrido entre ambos, pero estaba resuelta a hacer lo que hiciera falta para esclarecer ese problema.

Capítulo 29

Hans y Jeff estaban tomándose un café con Matt. Este último se había encargado de seguir a Hellen, al tener un pasado delictivo sabía pasar desapercibido. A ojos de todos los que se cruzaban con él era un turista más, llevaba una mochila a la espalda con varias mudas y se iba cambiando para que la mujer no se diera cuenta.

Ella lo guio hasta el Banco de Crédito Nacional, y vio que tenía una caja de seguridad, se quedó en la sala, vigilante, y notó que una bolsa que llevaba que al entrar no parecía pesada, al salir estaba más llena. Sin perderla de vista, cogió el móvil y llamó a sus superiores, los fue informando de por dónde se movían; y al pasar por la Novena Avenida, donde ella vivía, aparecieron Jeff y sus compañeros. La arrestaron en plena calle y Hellen montó tal escándalo que los transeúntes se pararon y algunos de ellos hasta hicieron fotos.

—¿Qué coño estáis haciendo? —gritó sacando las uñas y queriendo arañarlos como una loca.

—Señora, por Dios. Guarde las garras —dijo uno de los agentes.

—¡Qué te has creído eso! —bramó Hellen—. ¡Soltadme, hijos de puta!

—Hellen Villin, ¿ha entendido lo que le he dicho? —preguntó Jeff, que le había leído sus derechos.

—No sé de qué me hablas, cabronazo.

—Lleváosla —ordenó uno de los inspectores. La metieron en un coche patrulla y despejaron la acera de mirones.

Eso había sido hacía una hora, y allí estaban ellos con los vasos de cartón.

—¿Qué llevaba en el bolso? —preguntó Matt.

—Medio millón de dólares y joyas —respondió Hans—. Ahora mismo han ido los compañeros a ver si había algo más en esa caja de seguridad.

—Debía estar pensando en huir del país —terció Jeff, tocándose la mejilla donde ella lo había arañado. A pesar de ser bajita se había vuelto una fiera en cuanto le cayeron encima—. Esa gata salvaje no sabe lo que le espera.

—Sí, ya. Resistencia a la autoridad, atacar a los agentes de la ley, además de defraudar a Allison y a Hacienda... No olvidemos que atacó a Allison. Ya me podríais dar una placa, os he

hecho buena parte del trabajo —chuleó Matt.

—Algún día tendrás que contarme cómo es que eres asesor y no agente. —Hans no entendía esa relación de su amigo con el FBI.

—Muy fácil, porque hubo un tiempo en que traspasé la línea.

—¡No jodas! ¿Me estás tomando el pelo?

—De ningún modo. No puedo ser agente teniendo antecedentes.

—¿Y así purgas tus faltas? —Hans estaba muy extrañado.

—No, hace tiempo que saldé mi deuda con la justicia. Ahora me dedico a echarles una mano a los profesionales.

—Uf, sí, si no fuera por ti... —se burló Jeff.

—Tú di lo que quieras, pero os la he envuelto para regalo con un lazo muy grande.

—En eso tienes razón.

Hans vio llegar a los agentes que fueron a revisar la caja de seguridad y les hizo un movimiento de cabeza a sus amigos.

—Vamos a ver con qué nos sorprenden ahora —dijo Jeff. Se reunieron con sus compañeros y sacaron una bolsa de pruebas con más efectivo y otra con más joyas—. Esto me hace pensar que no intentaba huir del país, si hubiese sido así lo habría sacado todo.

El inspector que llevaba el caso decidió que ya era hora de interrogar a la detenida, pensaba que ya estaría suficientemente acobardada, no sabía él lo equivocado que estaba. Hellen pidió un abogado y se mostró muy poco colaboradora. El hombre que tenía una larga experiencia en su trabajo le explicó las pruebas que tenían y lo que le esperaba.

—Señora Villin, puede usted contratar al abogado más reputado de Nueva York, que cuando vea todo lo que ha hecho no podrá salvarla de una larga temporada en la cárcel.

—¡Eso ya lo veremos! —exclamó como si el inspector fuera un mosquito molesto.

—Desde luego, usted será la primera en padecerlo.

En cuanto llegó el abogado, y al enterarse de todos los cargos que iban a caerle a Hellen, este le aconsejó que colaborara con los agentes, a lo que ella se negó y lo despidió.

Hans, Jeff y Matt, que estaban observando desde detrás del espejo, no se podían creer el ego superinflado de aquella mujer. ¡Ya sabría lo que valía un peine!

Al día siguiente, Hellen Villin pasó a disposición judicial y el juez no puso ningún tipo de fianza, esperaría el día del juicio en la prisión. Al escucharlo, enloqueció y quiso atacar a los guardias que la custodiaban. Fue inmovilizada y encerrada en una celda a la espera de su traslado. Si pretendía que con aquel numerito la mandaran a un psiquiátrico, la actuación no engañó a nadie.

—¿Cómo es posible que Allison no se diera cuenta de que estaba trabajando con una chalada? —se preguntaba Jeff, sin dirigirse a nadie en particular.

—Una chiflada que se llenaba los bolsillos a su costa, no lo olvides —respondió Matt.

—Tengo la impresión de que es una loba con piel de cordero. No me extraña que la engañara

de esa forma —intervino Hans con el ceño fruncido—. Yo no estaré tranquilo hasta que sepa que está bien encerrada y que han tirado la llave.

—Ojalá fuera así de simple. Las gatas siempre caen de pie —dijo Jeff con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres decir? —Lo encaró Matt.

—No sé, tengo un mal presentimiento.

Hans, que hacía ya un tiempo que trabajaba con él, soltó un taco, había comprobado que las premoniciones de Jeff solían cumplirse.

Hellen estaba rabiosa, solo pensaba en que se vengaría de Allison. Si no hubiese sido por esa malcriada que destapó todo el pastel ella seguiría haciéndose rica. Por fortuna había sido más lista y siempre tuvo un plan b.

En la cárcel, entre las reclusas había sacado toda su mala leche y mantenía alejadas a las que no le convenían, solo permitía que se le acercaran las que de alguna forma podía mangonear. Provocó varias trifulcas, pero ella procuraba que no la pudieran involucrar. Era una experta en el arte de la manipulación y lo explotaba al máximo.

En cuanto pudo hacer una llamada telefónica puso en marcha sus planes.

—Soy yo. Seguro que sabes dónde estoy. Coge el dinero que haga falta para apretarle las clavijas a quien tú ya sabes. Sácame de aquí sea como sea. —Su tono de voz no admitía réplica, y el hombre que estaba al otro lado de la línea era muy consciente de lo que ella le haría si no cumplía sus órdenes. Esa arpía le cortaría las pelotas y se las haría tragar.

Capítulo 30

Allison llegó a Nueva York, y lo primero que hizo fue ir al piso de Gustavo. Le extrañó que él no estuviera, eran cerca de las once de la noche. Seguro que habría salido con sus amigos, pensó. Tenía el teléfono de Jordan; sin embargo, no le parecía bien llamarla, no sabía bien la amistad que los unía, se sentía una extraña con ese grupo al que veía muy bien avenido. Esperaría a encontrarlo en casa o que contestara a sus intentos de hablar con él por teléfono. Pensó en ir con Janelle, pero esta tampoco estaba, en esas fechas solía tener cenas de empresa con compañeros y clientes del bufete.

No le apetecía nada ir a su propio piso. Kelsey, la chica que le hacía las tareas de casa, había puesto orden al estropicio que causó Hellen después de que el perito del seguro evaluara los daños. Aun así, se le hacía una montaña ir.

Se arrebujó en el abrigo que llevaba y caminaba sin rumbo fijo por las aceras, viendo a grupos de personas que disfrutaban de la noche neoyorquina. Su ánimo no le permitía advertir lo bonitas que estaban las calles iluminadas por miles de luces. Su mente estaba atrapada por unos ojos verdosos que echaba mucho de menos, aquella mirada que la hacía vibrar, las caricias que la volvían loca. En esos instantes daría lo que fuera para estar con Gustavo.

Cansada vio el cartel del hotel Manhattan en Times Square y se registró allí. Llevaba la maleta con su ropa que había traído de Jacksonville, a la mañana siguiente ya se enfrentaría a su casa, esa noche no se encontraba con fuerzas.

Después de una noche en duermevela, pensó que le iría bien ir a correr, a despejarse. Se vistió con su ropa de deporte y se dirigió al Central Park. Iba pensando en Gustavo, en ir a verlo a su oficina, allí no podría ignorarla; y no vio a Alex y Sony que trotaban por el mismo camino. Iba a adelantar a las dos cuando oyó su nombre y se giró.

—Allison. —La mujer de Dany no se extrañó de encontrársela, no se había creído ni un momento lo de su embarazo—. ¡Qué sorpresa! Podemos hacer ejercicio juntas. —Y siguieron trotando.

Sony le había contado a Alex lo de Gustavo, y esta, como si no supiera nada, preguntó:

—¿Dónde te has dejado a Gustavo?

Allison tragó gordo, no quería hablar con ellas de lo que no entendía.

—No sé dónde está.

Alex la miró alzando las cejas, mostrando su sorpresa.

—Debe estar trabajando —dijo Sony para apartar la conversación de ese tema espinoso—. ¿Cómo te va lo de encontrar mánager?

—Ya tengo uno, me lo recomendó Jordan, y parece un tipo muy competente —anunció Allison.

—Entonces ¿ya estás trabajando? —indagó Sony.

—Me aconsejó que me tomara unas vacaciones, para dejar que las aguas vuelvan a su cauce.

Alex asintió con la cabeza, y como era tan celestina como su amiga, soltó:

—Puedes venirte con nosotras, pensamos ir al barrio Dyker Heights.

Ella frunció el ceño preguntándose qué estarían tramando.

—No sé dónde está eso.

—En Brooklyn —informó Alex—. Es un lugar que no te puedes perder en Navidad. Los vecinos adornan sus casas con muchas luces y con muñecos enormes. Pensábamos ir con las chicas, esta noche los hombres se reúnen para ver deporte.

Sony se mordió la mejilla por dentro para no reírse, Alex lo había bordado. Así era posible que Allison se soltara un poco, y se enterarían de lo ocurrido entre ella y Gustavo.

—Parece un buen plan —asintió Allison, lástima que no fueran también los hombres, así Gustavo no podría evitarla como lo estaba haciendo.

—¿Hay algo que te preocupe? —preguntó Sony al ver que cogía aire con fuerza.

Ella pareció pensarlo un segundo.

—Aún no he sido capaz de volver a mi casa —confesó.

—¡Oh! Cuando Dany me lo contó le habría arrancado la cabeza a esa zorra. —Sony vio el modo de estrechar vínculos con ella—. A mí no me importa acompañarte, ¿y a ti, Alex?

—Desde luego que voy con vosotras. ¿Para qué estamos las amigas?

A Allison pareció que un gran peso la abandonaba. Cogió aire con fuerza, iba a agradecersele y Alex le puso la mano sobre la boca.

—Si estás pensando en darme las gracias voy a darte una patada en el culo. Estoy segura de que si llamamos a la caballería —dijo refiriéndose a Kiki, Grace, Jordan, Anna y Nina—, ponemos tu piso en condiciones en menos de lo que canta un gallo. Las chicas estarán encantadas de ayudarte.

Sony sonrió al ver la expresión de Allison.

—Tiene razón, todas se van a apuntar.

—Perdonad, pero es que esa unión que hay entre vosotras es muy nueva para mí.

Alex y Sony intercambiaron una mirada llena de sobreentendidos.

—¿No tienes amigas?

—Más bien son antagonistas. Hellen siempre me hacía desconfiar de todo el mundo.

—¡Joder! —exclamó Alex—. No dudo que sea un mundo competitivo, pero sois personas que hacéis el mismo trabajo, no concibo que no haya buena gente haciendo lo mismo que tú.

—He conocido a buenas chicas; sin embargo, cuando me veía trabando amistad con alguien, me envenenaba, diciéndome que si me confiaba me pondrían la zancadilla en la pasarela.

—Piensa el ladrón que todos son de su condición. —Sony estaba indignada—. Si no recuerdo mal fue precisamente ella la que te la puso con malas intenciones.

—Suerte que donde está ahora no podrá seguir jodiendo a nadie. —Alex sabía por Matt que la bruja estaba en la cárcel.

Sony se dio cuenta del escalofrío que recorría a Allison y dijo:

—Dejemos de hablar de esa innombrable. Vamos al lío. Venga, nena, llévanos a tu casa, a ver qué podemos hacer.

En cuanto llegaron al piso, a la modelo se le encogió el estómago. Todo estaba limpio, pero ya no se sentía como en casa, aquello ya no era su hogar. Todo lo que había ido acumulando y que formaba parte de su vida había sido destruido, incluso la colcha de su abuela que ella utilizaba para cubrirse en el sofá ya no estaba. Se le humedecieron los ojos.

Sony y Alex se miraron al percatarse de ese detalle.

—Chicas, creo que tenemos que ir de compras —sugirió la mujer del asegurador—. O, si lo prefieres, podemos hacerlas por internet.

Allison recorría lo que había sido su refugio desde que vino de Jacksonville y supo que ya nunca lo consideraría como tal. Abría los cajones y todo estaba vacío, ella misma le había dicho a Kelsey que se deshiciera de todo en lo que esa maníaca hubiese puesto sus zarpas. En ese momento tuvo la certeza de que ya no disfrutaría de la tranquilidad pasada entre esas paredes.

—¿Creeríais que estoy loca si os digo que ya no la siento como mi casa?

—De ninguna manera —terció Alex—. Es normal, no sé cómo era antes, pero al saber que alguien ha estado aquí, que ha destruido cosas a las que debías estar apegada...

—Sé que es una tontería, me dan ganas de salir corriendo y no volver nunca.

Las chicas la miraron y entendieron lo que ella decía, si se ponían en sus zapatos era posible que sintieran lo mismo.

—¿Qué te lo impide? —preguntó Sony—. Se acerca fin de año, puedes hacer una vida nueva para el que se avecina: mánager nuevo y vivir en otro lugar donde empezar de cero, que nada te recuerde constantemente lo anterior.

Allison se la quedó mirando con sorpresa en sus ojos azules. Era verdad, para su salud mental sería lo mejor. No se paró a pensarlo demasiado, ahí tenía la solución al problema que le había quitado el sueño desde el día que llegó y se encontró su hogar patas arriba.

—Tienes razón, nada me lo impide.

—¿Estás segura? —Quiso saber Alex.

—Del todo. —A Allison parecía que un gran peso le había abandonado. Sí, se mudaría y con el tiempo volvería a tener todo lo que convertiría su nueva vivienda en un hogar.

—¿Quieres llevarte algo de lo que hay aquí?

—No, como tú has dicho: «Año nuevo, vida nueva».

—Pues venga, vámonos a buscarte un lugar para vivir. —Sony entrelazó su brazo con el de ella y salieron las tres para no volver nunca.

Ya en la calle, le preguntaron dónde se hospedaba, le ofrecieron quedarse en sus casas, pero rehusó. No quería estorbar; además, estaba acostumbrada a dormir en hoteles, no era nada nuevo para ella.

—Yo no sé vosotras, pero tengo un hambre canina —habló Alex frotándose la tripa donde crecía su bebé.

—No tengo hambre. —Allison sentía el estómago cerrado.

—Pues con este frío, yo pienso echarme un buen chocolate caliente entre pecho y espalda. —Sony trató de tentarla.

—Ya estoy babeando, ¿tú no, Allison? —Alex sonrió al pensar en ese rico desayuno.

—Te vendrá bien algo caliente. —Sony la arrimó más a ella—. Luego te sentirás mejor, me pondré en contacto con las chicas para ver si ellas saben de algún pisito para ti. Seguro que con los conocidos de Grace, Nina y Anna habrá alguno que nos pueda guiar.

—No dejes fuera a los tíos, ellos también se relacionan con mucha gente. —Le recordó Alex.

—Tienes razón, lo voy a poner en el grupo y a ver quién contesta antes.

A primera hora de la tarde, estaban viendo un apartamento en Columbus, no les gustó a ninguna, claro que Alex y Sony dejaban que fuera Allison la que tomara la decisión; sin embargo, daban su opinión. El agente que les enseñaba el piso no paraba de decirles que estaba muy cerca de Central Park, que eso era una ventaja, y que tenía a muchas personas interesadas en esa propiedad.

—Pues creo que voy a dejarlo para cualquiera de ellas —contestó Allison—. Yo quiero algo mucho más luminoso. A este apenas le toca el sol.

—Como usted quiera, señorita. Tengo otro en Chelsea, que es posible que se adapte a sus exigencias.

Internarse en aquella barriada de Nueva York fue como si el corazón de Allison se abriera, los edificios adosados le recordaban a Jacksonville, era como volver a casa. Se enamoró al instante de un dúplex donde daba el sol de la tarde. Sus grandes ventanales dejaban entrar la claridad y era un lugar diáfano, amplio y espacioso. Ya se imaginó viviendo allí, se quedó mirando por la ventana y le gustó lo que veía a través de ella. La sonrisa que adornó su cara lo decía todo.

—Creo que nuestra amiga ya tiene su nuevo nido —indicó Sony situándose a su lado. Alex se puso en el otro y le pasó un brazo por la cintura asintiendo con la cabeza.

Capítulo 31

Alex, Sony, Kiki y Jordan se reunieron en Santana's Club con las que trabajaban allí: Grace, Anna y Nina, y se tomaron unas delicias buenísimas que les preparó el chef.

—¿Tú no tendrías que cuidar lo que comes? —bromeó Kiki a Allison.

—Me gusta correr y nunca he tenido problema con eso. Cuando me pasó un poco, a la mañana siguiente me exijo más.

—Tendré que hacerlo yo también. —Kiki hizo una graciosa mueca al decirlo.

—Si a ti no te gusta correr —afirmó Alex.

—Nenas, se trata de hacer ejercicio, aunque yo prefiero el horizontal —intervino Nina un tanto resignada.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Sony.

—No hace falta que lo digas, ya sabemos que tú haces mucha gimnasia de esa forma. —Jordan sabía como todas, la manera que tenía de quemar calorías era *vox populi* en el grupo.

—No necesariamente. —Se rio Sony.

—Vale, no entres en detalles. —Anna tenía la copa de vino en la mano y parecía que estuviese dirigiendo una orquesta.

—Será cosa de los europeos —murmuró Grace por lo bajini.

—Vaya por Dios, ¿he oído bien? —Jordan miraba a Grace con una ancha sonrisa.

—¿Hans también tiene gustos raros? —preguntó Kiki con los ojos muy abiertos.

—Yo no lo llamaría así, solo se trata de estar abiertas a experiencias nuevas.

—Abierta, muy abierta... —Se rio Nina.

—Lo que pasa es que sois unas aburridas; el amor, aparte de sexo, es juego. ¡Siempre hay un juego entre un hombre y una mujer! —Se abanderó Sony—. No seáis tan antiguas como para pensar que los juguetes son cosa de solteronas.

—¿Hans también es aficionado a usar...? —Quiso saber Jordan.

—A ti te lo voy a contar. Eres capaz de escribir un artículo sobre eso. —Todas rieron a mandíbula batiente.

—Pues mira, no es mala idea. Cualquiera día de estos me paso por un *sex shop* y les hago una

entrevista. Que me cuenten cuál es el porcentaje de solteros, casados, hombres y mujeres.

—Yo me pasaría por más de uno, no vayas a entrar en el preferido de machos. Si quieres que sea un reportaje veraz, acude a varios.

Sony y Grace se miraron dedicándose sonrisas cómplices, y luego la primera dijo:

—Guapita, si te decides a probar y te gusta... ¿Qué pensará Marcelo?

—Estará encantado de la vida. —Grace le guiñó un ojo a Jordan—. Se me acaba de ocurrir una idea, ¿por qué no vamos todas?

—Yo me apunto —saltó Kiki—. Venga, chicas, puede ser divertido.

Sony no pudo ocultar la gracia que le hacía el entusiasmo de su amiga.

Estuvieron haciendo planes, tratando de poder ir todas juntas, y se les pasó el rato volando.

Allison, que nunca había disfrutado de unas amigas tan desinhibidas, con las que poder hablar de todo, se divertía muchísimo con las ocurrencias y los comentarios de sus compañeras de mesa. Esa complicidad era refrescante.

Eran cerca de las diez cuando se levantaron de la mesa y fueron a Dyker Heights. Allison y Sony eran las únicas que no habían estado allí, y se quedaron mirando las exageradas iluminaciones de las casas, con las figuras enormes y los colores que brillaban haciendo que se quedaran con la boca abierta.

—Esto lo había visto en las películas y pensaba que era cosa de cine —reconoció Sony.

—Yo sabía de su existencia, pero nunca estuve aquí. —La secundó Allison—. Siempre pensé que la gente exageraba, ahora veo que no.

—Es como si nos adentráramos en esas películas de Navidad —señaló Nina—. Me encanta, vengo cada año. Si por mí fuera lo dejaría así siempre. Me recuerda mi niñez.

—Solo haría falta que hicieran un concurso de galletas navideñas o casas de jengibre —añadió Anna.

—Tú ves mucha tele —se burló Kiki.

—Nenas, acabo de ver un carrito donde sirven chocolate caliente —anunció Jordan.

—Yo me apunto, tengo un frío del carajo —dijo Grace—. ¿Dónde?

Jordan hizo un gesto con la cabeza, hacia el otro lado de la calle. Mientras se dirigían allí, Anna reconoció que le encantaban esos films que ponían en esa época del año.

—Además de ser bonitos, tomo ideas para decorar mi casa. Me encantan estas fiestas, y cada año añado algo nuevo al árbol de Navidad. Alguna tontería hecha por mí. Algún día, cuando tenga hijos, lo haré con ellos.

—Parece que estés ansiosa por tenerlos —indicó Kiki.

—No sería ningún drama si me quedara embarazada.

—¿Qué piensa Rob de ello?

—Aún no lo hemos hablado seriamente, pero no creo que se me desmayara, después de todo le encanta la forma de fabricarlos. —Entonces soltó una carcajada a la que se unieron las demás.

—Todas vuestras conversaciones terminan en lo mismo —señaló Allison con una sonrisa.

—¡No me seas monja! —exclamó Nina.

—¿De qué te crees que estarán hablando ahora mismo los tíos? —soltó Jordan—. Ya es de noche, la sangre les huye de la cabeza.

Aquel comentario hizo que todas estallaran en carcajadas. Se lo estaban pasando bien y no se fijaron en el grupo de hombres que se les acercaban. De repente una voz profunda las sorprendió.

—¡Me gustaría saber qué es eso tan gracioso!

Capítulo 32

Gustavo vio a Allison mientras caminaban hacia las chicas y se detuvo en seco. Dany, que iba a su lado, se dio cuenta y siguió su mirada.

—Es mejor que me vaya —dijo Gustavo—. No quiero amargar la noche a nadie.

—No seas idiota.

La mirada verdosa podría haberlo chamuscado allí mismo.

—¿De qué parte estás?

—Me cago en la puta. No se trata de estar de parte de nadie, lo que tendrías que hacer es hablar con ella y aclarar las cosas, o es que te crees que soy estúpido y no me he dado cuenta de que le colgabas todas las llamadas que te ha hecho. Nunca he visto a una mujer que fuera tan insistente, desde luego Sony no lo habría sido.

—Lo vuestro es diferente.

—¿Ah sí? ¿Dime por qué?

—Porque ella nunca te ha traicionado. —Gustavo hablaba con los dientes apretados.

—Permíteme que tenga mis dudas. Si lo hubiese hecho, no estaría aquí, se habría quedado en Jacksonville. No te acribillaría a llamadas.

Desde luego, Dany podía tener algo de razón, pensó Gustavo. ¿Qué estaba haciendo Allison allí si esperaba un hijo de ese tipo? La miró y en ese momento ella se giró como si hubiese notado que tenía los ojos clavados en ella. La vio contener el aliento. Él cogió aire con fuerza y caminó hacia ella; sí, no tardaría nada en aclarar las cosas, se dijo. Se plantó delante de ella, clavando la mirada en esos preciosos estanques azules, sin darse cuenta de que todos estaban pendientes de él.

—Hola, Gustavo. —La voz de Allison tembló un poco.

—Hola, Allison. Te hacía en Jacksonville con... —El tono de él no podía ser más frío y a ella un estremecimiento le recorrió la espalda.

—Estuve con mi familia.

—¿Esa que va a aumentar en poco tiempo? —Ella pensó en su hermano y la felicidad de todos ante su inminente paternidad.

—Sí —contestó ella con una pequeña sonrisa. No sabía cómo él se habría enterado, aunque era posible que lo hubiese escuchado mientras estuvo allí, o igual se lo había dicho su madre, estaba tan contenta que lo explicaba a todo el mundo—. Están todos muy felices.

Los ojos de él brillaron de rabia, le acababa de confirmar tan fresca que estaba embarazada.

—Tengo que irme —dijo con la mandíbula tan tensa que le extrañaba que no se le quebraran los dientes.

Una tos detrás de él le hizo darse cuenta de que estaban siendo el centro de atención del grupo. No le importaba. A la mierda con todo, tenía que alejarse o empezaría a gritarle como un loco, le diría lo que llevaba días atravesado en su garganta y montaría un espectáculo. Se dio la vuelta para marcharse, dio un paso y notó la mano de ella en su brazo, no le hizo caso, dio un tirón y empezó a caminar a grandes zancadas.

Allison no estaba dispuesta a dejarlo marchar, no le cogía el teléfono, era en ese momento o nunca. Corrió detrás de él y se le plantó delante.

—¿Qué pasa? He estado llamándote y me cortas sin contestar. ¿Estuviste en Jacksonville?

—Si sabes que estuve allí, también puedes imaginarte por qué me fui. —Su voz era más fría que aquella noche invernal.

—Te busqué por todas partes hasta que en el aeropuerto me dijeron que habías volado a Nueva York.

—¿Y te extraña?

Allison no entendía nada.

—Claro que me extraña. —¿Qué le pasaba a ese hombre? Siempre había sido muy tierno con ella y ahora parecía que le iba a saltar al cuello en cualquier momento—. Me gustaría entender por qué te marchaste.

—¿Quién cojones te has creído que soy? Te has equivocado mucho conmigo, no soy como esos amiguitos tuyos que caen rendidos a tus pies una noche y mañana a por otra. Tú haces lo mismo, ¿verdad? Cada día uno distinto, y encima tienes otro que te espera en Jacksonville. —Ella no sabía de qué le estaba hablando, estaba azorada de que precisamente él pensara eso de ella. Vio que varias personas con niños los miraban con censura.

—¿De qué me estás hablando?

—No me tomes por ningún tonto —advirtió Gustavo clavándole el dedo en el hombro—. No te lo voy a consentir ni a ti ni a nadie.

Sony se les acercó con una taza de chocolate en cada mano.

—Chicos, creo que no es el lugar idóneo para mantener esta conversación —dijo en voz baja para alertarlos de los espectadores que no se perdían detalle.

—Cualquier lugar es bueno para poner a una golfa en su sitio.

Aquello ya era de locos, Allison no sabía por qué la estaba tratando de ese modo, y aquella palabra fue la gota que colmó el vaso. Levantó la mano y la estrelló contra la mejilla de Gustavo.

Él se frotó el pómulo y la atravesó con aquella mirada que en ese momento era verde brillante

del enojo que sentía.

—Mira, estúpido, me equivoqué contigo, lo reconozco. Pensé que eras diferente a los demás, me engañaste, me diste la impresión de ser un hombre en el sentido más amplio de la palabra. De uno que se vestía por los pies y tenía valores. ¿Qué querías de mí? ¿Divertirte durante unos días y luego darme una patada en el culo? Si lo fueras, me lo habrías dicho a la cara, me habrías dicho que fue bonito mientras duró. Pero no, te escondes detrás de llamadas sin responder. Qué fácil, ¿verdad? La tonta de turno ya se cansará de insistir. —Allison tenía en la garganta un nudo tan gordo como la Estatua de la Libertad; sin embargo, no estaba dispuesta a que Gustavo se largara sin cantarle cuatro frescas—. Pues déjame decirte algo, puedes quedarte tranquilo, que lo que sentía, eso que creía que era amor, lo has matado con tus palabras. Ahora, vete como el cobarde que eres, y no te preocupes que no volveré a molestarte. —Lo había dicho gritando y tenía un buen número de personas atentas a sus palabras, pero no le importaba.

Se dio la vuelta y se alejó de él con su larga zancada, sin percatarse de la persona que lo había presenciado todo y que la miraba con rabia.

Sus amigos, que los habían estado escuchando, miraron a Gustavo con censura, y vieron que este tenía los ojos clavados en alguien de los que se paseaban por allí con el ceño fruncido. Siguieron la dirección de su mirada y se quedaron helados, no podía ser, pensaron Matt, Hans y Jeff al reconocer a la mujer.

Allison no veía a nadie, tenía que alejarse de allí. No podía seguir cerca de ese hombre que había despertado en ella sentimientos desconocidos, que le hacía aletear el corazón cuando clavaba su mirada en ella con ternura y pasión. Que la hizo sentir amada por primera vez en su vida. ¡Qué gran actor había resultado ser! ¡La engañó! Y ella, como una boba, había caído con las cuatro patas en las redes que él se había cuidado de tejer para atraerla a sus brazos. Se sentía furiosa consigo misma, y era ajena a lo que ocurría a su alrededor.

Gustavo vio que aquella mujer iba hacia Allison y se precipitó a interceptarla, llegó junto a ella en el mismo momento. Jeff y Hans también se habían puesto en movimiento.

—¿Qué estás haciendo aquí, Hellen? —vociferó Gustavo.

—Saldar una deuda —gritó la aludida al tiempo que se lanzaba contra Allison, sacaba un cuchillo y trataba de atacarla en la cara.

Gustavo se abalanzó sobre ella; sin embargo, no fue lo suficientemente rápido. Allison, que se había girado al escuchar aquel revuelo a su espalda, recibió una puñalada en el hombro; y en la trifulca, él resultó herido en el antebrazo. Jeff y Hans inmovilizaron a Hellen en el suelo, arrancándole de su mano engarfiada el arma.

—¿Esta zorra no estaba en la cárcel? —preguntó Dany a gritos.

—Yo creía que sí, me gustará saber cómo ha logrado salir —respondió Jeff.

Hans llamó a emergencias al ver la sangre que cubría a los heridos, y a sus compañeros del FBI para que custodiaran a esa delincuente. Allison había caído al suelo con la fuerza del ataque inesperado; y Gustavo, sin prestar atención a su herida, se inclinó sobre ella. Las chicas habían

llegado hasta ellos y los rodearon queriendo ayudar.

—¡Dejadla respirar, joder! —gritó Gustavo al ver a los mirones que se acercaban y la palidez que cubría la cara de Allison—. Quieta, cariño, pronto llegarán los sanitarios.

—Tú también estás herido —señaló Dany.

—No es nada —dijo él cogiendo una toalla que no supo quién se la tendió y apretando en la herida de Allison.

Jordan, que vio a la mujer que había salido de su adornada casa con varios paños, se lo agradeció y cogió otro que puso en la herida de Gustavo.

En pocos minutos se oyeron sirenas y aparecieron agentes que despejaron la zona, y dos ambulancias. Los atendieron a cada uno en una y se los llevaron al Brooklyn Hospital Center. Durante el trayecto, Gustavo estaba que no le tocaba la piel al cuerpo, no paraba de decirle al sanitario que se asegurara de que a Allison no le dieran cualquier medicamento, que estaba embarazada. Este trató de tranquilizarlo diciéndole que se pondrían en contacto con sus compañeros y se lo dirían.

Ya en el centro sanitario, a Gustavo le dieron unos puntos en la herida, y al salir se encontró con todos sus amigos en la sala de espera.

—¿Cómo estás? —preguntó Dany al verlo.

—¿Qué se sabe de Allison? —Quiso saber sin responder.

—La están atendiendo, ya nos dirán algo —informó Grace, que no hacía mucho que había preguntado a la enfermera de admisiones.

Gustavo se encaró a Hans.

—¿Se puede saber qué hacía esa zorra allí? Me dijisteis que estaba en la cárcel sin fianza.

—Y lo estaba, tengo a mis compañeros averiguando cómo ha salido. Jeff está en la central para saber qué ha pasado ahí —señaló Hans.

—¡Joder, joder, joder! —exclamó Gustavo, paseándose por la sala.

—Llegaremos al fondo de este asunto —prometió Dany.

—¡Me cago en la puta! Esto no debería de haber ocurrido.

—Lo sé, lo sé. —Trató de tranquilizarlo Dany.

—Cojones, que está embarazada —vociferó.

—¿Estás seguro de eso? —indagó Alex, pensó que habían pasado el día juntas y ella no dijo nada de eso.

—Ella misma me lo ha confirmado esta noche.

Unos se miraron a otros, con cara de sorpresa.

Dentro de urgencias, en uno de los box, Allison alucinaba en colorines cuando el doctor que la atendía le dijo que le harían una ecografía para asegurarse de que el bebé estuviera bien.

—Oiga, no estoy embarazada.

—Pues tu compañero de fatigas no paraba de decir que lo estás.

Allison frunció el ceño y ató cabos en un segundo. ¡Ese hombre era tonto de remate! Sin embargo, se había preocupado por ella y ese niño que no existía. En ese momento entendió muchas cosas, como por ejemplo que él le había dado la espalda, no la había encarado, no le había pedido explicaciones. Se había limitado a encerrarse en sí mismo y esconder la cabeza bajo tierra como un avestruz. ¿Sería así siempre?

Ella habría preferido que le gritara, que sacara su genio, su carácter, eso le hubiese demostrado que le importaba. Sin embargo, no lo había hecho y eso solo le demostraba que no significaba nada para él. Le entraron unas enormes ganas de llorar, por estúpida, por haberse hecho ilusiones, por haber salido corriendo detrás de él. No se lo merecía.

Por suerte la puñalada no había afectado ningún tendón. El médico le dio unos puntos de sutura, y mientras lo hacía le informaba que tenía a todos sus amigos esperándola fuera. Estuvo tentada de decirle que la ingresara, solo para que el zoquete de Gustavo se inquietara, pero no sería tan cruel.

En cuanto terminaron de coserla y le pusieron el brazo en cabestrillo, ella agradeció sus atenciones y salió por su propio pie hacia la sala de espera. Ni bien la puerta automática se abrió y la vieron, todas las chicas se le acercaron.

—¿Cómo estás? —preguntó Kiki.

—Muy bien, me han dado un chute que me ha dejado alucinando.

—Eres una inconsciente, ¿has pensado en el bebé? —Gustavo la miraba con el ceño fruncido.

—Gustavo, por Dios. Déjala respirar, que acaba de pasar por una experiencia traumática. —Anna y Rob lo censuraron con los ojos.

—Nena, tienes muy mal aspecto —señaló Sony—. No puedes dormir en ese sitio.

—Claro que puedo, el médico me ha dado unas pirulas geniales. —Se refirió a unas tabletas calmantes que le habían dado para el dolor.

—Puedes venir a mi casa, total Jeff no creo que venga en toda la noche —remarcó Nina—. Estará muy ocupado con esa bruja.

—No, tranquilas, estaré bien. —Ella se sentía magullada y lo único que quería era acostarse—. Os lo agradezco, chicas, pero...

Gustavo estaba molesto, ella lo había ignorado todo el tiempo.

—No hay pero que valga, te irás a casa de Nina, ella también estará sola y cuidará de ti —intervino Jordan pasándole un brazo por la cintura y empujándola—. Nosotros os llevamos. —Terminó mirando a Marcelo y haciéndole un gesto con la cabeza para que las siguiera.

Allison se sentía abrumada por esas muestras de cariño e interés.

—Chicos, os aseguro que estaré bien —se resistió.

—Ya lo creo que lo estarás —afirmó Jordan sin soltarla.

Dany y Matt observaban a Gustavo, este parecía una pantera a punto de saltar. Su mirada

furiosa no se apartaba de Allison.

—Chicas, nos vemos mañana —dijo Jordan por encima del hombro al abrirse las puertas automáticas que daban al exterior—. Os llamaré.

Gustavo se quedó allí como una estatua, con los músculos tan tensos que sentía que podía romperse de un momento a otro. No podía creerse que ningún médico recetara calmantes a una mujer embarazada. Como si le hubiese dado un calambre, de repente se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta de urgencias, iba a coger al tipo que había obtenido su título en una tómbola y le hincharía la cara antes de denunciarlo al tribunal.

Dany y Matt lo siguieron, por su expresión estaban seguros de que iba a meterse en algún lío. Debían evitarlo. Quiso la poca fortuna que se toparan con el que había atendido a Allison en el mostrador y este les preguntara si tenían algún problema.

—Quiero ver a quien haya atendido a Allison Moone.

—He sido yo, ¿algún problema?

No había terminado de hablar cuando Gustavo le soltó un gancho de derecha en la barbilla que lo lanzó al suelo. Los de seguridad, que vigilaban por allí, corrieron a ver qué pasaba, Dany y Matt ya estaban conteniendo a su amigo.

—¿Es que te has vuelto loco? —murmuró Dany zarandeando a Gustavo.

—¡Este incompetente hijo de puta ha dado medicación a Allison en su estado! —exclamó tratando de librarse del amarre de ambos.

El médico se había levantado y se frotaba la zona lastimada.

—Estas muy mal informado, amigo —aseguró tan fresco, no era la primera vez que se las veía con parientes furiosos—. Allison no está embarazada.

La mandíbula de Gustavo se desencajó. ¿Qué representaba aquello?

Capítulo 33

Gustavo pasó una noche de mil pares de cojones, no pudo conciliar el sueño. Se preguntaba una y otra vez por qué ella no le había negado que estuviera embarazada. ¿Es que quería librarse de él con aquella excusa? Si ese era el caso lo había logrado, él había salido cagando leches. Lo que no entendía eran los motivos de sus llamadas. Una cosa no casaba con la otra.

Al amanecer, se levantó cansado de dar vueltas en la cama. Analizando lo que se habían dicho el día anterior, o lo que se habían gritado, llegó a la conclusión de que debía mantener una charla con ella y aclarar todo ese embrollo.

En algún momento de la noche se había dado cuenta de que todo ese acaloramiento por parte de los dos se debía a esos sentimientos que no los abandonaban; la amaba, y sospechaba por su respuesta que ella también. Se había equivocado, lo reconocía, aunque ¿quién sería ese tipo con el que la había visto en Jacksonville? Si quería saber la respuesta, tendrían que hablar sin acaloramientos.

Con la decisión de verla tan pronto como le fuera posible, se fue a la ducha y estuvo largo rato bajo los chorros del agua.

A las nueve en punto estaba llamando al timbre de la casa de Jeff y Nina, y ella le abrió la puerta. Lo hizo pasar al salón diciéndole que Allison estaba descansando.

—Esperaré, si no te importa.

—Claro que no, iba a prepararme un café, ¿te apetece?

—Sí, gracias.

Los dos fueron hacia la cocina, y así los encontró Allison, sentados en unos taburetes charlando. Se quedó parada en la puerta sin moverse. ¿Qué querría ahora Gustavo? ¿Seguir con sus reproches del día anterior?

—Si has venido para seguir peleando, ya puedes irte. No me interesa lo que tengas que decir.

Nina y Gustavo se giraron al mismo tiempo. Él, apreciando aquellas largas piernas que apenas estaban cubiertas por una camiseta enorme que debía ser de Jeff. A pesar de estar recién levantada, con el brazo en cabestrillo y la melena desgreñada, la veía preciosa. Le picaron las manos por sus ansias de pasarlas por aquellos cabellos sedosos.

La dueña de la casa se levantó en silencio y salió a la terraza, se temía que esos dos tenían que arreglar sus diferencias y no quería quedarse allí mirando.

—No quiero pelear, solo quiero hablar contigo —anunció él con tono mesurado.

—Pues di lo que quieras y vete. Creo que ayer no te dejaste nada en el tintero —comentó Allison con todo lo que él había dicho grabado a fuego en su cabeza.

Gustavo cogió aire con fuerza.

—No quiero discutir contigo —repitió.

—Yo tampoco —dijo ella sirviéndose café y dándole la espalda—. Sé que hubo un malentendido y sacaste tus propias conclusiones. —Hizo una pausa, se dio la vuelta y se apoyó en la encimera—. ¿Por qué? No lo sé; y si te soy sincera, ya no me importa. Me has demostrado que no confías en mí, entonces no te quiero en mi vida. Me sabe mal, porque por primera vez, tus amigos me han hecho sentir a gusto, no me han juzgado en ningún momento. Son auténticos. Todos formáis una familia. La mía la tengo lejos, la veo muy de tanto en tanto y la añoro, y me encantó el buen rollo que hay entre vosotros. Lamentablemente tendré que alejarme. No me veo capaz de estar cerca de...

Allison se calló, estaba hablando demasiado, había estado a punto de decirle que no podía estar cerca de él, que no soportaría ser solo una amiga. Lo quería todo y no podía tenerlo.

—¿Qué ibas a decir? —susurró él.

—Nada.

Gustavo la miraba con los ojos entrecerrados, ella le había hablado sin enojo y con el corazón, y mucho se temía que lo que se había callado podía representar mucho más que lo dicho. Tenía que lanzarse a la piscina y esperar que hubiese algo que parara el golpe, no terminar estrellándose en el fondo. En ese momento le tocaba a él hablar.

—Estoy completamente confundido contigo, no sé qué me pasa. Bueno, sí lo sé, no quiero mentirte. —Él parecía escoger las palabras que salían de su boca y ese detalle la estaba molestando.

—No voy a romperme, puedes soltar todo lo que te venga a la cabeza, tengo asumido que entre nosotros no hay futuro. Por eso mismo, me voy a apartar y dejar que sigas con tu vida tal como te plazca. No debes preocuparte por mí, saldré adelante.

El comentario hizo que Gustavo leyera entre líneas, ese «entre nosotros no hay futuro» se le clavó en el corazón, y que ella dijera que iba a salir de su vida le hizo sentir un gran vacío en el estómago.

—¿Y qué pasa si yo no quiero nada eso? —Gustavo la observaba con intensidad.

—No entiendo. Dejaste muy claro que querías perderme de vista. Voy a complacerte, no hace falta que lo repitas. Ahorrémonos una charla embarazosa y terminemos de una vez. Tú sigue tu camino, yo haré lo mismo. —Allison dejó la taza con el café que ya se había enfriado e iba a salir de la cocina, le dolía estar cerca de él.

Gustavo se levantó de repente, como si hubiesen salido chinchetas en el taburete donde estaba

sentado.

—¡No! —exclamó él posicionándose frente a ella para que no pudiera escapar.

—Ya no somos dos niños, dejemos de jugar al gato y al ratón. Déjame pasar.

—No —volvió a decir—. Ahora me toca a mí hablar y quisiera que me escucharas. Siéntate, te voy a poner otro café y este te lo vas a tomar. —Ella accedió deseando que él terminara pronto para poder volver a la habitación a vestirse e irse de allí. Le dolía en el alma imaginarse lo que él quería decirle. No hacía falta tanto paripé para decir adiós—. Cuando llegué a Nueva York, venía muy tocado; no, esa no es la palabra, hundido, esa es. Estaba hundido. En París tuve una relación con una mujer, ella se quedó embarazada, y estábamos felices con nuestra futura familia. —Ella veía que le costaba contarle ese episodio de su vida, iba a decirle que no hacía falta que reviviera ese pasado, pero se calló al darse cuenta de que él quería librarse de aquella historia—. Un día recibí una llamada de la policía donde me decían que Sheila había sufrido un accidente, como un loco fui al hospital y allí me anunciaron que había muerto, y el bebé también. Un conductor borracho se los había llevado por delante.

Gustavo calló y ella deseaba ir a su lado y reconfortarlo, pero la tensión que veía en su cuerpo la detuvo.

—No tienes por qué revivir esa desgracia.

—Sí, sí que debo —reconoció él—. Porque me estuve revolcando por el lodo durante meses, hasta que vino Dany y me dijo que debía volver a empezar. Que no podía seguir en ese pozo infernal de donde no quería salir. Que debía dejar de autocompadecerme y seguir adelante. Él me empujó a ponerme las pilas, y no me arrepiento. Venir a Nueva York fue la mejor decisión.

—Me alegro mucho. —A pesar de lo dicho, lo hizo con la boca pequeña.

Gustavo la miró a los ojos y la chamuscó por la intensidad con que lo hacía.

—Eso ha sonado falso —dijo él con suavidad.

Las lagunas azules de la cara femenina se oscurecieron.

—No suelo mentir, es demasiado complicado. Se coge más pronto a un mentiroso que a un cojo.

Él entrecerró los ojos.

—¿Por qué me hiciste creer que estabas embarazada?

A Allison se le dibujó una pequeña sonrisa, se sentía feliz por su hermano Anthony.

—¿De dónde sacaste eso? Yo nunca te lo dije.

—Pero ayer no me desmentiste.

—Sigue, ¿qué fue lo que te hizo creer que lo estaba? —Allison quería hacerle ver que se había equivocado, que había sacado conclusiones erróneas.

—Tus palabras.

—Si no recuerdo mal, tú comentaste algo de que íbamos a aumentar la familia, no te mentí, voy a ser tía.

Gustavo se quedó con la boca abierta, su mente se trasladó a Jacksonville.

—¿Quién era ese hombre al que besaste en la boca?

—¿En la boca?

—No te hagas la tonta, Allison. Os vi en el restaurante de tus padres. Te llevaba a caballito y al bajarte lo besaste.

Ella levantó sus bien depiladas cejas al recordar.

—Es Anthony, mi hermano. Lo reté a que me llevara para que hiciera lo mismo con el hijo que va a tener.

Gustavo se cubrió los ojos con la mano. Había presenciado un piquito de hermanos y se hizo su propia película. Joder, había metido la pata hasta el fondo y más allá.

—Lo siento, Allison, soy un idiota, ese beso me ofuscó y creí lo que no era. Me comporté como un capullo.

—Ahora ya no importa.

Los ojos de Gustavo la atravesaron.

—Ya lo creo que importa. Te juzgué mal, pensé lo peor de ti y no lo merecías. Te dije cosas espantosas —siguió al recordar la noche anterior—. Quería herirte por lo que me habías hecho, y ahora sé que todo fueron imaginaciones mías.

En el fondo de su alma, Allison sentía pena por Gustavo, había pasado por una experiencia terrible, de la que sospechaba que aún no se había recuperado. Sin embargo, no se atrevía a acercársele, su corazón clamaba por él, pero si él la rechazaba sería ella la que se hundiría. ¿Qué diablos estaba pensando? Ya sentía ese vacío en su interior solo de imaginar que se alejaba de su lado, y eso que había pasado buena parte de la noche tratando de convencerse de que estaría mejor sin él.

—A veces las cosas que nos ocurren son una especie de señal —habló tratando de que él se sintiera mejor—. Dilo «karma», «destino», o como quieras. Nuestros astros no están bien alineados.

—Eso son tonterías, cuando te conocí a ti me di cuenta de que lo que tuve con Sheila no era lo mismo que tú despiertas en mí. No tiene ni punto de comparación. Lo que siento aquí —dijo poniéndose la mano encima del corazón— es real, potente, fuerte. Nunca nadie me ha hecho vibrar como lo haces tú.

Allison contuvo el aliento al escuchar aquellas palabras.

—Intuyo un «pero».

—No lo hay, me he comportado como un idiota; y aunque sé que no es ninguna excusa, lo he hecho porque me sentía herido. Ninguna mujer ha tenido ese poder, solo tú. Eso me ha abierto los ojos a la realidad.

—Entiendo, no te gusta sentirte así. —A Allison se le estaba partiendo el corazón—. Ya te he dicho antes que no tienes que preocuparte por mí. Nuestros caminos tienen que separarse, de esa forma tú volverás a tomar las riendas de tu vida. —El nudo que sentía en sus entrañas la estaba ahogando; sin embargo, si debía liberarlo para que fuera feliz, eso haría. Lo amaba demasiado

como para retenerlo a su lado. Iba a pasar por su lado para que él no viera cómo la habían afectado sus propias palabras, cuando notó las manos de él en su cintura, que la retenían—. Por favor, no hagas esto más difícil —dijo sin mirarlo.

Gustavo se dio cuenta de que ella lo había entendido todo mal, él trataba de decirle que la amaba, y ella lo había tergiversado de tal forma que pretendía alejarse de él. Puso un puño bajo la barbilla de Allison y la empujó para verla a los ojos, los tenía húmedos y decidió acabar con toda la tontería y demostrarle que la amaba. Bajó la cabeza y le dio un suave beso en los labios.

—Lo has comprendido todo al revés —susurró antes de capturarle la boca con hambre y pasión. Le puso una mano en la nuca para afirmarla y giró un poco la cabeza para profundizar más en aquella boca que era la entrada del paraíso.

Cuando se separó de aquellos labios, ella apoyó la cabeza en su barbilla.

—Ha sido un beso de despedida —murmuró Allison como si pretendiera convencerse.

—¡Joder! —exclamó él, la cogió por las mejillas, a ella unas perezosas lágrimas se le escapaban—. No, esto no es un «adiós». —Sus labios se juntaron con los de ella de forma que no pudiera decir nada—. Esto es un «te amo», y no pienso dejarte escapar. Por primera vez en mi vida siento que todo encaja en mi universo, y eso te lo debo a ti. Te has metido tan dentro de mi corazón que si me dices que no me amas, muero. Que si no estamos juntos no tengo razón para seguir adelante. Que te necesito como el aire que respiro. Quiero hacerte la mujer más feliz del mundo. —Gustavo vio que los ojos de ella se abrían desmesuradamente—. Deseo ser lo último que veas cada noche y lo primero de la mañana, velar tus sueños, que sean bonitos y te llenen de dicha. Sé que soy un zoquete y que es posible que discutamos, pero encontraremos la forma de hacer las paces, y creceremos como pareja. —Las miradas de ambos estaban prendidas cuando él calló—. Cariño, que no digas nada me está empezando a preocupar.

Allison se había quedado sin palabras al escuchar aquella bonita declaración, esos propósitos maravillosos.

—Empezaste a gustarme en el momento que me tropecé contigo mientras rodaba aquel anuncio. Estuve buscándote cuando terminé de trabajar, nadie supo darme información de ese hombre que se había colado por accidente en el *spot*.

—¿Y ahora?

Ella se aupó y lo besó en los labios.

—¿Te sirve esto?

—No.

—¿Quieres que diga las palabras? —Ella lo miraba con el corazón en los ojos, y él asintió con un cabeceo—. Te amo, me fui a Jacksonville porque necesitaba aclararme las ideas, nunca había sentido lo que tú me provocabas y estaba aterrada. Cuando me dijeron que habías estado allí no cabía en mí de gozo, supe que me amabas; no obstante, que desaparecieras me dejó descolocada y me confundiste.

—Dejemos de hablar del pasado. —Gustavo lucía una gran sonrisa—. Ahora lo hemos

aclarado todo, ¿verdad?

—Sí.

—Pues ve a vestirme, nos iremos a tomar un chocolate caliente y luego a...

Ella imaginó lo que iba a decir y se rio.

—Me gusta la idea. —Antes de ir a la habitación, se giró, le guiñó un ojo y añadió con picardía—: Quizá necesite ayuda para vestirme. —Gustavo dio dos pasos hacia ella, Allison levantó la mano—. Para, para, no quiero incomodar a Nina, no estaría bien que abusara de su hospitalidad.

—Eres mala, te gusta ponerme la miel en los labios, ¿eh? Venga, date prisa o no me importará aprovecharme.

Ella desapareció soltando una carcajada. Mientras se apresuraba tanto como se lo permitía su hombro herido, pensó que a pesar de la mala noche pasada, había valido la pena despertar.

Capítulo 34

Allison se estaba despidiendo de Nina, cuando la puerta se abrió y apareció Jeff. Llevaba el abrigo como si hubiese dormido con él puesto, la corbata floja y cara de cansancio.

—Cariño, tienes muy mal aspecto —señaló Nina, acercándose a besarlo.

—El portero me ha dicho lo mismo.

—¿Ha valido la pena? —Quiso saber Gustavo arrimando a Allison a su costado—. ¿Habéis llegado al fondo del asunto?

—Sí.

Nina los guio a todos hacia el salón.

—Ni se te ocurra contárselo mientras preparo café, a mí también me interesa. —La dueña de la casa llevó una bandeja con tazas y un plato con dulces. Se sentó al lado de Jeff y sirvió el brebaje oscuro para todos—. Venga, habla.

Gustavo miró a Allison divertido al ver cómo Nina manejaba a Jeff, quien veía a la pareja que se había sentado en el sofá de enfrente, y se observaban como dos bobos.

—Veo que habéis arreglado vuestras diferencias.

La pareja se miró con complicidad, lo que no pasó desapercibido a los dueños de la casa.

—Sí —dijo él, cogiendo la mano de Allison y besándola mientras miraba sus ojos—. Lo nuestro está claro, cristalino.

—Me alegro. A propósito, ¿cómo están vuestras heridas?

—Creo que a punto para hacer recuperación —soltó Nina con un guiño a su novio, el cual entendió a la perfección a lo que se refería y largó una carcajada. Se tomó el café mirándolos risueño.

—Bueno, mi mujercita ya me permite hablar, ¿verdad, cariño? —Jeff rompió a reír al ver la expresión de Nina.

—Ya estás tardando.

—Hellen Villin es una zorra de cuidado. Tenía un cómplice...

—¡¿Qué dices?! —exclamó Gustavo, interrumpiéndolo.

—Lo que oyes, Dios los cría y ellos se juntan. Por lo visto, se cubrían las espaldas el uno al

otro en alguna ocasión, ella le proporcionaba coartada si se metía en algún lío, y él tenía acceso a la parte del dinero que no encontrábamos.

Los ojos de Allison se abrieron desorbitados.

—¡La puta que la parió! —vociferó Gustavo, apretando la mano de Allison.

—Aunque ahí no termina todo.

—Me lo imagino, ¿cómo logró salir de la cárcel si el juez no impuso fianza? —Gustavo quería agarrar a aquella pelleja del pescuezo y retorcérselo.

—Eso es lo más increíble. Él se dedica a recoger información sobre ciertos ricos a los que poder extorsionar. —Nina, Allison y Gustavo estaban anonadados—. Por raro que parezca, debe ser un buen negocio, conduce un último modelo y tiene un pisazo.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Habéis cogido a otro delincuente, ¿y?

—Déjame terminar —lo interrumpió Jeff—. Pues que no le fue difícil mandar unas fotos a cierto juez para que soltara a Villin.

—¿Sabéis quién es? —A Gustavo no le tocaba la piel al cuerpo.

—Por supuesto, ahora mismo debe estar dando muchas explicaciones. En pocas horas estará de patitas en la calle, literalmente. A sus superiores no les gustan los jueces corruptos y a su señora tampoco. Por lo que sé, fue su familia la que lo ayudó a llegar a ocupar su puesto.

En el salón podría haberse escuchado el vuelo de una mosca; a los pocos minutos, fue Allison la que cortó el silencio.

—¿Eso quiere decir que todo ha terminado? —Apenas se le oía la voz.

—Sí. Se la mantendrá aislada, no vaya a ser que tenga más amiguitos de esos indeseables.

Allison soltó un suspiro.

—Gracias, Jeff.

—No tienes que dármelas, es mi trabajo, además eres amiga. Si lo hago por desconocidos, más lo haré por ti.

Nina se colgó del cuello del policía y lo besó en la mejilla.

—¿Os dais cuenta? Es imposible no quererlo.

—Cariño, si tanto me quieres... necesito ahora mismo un buen sueñecito.

—Yo te acompañaré, amor. —La voz melosa de Nina los invitaba a marcharse.

—Nosotros nos vamos. —Gustavo tiró de Allison hasta que estuvo en pie a su lado—. No hace falta que nos acompañéis, encontraremos la salida —anunció con una media sonrisa.

Gustavo y Allison se pasaron el día demostrándose la verdad de todo lo que se habían dicho aquella mañana. El amor floreciente los envolvió desde que dejaron a Jeff y Nina. Él la llevó a su casa y le hizo el amor con tal devoción que no cupo duda de los sentimientos que albergaba su corazón. Unos que eran compartidos por esa bella mujer que le entregaba su alma en cada roce, en cada caricia.

Luego pasearon por la Grand Central Terminal, la estación más bonita de Nueva York, caminaron en medio del mercadillo de artesanos y admiraron el vestíbulo decorado con enormes

coronas navideñas. Se regalaron miradas llenas de amor y suaves besos que los hacían vibrar, mientras se hacían promesas cargadas de maravillosos propósitos. Los «te amo» formaron parte de ellos, habían empezado a expresar sus sentimientos en voz alta y parecía que disfrutaban paladeándolos.

—Estas navidades no las olvidaré en la vida —dijo ella acurrucándose bajo el brazo que él pasaba por encima de su hombro.

—Yo tampoco, nunca me han herido con un cuchillo hasta ahora. —Sabía que ella se refería a su recién estrenada relación y se hizo el tonto—. Es lo más barriobajero que me he tirado a la cara.

Allison se paró de repente y él se la quedó mirando con una media sonrisa.

—No se trata de eso, bobo.

—Lo sé, yo también te amo, mi vida.

Epílogo

31 de diciembre

Times Square estaba lleno a rebosar. Las chicas no paraban de saltar entusiasmadas y cantar, y los que tenían alrededor se unían a su festejo, a la juerga que armaban mientras esperaban que llegara la media noche.

El día anterior habían arribado Miguel y Carolina, Diego y Nerea, y Federico y Maxine, todos ellos habían pasado las navidades con sus familias y querían disfrutar del fin de año en esa emblemática plaza con sus amigos.

—Chicas, ¿ya habéis mandado vuestros deseos a la web? —preguntó Nina.

—Desde luego —contestaron Carolina y Anna a la vez, todas las demás asintieron con la cabeza.

—Yo mandé hasta los de Jojo. —Kiki estaba entusiasmada.

—¿Los? ¿Mandaste más de uno? —Maxine se reía.

—Por supuesto.

—Yo con uno tengo bastante.

—¿Y se puede saber cuál es? —Quería saber Sony.

Maxine se acercó a las chicas para que solo ellas la escucharan.

—Que sea niña —dijo tocándose la tripa donde crecía su bebé.

—Claro, para que a su papá se le caiga la baba —afirmó Grace.

—No, él quiere un niño. —Maxine se aguantaba la risa—. Pero no se lo voy a dar hasta tener al menos dos hijas. —Miró a Alex, que también estaba embarazada, y tiró de ella hacia su lado—. Nosotras hemos empezado, ahora os toca a vosotras. —Ninguna entendía de qué estaba hablando—. Nuestras hijas van a necesitar amigas, tal como lo hemos sido nosotras. Quiero para ellas toda la felicidad que me brindáis, la confianza y esa certeza de que cuando necesiten algo las demás estarán ahí. Tal como hemos hecho nosotras. Deseo que tengan una familia como la que representáis para mí. Os quiero, chicas.

Ante aquellas palabras, todas se abrazaron formando una gran piña, que era lo que eran en realidad.

Fueron interrumpidas por Federico y Gustavo, que habían ido en busca de unas pizzas.

—¿Quién tiene hambre? —vociferó Gustavo para hacerse oír por encima de todo aquel pandemonio.

Las porciones desaparecieron en un santiamén.

—Puaj, las mías son... —Miguel puso cara de resignación al probarla.

—Ya lo sabemos, de otra galaxia —corearon Diego, Matt, Dany y Federico.

Todos se carcajearon.

—La verdad es que estas no son nada del otro mundo —se quejó Hans.

—Las del club son mucho mejores —admitió Rob.

—Las de Santana's son de diseño —se burló Federico.

—Claro que sí, tú barriendo para casa —bromeó Jeff.

—Ya sabes que este no ha barrido en su puñetera vida, ¿verdad? —Diego se doblaba de la risa. Parecía que todos se hubiesen puesto de acuerdo para cachondearse el uno del otro—. Como mucho le va a decir al que tenga más cerca: «Me molesta esta pelusilla en el suelo, que la quiten».

Maxine se acercó a su marido, puso las manos por dentro de su abrigo y este contuvo el aliento.

—Yo sí lo he visto con una escoba en las manos —afirmó ella con picardía.

—Nena, estás helada. —Se quejó él.

—Calientanos, amor, o mejor demuéstrales a ellos que no todo lo ordenas. Que también haces cosas por ti mismo. —Maxine le guiñó un ojo, y él se inclinó y la besó profundamente.

—Esa sí que es una buena forma de entrar en calor —señaló Hans.

Grace, Anna y Nina silbaron.

—Tenéis que enseñarme a hacer eso —habló Kiki—. Siempre he querido hacerlo, pero no me sale.

Jordan y Carolina se dispusieron a enseñarle, se ponían dos dedos en la boca y lanzaban silbidos fuertes y agudos. Después de varios intentos, a Kiki pareció salirle uno y saltó contenta.

—Como le coja la práctica, ya la veo llamándome a toque de silbato. —Jojo puso cara de circunstancias.

—Ya me gustaría a mí —replicó Kiki—. Que cuando te pones a trabajar no escuchas nada.

—Guapi, ¿cuánto hace que vivís juntos? ¿Aún no has aprendido a hacerlo babear como un cachorro? —Metió baza Jordan—. Ponte un picardías, varios toques de perfume... Supongo que el olfato lo tiene bien, ¿no?

Alex se rio de lo lindo y afirmó:

—Siempre funciona.

Matt clavó los ojos en ella y le regaló un beso en el cuello, susurrándole:

—No desveles nuestros secretos, amor.

—¡Atentos! —gritó Allison—. Solo faltan cinco minutos.

El tiempo corría y Rob se situó al lado de Anna, el cambio de posición hizo que se levantara alguna ceja.

—Tíos, ¿no sabéis la tradición? —les preguntó—. Al entrar en el nuevo año, lo primero que se hace es besar a la persona que esté a tu lado; que se me caigan los bartolos —dijo señalándose sus partes— si permito que otro bese a mi mujer.

En un abrir y cerrar de ojos, todos ellos ocuparon sus puestos al lado de sus respectivas. Dany vio que Gustavo envolvía a Allison entre sus brazos y sonrió, ese año prometía ser excelente para su amigo.

—Cinco.

—Cuatro.

—Tres.

—Dos.

—Uno —corearon la gran multitud que los rodeaba junto a ellos.

—¡Feliz Año Nuevo!

En ese instante, mientras los fuegos artificiales iluminaban el cielo, y los papelitos con los deseos llovían sobre ellos, las parejas se besaron con ardor y entusiasmo, con los acordes de *New York, New York* de Sinatra.

La felicidad los envolvía en una burbuja donde todo era posible debido al amor que llenaba sus corazones.

Nota de autora

Con esta novela termina la serie *Santana's Club*, espero que hayáis disfrutado de ella, de las aventuras de los personajes, y de los paseos por Nueva York. A mí me pasa en todas las novelas que, al documentarme, me entran unas ganas enormes de recorrer lo que estoy describiendo. Si no fuera por ese charco que nos separa y que me da miedo el avión...

Ya sabéis otra cosa de mí, cogí uno para ir a Madrid y me pasé todo el tiempo dándome aire con una de las revistas que había en la parte trasera del asiento delantero, me siento como si estuviera dentro de un tupperware, y sí, podéis reíros, pero no pude evitarlo, mi brazo parecía un molinillo.

La experiencia con mis compañeras ha sido muy interesante e instructiva.

Si a ti también te ha gustado, házmelo saber en cualquier red social.

Facebook: Marian Arpa

Instagram: @marian_arpa

Twitter: Marian Arpa15

Y si quieres saber más sobre mí, te invito a mi blog: marianarpa.wordpress.com

Los escritores nos alimentamos de vuestros comentarios. Muchas gracias.

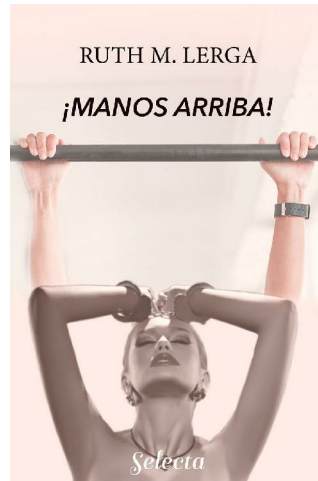
Agradecimientos

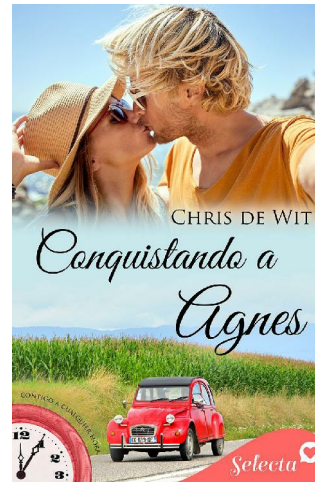
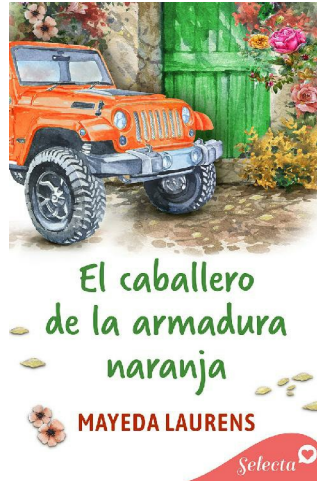
Como es mi costumbre y no me cansaré de decir, mi primer agradecimiento es para Lola Gude, una mujer a la que quiero mucho. Siempre tiene una palabra de aliento y ánimo, sabe escuchar y nos anima a desarrollar nuestras ideas por locas que sean. ¡Eres un amor, preciosa!

Ahora le toca el turno a Vero, mi compañera de fatigas, a la que quiero como a una hermana, hija, amiga... Nuestras interminables charlas, nuestras risas, las ideas, todo eso hace un cóctel que termina delante de las teclas queriendo transmitir lo bien que nos lo pasamos. ¡Te quiero, guapi!

Y no me voy a olvidar de ti, lectora, que eres muy importante en mi vida. Sin vosotras, las escritoras no somos nada. Gracias, y mil veces, gracias.

Si te ha gustado
*Atrapado entre
tus largas piernas*
puedes disfrutar de estas





¿Consentirá Allison en convertirse en una muñeca sin opinión o luchará por el hombre que se ha apoderado de su corazón?



Gustavo Dubois trabaja en la compañía aseguradora Erlington, en París. Su jefe le propone trasladarse a Nueva York, sin embargo, está pasando un mal momento personal y no cree estar a la altura de las exigencias. Su ánimo ha caído y está furioso con el mundo entero, y con el destino que le ha robado la felicidad y la ilusión. Está convencido de que nunca volverá a ser como antes, a sentir lo que un día lo hizo soñar.

Allison Moone es una modelo con una carrera prometedora. Las grandes marcas la requieren para que ella sea la imagen de sus productos. A ella le encanta su trabajo, no obstante, su mánager la trata como una mercancía, y la controla hasta el punto de que se siente asfixiada.

Todo se complica cuando conoce a Gustavo, pues inmediatamente se siente atraída por él, pero el hombre no reacciona a sus señales. Además, su representante, al darse cuenta, insiste en que no puede distraerse con tonterías sentimentales. Le exige que se dedique a su trabajo, que su belleza es efímera y que debe aprovechar el tiempo.

¿Logrará Allison llegar al corazón Gustavo, un hombre amargado que a ella le ha quitado el aliento?

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.



Edición en formato digital: septiembre de 2023

© 2023, Marian Arpa

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano

Imagen de SHUTTERSTOCK: Millena

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-60-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Atrapado entre tus largas piernas

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Nota de autora

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Marian Arpa](#)

[Créditos](#)